

CANSADO
DEL
AJETREO



JOURNEY CHURCH

journeyconnect.org

CONTENIDO

- INTRODUCCIÓN.....6**
- SEMANA UNO.....8**
 - DÍA UNO 9
 - DÍA DOS..... 11
 - DÍA TRES 12
 - DÍA CUATRO 15
 - DÍA CINCO 17
 - DÍA SEIS 19
- SEMANA DOS21**
 - DÍA SIETE 22
 - DÍA OCHO 24
 - DÍA NUEVE 26
 - DÍA DIEZ 28
 - DÍA ONCE 30
 - DÍA DOCE 32
 - DÍA TRECE..... 34
- SEMANA TRES.....36**
 - DÍA CATORCE 37
 - DÍA QUINCE..... 39
 - DÍA DIECISÉIS 41
 - DÍA DIECISIETE 43
 - DÍA DIECIOCHO 45
 - DÍA DIECINUEVE 47
 - DÍA VEINTE..... 49

SEMANA CUATRO	51
DÍA VEINTIUNO	52
DÍA VEINTIDÓS.....	54
DÍA VEINTITRÉS.....	56
DÍA VEINTICUATRO	58
DÍA VEINTICINCO	60
DÍA VEINTISEIS.....	62
DÍA VEINTISIETE	64
SEMANA CINCO	66
DÍA VEINTIOCHO	67
DÍA VEINTINUEVE	69
DÍA TREINTA.....	71
DÍA TREINTA Y UNO.....	73
DÍA TREINTA Y DOS	75
DÍA TREINTA Y TRES.....	77
DÍA TREINTA Y CUATRO	79
SEMANA SEIS	81
DÍA TREINTA Y CINCO.....	82
DÍA TREINTA Y SEIS.....	84
DÍA TREINTA Y SIETE.....	86
DÍA TREINTA Y OCHO.....	88
DÍA TREINTA Y NUEVE.....	90
DÍA CUARENTA.....	92
PALABRAS FINALES DE INSPIRACIÓN	94
COLABORADORES.....	95
REFERENCIAS.....	96

INTRODUCCIÓN

Todos hemos dicho alguna vez, “¡Algo tiene que cambiar!” ¡Quizás lo repitas a menudo! Constantemente buscamos maneras de mejorar nuestra situación. Tal vez deseas un cambio en tu matrimonio, soltería, estudios, trabajo, finanzas o en la crianza de los hijos. La verdadera pregunta es: ¿Qué has cambiado?

Realmente deseamos cambiar, pero el problema surge cuando miramos dentro de nosotros mismos para hacerlo. ¿Qué PODEMOS hacer para generar el cambio que deseamos? ¿Una nueva pareja? ¿Un horario diferente? ¿Un trabajo mejor? ¿Cambio de disciplina académica? ¿Otro libro de autoayuda? Terminamos sintiéndonos un fracaso cuando el cambio que buscamos no llega. Seguimos anhelando algo más. Navegamos nuestras redes sociales pensando que otras personas deben haber encontrado ya el cambio que todos anhelamos.

¿Es el cambio algo con lo que simplemente nos encontramos? ¿O es algo a lo que despertamos? Únete a nosotros durante 40 días mientras aprendemos que el cambio se trata de seguir a Jesús. Cambio real y duradero ocurre cuando le seguimos con todo nuestro corazón. Durante estos 40 días, veremos cómo cada área de tu vida puede ser transformada a través de Cristo –espiritualmente, emocional, mentalmente, físicamente, interrelacionalmente, e incluso financieramente. El Evangelio de Jesucristo puede cambiarlo todo.

Creo que los próximos 40 días pueden transformar completamente tu vida. Aunque no hay nada mágico en el número, la Biblia revela que Dios considera 40 días como un período de tiempo espiritualmente significativo durante el cual las personas son transformadas. De hecho, en la Biblia, cada vez que Dios quería preparar a su pueblo para ser usado poderosamente por Él, se tomaba 40 días para hacerlo.

Si eres fiel y caminas con nosotros durante estos 40 días, sé que Dios vivificará el Evangelio. Te diriges a un encuentro con el Dios vivo que te estremecerá con más alegría, te envolverá con más esperanza y te asombrará con más amor del que hayas conocido jamás. Pero como cualquier viaje, para seguir a Cristo debes dar algunos pasos de fe.

Te pido que te comprometas a los siguientes pasos de fe, mientras caminamos juntos en este trayecto de 40 días:

Participa en las seis experiencias de adoración de fin de semana. Semanalmente, los sermones examinarán el significado de aceptar la invitación a seguir a Cristo.

Lee diariamente las lecturas del devocional de 40 Días. Dedicar unos 15 minutos a la misma hora, para leer el texto, pensar en los principios y permite que Dios te transforme a medida que adquieres un entendimiento más profundo de Él. Toda relación toma tiempo. Tu relación con Cristo no es una excepción. Cuida este tiempo.

Únete a otros para conversar sobre las enseñanzas de la semana. Una transformación verdadera nunca ocurre a solas, sino desafiándonos unos a otros a la búsqueda anhelante de Dios. Si en estos momentos no participas en un grupo pequeño, puedes unirti temporalmente a uno de nuestros Grupos de 40 Días. Visita journeyconnect.org/groups para obtener más información.

Memoriza cada semana un simple versículo bíblico del devocional de 40 Días, que te ayudará a concentrarte en aceptar la invitación de Jesús. Semanalmente, recibirás un versículo bíblico para memorizar, que se ajusta al tema de la semana. Escribe este versículo y exíbelo en un lugar prominente, donde lo veas continuamente. Esto te ayudará a memorizarlo y meditarlo durante la semana. Memorizar las escrituras puede parecer un desafío, pero te exhorto a aprovechar esta oportunidad para crecer y profundizar en tu camino con Dios a través de este importante hábito espiritual.

Sacrifica diariamente una sola cosa durante los próximos 40 Días como declaración personal para ti y para Dios de tu compromiso a seguirlo. El sacrificio te ayuda a enfocarte claramente en Dios permitiéndole la oportunidad de realmente trabajar en tu vida. Esto significa que durante 40 días, renunciarás a algo de tu vida cotidiana que ocupa tu tiempo, y liberarte para dedicarlo a Dios.

Nunca te sientes más satisfecho que cuando caminas en el propósito de Dios para tu vida. Mi oración es que durante los próximos 40 días, Dios use Su Espíritu Santo, Su Palabra, la comunidad de grupos pequeños y este devocional para mostrarte lo que significa seguir Su llamado para tu vida.

En Jesucristo,

Pastor James Hilton

SEMANA 1

EL AFÁN DE DEMOSTRAR TU VALOR

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí.”

Gálatas 2:20 NIV

La vida puede sentirse como una competencia constante para probar tu valía. Ya sea buscando el éxito, las conexiones adecuadas o estatus social, siempre estás bajo presión para demostrar que eres capaz. Sin embargo, por mucho que te esfuerces, nunca parece suficiente. Mientras más te afanas, más agotado te sientes, y terminas preguntándote si das la talla.

La verdad es que tu valor no depende de lo bien que rindas o de lo mucho que logres. Tu identidad está asegurada en lo que Jesús ya hizo por ti. Esta semana, veremos cómo el afán por lucirnos solo conduce al agotamiento y el orgullo. Jesús te invita a bajarte de esa agotadora cinta de correr. Tu importancia no está basada en tus logros o estatus; se basa en Él. No necesitas seguir aferrándote en demostrar quién eres. Descansa en la confianza de quien eres en Cristo y deja atrás la presión de “dar la talla”. Ya eres plenamente aceptado en Él.

DÍA 1

¿POR QUÉ TANTO AFÁN?

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Mateo 11:28-30

¿Conoces esa sensación, la que te desvela por la noche, insistiendo en que no haces lo suficiente? Pasas el día haciendo malabares con los quehaceres, tratando de cumplir las expectativas, pero preguntándote en el fondo, si alguna vez será suficiente. Es como correr en una carrera en donde la demarcación de la meta se aleja más, sin importar cuán rápido avances. Esa es la lucha y presión implacable de demostrar tu valía, a través de tus logros y de cómo los demás te ven. Pero, ¿por qué ese afán? ¿Qué estamos persiguiendo en realidad?

Este afanar es más que trabajar duro o mantenerse ocupado. Es un esfuerzo constante, a menudo agotador, por sentirnos dignos, obtener aprobación o demostrar que importamos. Es la creencia de que si nos esforzamos más, lucimos mejor, logramos más o impresionamos a las personas adecuadas, finalmente seremos suficientes. No se trata solo de nuestra agenda, sino de lo que ocurre en nuestro corazón. El ajetreo nos convence de que nuestro valor depende de lo que hacemos.

Tal vez no te veas a ti mismo como alguien que vive ajetreado, pero considera esto: ¿Con qué frecuencia sientes la necesidad de demostrar tu valía? ¿Con qué frecuencia comparas tu vida con la de otros? ¿Cuántas veces sientes esa punzada de no ser suficientemente bueno? Si esto suena familiar, estás atrapado en el ajetreo, y lo más probable es que te haya agotado.

El afán es distinto en cada persona. Para algunos, es la rutina interminable de tratar de “triunfar”, trabajar horas excesivas y nunca sentir que basta. Para otros, es la necesidad de agradar a la gente, haciendo todo lo posible por cumplir con sus expectativas. Hay quienes se afanan en línea, en busca de “likes”, comentarios y validación para sentirse vistos y valorados.

Pero el afán no termina ahí. Muchos dejamos que se cuele hasta en nuestra vida espiritual. Pensamos que necesitamos trabajar para contar con la aprobación de Dios, haciendo cada vez más y esforzándonos más para de alguna manera “ganarnos” Su amor.

2 • CANSADO DEL AJETREO

El afán es una mentira. Nos hace creer que si seguimos empujando, eventualmente, encontraremos la paz y la satisfacción que anhelamos. Pero, por mucho que nos afanemos, nunca será suficiente. Siempre hay más que hacer, otra meta que alcanzar, otra persona a la quien impresionar. Y cada vez que creemos acercarnos, la meta se aleja aún más.

Esencialmente, el afán está impulsado por el miedo de no ser suficientes, de ser rechazados o de que, si paramos, perderemos nuestro valor. Nos afanamos porque tememos que sin hacerlo, nunca seremos verdaderamente amados, aceptados o valiosos.

La buena noticia es que Jesús ofrece algo completamente diferente. En Mateo 11:28 (NVI), Él nos invita: "Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso." Él sabe que el afán nos ha desgastado y Su invitación es sencilla: Ven y descansa.

Lo que Jesús ofrece no es solo un descanso temporal de ocupaciones. Él ofrece reposo para tu alma. Es la liberación de la necesidad de tener que demostrar tu valía. El descanso que Jesús nos da, consiste en abandonar la creencia de que tu valor es algo que tienes que ganarte. Nos afanamos porque seguimos persiguiendo algo que Jesús ya aseguró para nosotros. Con Su vida, muerte y resurrección, Jesús logró todo lo necesario para que seamos amados, aceptados y valorados por Dios. Nuestra identidad y nuestro valor no dependen de lo que hacemos, sino de lo que Él hizo.

Entonces, ¿por qué nos afanamos? Porque creemos la mentira de que nuestro valor depende cuan bien rendimos. Pero la verdad es que nuestro valor no es algo que tenemos que ganarnos; Jesús ya hizo el trabajo. Él ya declaró que somos suficientes. Él ya aseguró nuestro valor a los Ojos de Dios.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Estás totalmente exhausto, agotado de tanto tratar de demostrar tu valor en base a lo que haces? ¿Estás cansado de correr, sintiendo que no llegas a ningún lugar? Jesús te invita a detenerte. Te invita a dejar el afán de querer demostrar quién crees ser y a descansar en quien eres en Él. Mientras reflexionas hoy, pregúntate: ¿En qué áreas de mi vida me estoy afanando? ¿Dónde estoy buscando aprobación o validación? ¿En qué aspecto de mi vida me siento fracasado? Jesús te invita a confiar en que lo que Él ha hecho es suficiente. No tienes que llegar al agotamiento para demostrar tu valor.

DÍA 2

LA PRESIÓN DE DEMOSTRAR POR EL PASTOR JADNER LUGO

Lee: 2 Crónicas 26:1-23

Como gran aficionado a los deportes, pocas cosas son tan emocionantes como esos momentos finales de un partido decisivo. El reloj avanza, el tiempo se acaba y todo está en juego. Imagina a tu "quarterback" favorito bajo los reflectores, retrocediendo para hacer ese pase crucial que podría llevar a tu equipo al Súper Bowl. La presión es altísima; cada segundo importa. Ahora, imagina que ese mismo "quarterback", sin necesidad real de arriesgarse, se apresura e intenta un pase temerario con el cuerpo girado y tres defensas listos para interceptar. La intercepción es devastadora. La oportunidad de la victoria se desvanece y lo que pudo ser un momento de gloria se convierte en un error costoso. No había necesidad de arriesgar tanto, pero ahora él y su equipo enfrentan las consecuencias de ese error.

Veo momentos similares en casa, como padre de dos hijas pequeñas. Mi hija menor, ansiosa por sentirse independiente, intenta llenar su propio vaso de agua sin ayuda. Quiere probar que puede hacerlo sola. ¿El resultado? Agua por todas partes, mojándose ella y la cocina. Ya seas un "quarterback" en un momento crítico o una niña pequeña que quiere demostrar que es capaz, la presión de demostrar tu valía a menudo termina en desastre.

La motivación para mostrar cuánto vales puede surgir de diferentes partes. Para algunos, es la necesidad de exhibir que no son indignos. Para otros, es un intento de asegurarse de que los demás los vean mejor de lo que creen. De cualquier manera, frecuentemente culmina en agotamiento o en una autoimagen distorsionada. Aun los mejores de nosotros pueden caer en esta trampa. Puedes estar haciendo cosas increíbles para Dios y, aun así, sentir esa presión de demostrar cuanto más vales. Lamentablemente, eso fue exactamente lo que le pasó al rey Uzías.

Uzías, descendiente de David, estaba destinado a ser uno de los reyes más notables de Judá. Asumió el trono siendo muy joven y decidió poner a Dios en el centro de su reino. Su obediencia lo llevó a prosperar; sus riquezas, su poder y su sabiduría se hicieron famosos en la antigüedad. La mano de Dios estaba sobre él, y su pueblo se

benefició de su liderazgo. Lograron avances tecnológicos inauditos para su época. Todo iba de maravilla. La Biblia dice que Uzías fue “ayudado maravillosamente” por Dios, y lo único que debía hacer era no arruinarlo. Pero fue exactamente lo que ocurrió.

Con el aumento de su éxito, el corazón de Uzías se llenó de orgullo. Se sintió presionado a traspasar límites que Dios no le había autorizado. Su identidad se ligó a sus logros y poder. Su desesperación por aferrarse al éxito lo condujo a la ruina. En lugar de permanecer anclado en el Dios que lo había bendecido, cayó en la soberbia. El rey, antes grandioso, terminó solo, su cuerpo afligido por lepra, su legado manchado y su pueblo avergonzado.

El orgullo de Uzías lo alejó del propósito que Dios tenía para él. Olvidó quién era el verdadero autor de su éxito. Estaba agotado, tratando de comprobar por sí mismo su identidad que, en realidad, era un regalo de Dios. Verdaderamente, el agotamiento y la desesperación no valen el costo de comprometer tu identidad para mantener éxito.

No necesitas ser un rey para quedar atrapado en esta trampa. Como seres humanos, es muy fácil poner nuestra identidad en lo que hacemos, en lugar de en quiénes somos en Cristo. Sentimos la necesidad de probar nuestro valor en el trabajo con largas jornadas, o tratando de impresionar a otros. Comprometemos nuestros valores en las relaciones o buscamos validación al darlo todo por los demás. Pero Jesús nos ofrece una manera mejor de vivir.

No necesitas impresionar a nadie. Solo necesitas recordar quién eres, gracias a lo que Jesús hizo por ti. Estas perdonado, escogido, amado, adoptado, apartado, redimido y bendecido. Jesús ya demostró tu valor a través de Su sacrificio. No necesitas defenderte ni seguir luchando para comprobar tu valía. Jesús ya te la dio.

Antes de tratar de validarte esforzándote por saber más, hacer más, o lograr más, recuerda que lo único que Jesús quiere es estar contigo. Él te ofrece una invitación a aliviar la presión y a cultivar una relación profunda con Él.

El Afán Se Detiene Aquí: Tómate un momento, ahora mismo, para agradecer a Jesús por morir por ti y recuérdate que eres ayudado maravillosamente, perdonado, redimido, escogido y amado por Dios. No tienes que probar nada; Jesús ya lo hizo por ti.

DÍA 3

LA MENTIRA DETRÁS DEL AFÁN POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Romanos 1:18-25

Vivimos en un mundo que constantemente nos dice que debemos afanarnos –ganar más, hacer más y ser más. Pero el afán nunca cumple sus promesas. Nos deja exhaustos, heridos y preguntándonos por qué nunca logramos estar a la altura. El ajeteo está arraigado en algo más profundo que nuestra agenda y el diario quehacer: está atado al problema más antiguo de todos: el pecado.

El ajeteo nunca fue parte del plan original de Dios para nuestras vidas. Al principio, Su diseño era que viviéramos en perfecta armonía con Él, experimentando plenitud, paz y vida abundante en Su presencia. No había necesidad de esforzarse ni de valerse por uno mismo. Pero todo cambió cuando Adán y Eva creyeron la mentira de Satanás de que la vida podía encontrarse aparte de Dios. Escogieron su propio camino y, al hacerlo, perdieron la vida verdadera que Dios les había destinado. Entró la muerte y, con ella, el afán.

Esa misma mentira alimenta cada ajeteo de hoy. Volvemos la mirada a la creación en vez de fijarla en el Creador, esperando que el éxito, la aprobación, las relaciones o las posesiones llenen el vacío interior. Nos convencemos de que, si trabajamos lo suficiente, finalmente nos sentiremos realizados a plenitud. Pero Romanos 1:18-25 revela una verdad dolorosa: cuando intercambiamos la verdad de Dios por la mentira, terminamos sirviendo a cosas que nunca debimos servir.

El pecado no es solo romper las reglas, es tratar de vivir la vida al margen de Dios. Es apartarlo diciendo: “Puedo hacer esto por mi cuenta”. ¿Te suena familiar? Ese es el corazón de nuestro afán: un esfuerzo constante por encontrar vida y valor a nuestra manera y con fuerza propia. Como Adán y Eva, caemos en la trampa de creer que algo de la creación nos dará la vida que anhelamos. Ahí es cuando el afán nos atrapa. Perseguimos esas cosas, convencidos de que nos van a satisfacer, pero al hacerlo, nos alejamos de Aquel que verdaderamente nos da vida. ¿El resultado? Terminamos siendo esclavos de lo que buscábamos.

Es por eso que el afán nos deja tan destrozados, exhaustos y atrapados. El afán es nuestro intento de llenar un vacío que solo Dios puede llenar. Intercambiamos la verdad de Dios por la mentira de que algo más puede

darnos el valor que anhelamos. Impulsados por el pecado —un amo cruel que siempre exige más y nunca cumple— nos esforzamos más, pero jamás es suficiente. El pecado nos engaña haciéndonos creer que, si hacemos y conseguimos más, finalmente hallaremos satisfacción, pero nos mantiene en un ciclo interminable de esfuerzo sin descanso.

El pecado no es solo una acción; es una fuerza sobrenatural que nos esclaviza y nos roba la vida. Como dice Santiago 1:15 (NVI): “Cuando el deseo ha concebido engendra el pecado; y el pecado, una vez que ha sido consumado, da a luz la muerte.” El pecado acarrea muerte espiritual, una separación de Dios Mismo. Isaías 59:2 (NVI) advierte: “Sus iniquidades los han separado de su Dios.” La consecuencia del pecado es la separación de Dios: quedar apartados de Aquel que nos creó para tener vida en relación con Él. Tal vez estemos físicamente vivos, pero sin conexión con Dios, estamos espiritualmente desconectados y viviendo en el vacío espiritual.

Suena desolador, y lo es. El pecado nos ha separado de Dios, y ningún esfuerzo humano puede reparar esa distancia. Lo que estamos haciendo es correr más lejos de Dios, hundiéndonos aún más en el agotamiento, mientras las cadenas del pecado solo aprietan más, estrangulando la vida en nosotros. En el centro del ajetreo hay rebelión: nuestro intento de vivir sin Dios, para hacer que la vida funcione en nuestros términos.

Pero eso no es el final de la historia. Dios no nos dejó en esa separación. En medio de la oscuridad de nuestros pecados, la luz del mundo ha llegado. Jesús entró en nuestro destrozamiento para llevarnos de nuevo a Dios. Lo que el pecado destruyó, Jesús vino a restaurar.

Jesús ofrece el camino de regreso a Dios, pero para que tengamos vida, Él tuvo que morir. Con Su sacrificio, Jesús cierra la brecha que nuestro pecado creó y nos regresa a la relación con el Dios que da vida.

El Afán Se Detiene Aquí: Observa detenidamente tu vida hoy. ¿En qué áreas te sientes exhausto por el afán que nunca satisface? ¿Qué te está destrozando, dejándote vacío y desconectado de Dios? El afán es más que solo ajetreo; está arraigado en el pecado —alejándonos de Dios y buscando vida en cosas que realmente nunca satisfacen. Pídele a Dios que te muestre en qué áreas te has apartado y qué has estado persiguiendo. El primer paso para volver a Él es reconociendo en dónde has estado luchando por lo que solo Él puede proveer. Deja que hoy sea el día en que el afán se detenga y empieces a rendirte, entregándote a Él.

DÍA 4

NO TIENES QUE DEMOSTRAR NADA: JESÚS ES SUFICIENTE POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: *Tito 3:3-7*

El afán de demostrar tu valor va más allá de la simple ambición; está arraigado en el pecado que nos separa de Dios. La Biblia enseña que, separados de Jesucristo, no solo vivimos afanados, sino que estamos espiritualmente muertos. En Efesios 2:1 (NVI) leemos: “En otro tiempo ustedes estaban muertos en sus transgresiones y pecados.”

El pecado no solo consiste en cometer errores; es rebelión contra Dios. Es hacerlo a un lado y decir: “Claro, puedo vivir la vida por mi cuenta”. Ese es el núcleo del afán: esforzarnos por demostrar nuestro valor, buscando vida y significado aparte de Dios. Pero ese camino sólo conduce a la muerte espiritual: desconexión de Dios, la verdadera fuente de vida.

El pecado genera un abismo insalvable entre nosotros y Dios. No es solo romper reglas; es una fuerza destructiva que nos deja vacíos. Paul dice en Efesios 2:3 (NVI) que “por naturaleza éramos objetos de la ira de Dios.” Por mucho que logremos, no podemos reparar esa separación por cuenta nuestra.

Pero he aquí la buena noticia: Dios no nos dejó espiritualmente muertos. A pesar de nuestros afanes, Dios, en Su misericordia, abrió un camino. Como dice Tito 3:4-5 (NVI): “Pero cuando se manifestaron la bondad y el amor de Dios nuestro Salvador, él nos salvó, no por nuestras propias obras de justicia sino por su misericordia.” No es por nuestras obras ni esfuerzos; sino por la misericordia de Dios que somos salvos. Dios no esperó a que arregláramos nuestro desastre. Sabía que no podíamos hacerlo.

Por eso Jesús, siendo plenamente Dios y plenamente hombre, entró en nuestro quebrantamiento para hacer lo que nosotros no podíamos. Jesús no vino solo a ser El Buen Maestro; Él vino a rescatarnos del ciclo mortal del pecado. Jesús vivió la vida perfecta que nosotros no podíamos vivir y, en la cruz, cargó con nuestros pecados. “Él mismo, en su cuerpo, llevó al madero nuestros pecados, para que muramos al pecado y vivamos para la justicia. Por sus heridas ustedes han sido sanados.” (1 Pedro 2:24, NVI)

En la cruz, Jesús cerró el abismo entre nosotros y Dios. Él asumió el castigo que merecíamos. Jesús experimentó la separación de Dios, algo que

nosotros debíamos encarar, para que nosotros no lo pasemos. Murió en nuestro lugar, haciendo posible que dejemos de afanarnos por demostrar nuestro valor y encontrar la vida en Él.

Con Su muerte, Jesús abrió el camino para nuestra reconciliación con Dios. Ya no tenemos que afanarnos por la aprobación, porque Jesús ya hizo todo el trabajo. Su sacrificio restaura nuestra relación con Dios, dándonos acceso directo a Él. Pero saber lo que hizo Jesús no basta. Dios te invita a parar la lucha respondiendo con arrepentimiento y fe. Arrepentimiento significa dar la espalda al pecado, a ese afán que te mantuvo corriendo de Dios. Fe significa volverse a Cristo, creyendo que solo Él puede salvarte. Hechos 20:21 (NVI) lo resume así: "...les he instado a arrepentirse ante Dios y a creer en nuestro Señor Jesús." Es reconociendo que no podemos salvarnos a nosotros mismos y empezamos confiando en Jesús.

La verdadera fe va más allá de conocer datos sobre Jesús. Es una confianza personal en Él para la salvación. Tú paras de afanarte tratando de demostrar cuánto vales y confía en lo que Jesús ya hizo por ti. Tu fé no es lo que tú puedes hacer, sino lo que Jesús ya hizo por ti. Como dice Juan 3:16 (NVI):

"Porque tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no se pierda, sino que tenga vida eterna."

Cuando dejamos el afán de demostrar quienes somos y nos volvemos a Cristo con fe, experimentamos nueva vida. Pero esto requiere una respuesta personal; es una invitación a dejar el afán y abrazar la obra de Jesucristo.

El Afán Se Detiene Aquí: Si has estado aferrándote para demostrar tu valor, hoy es el día de parar. No necesitas seguir esforzándote para alcanzar lo que Jesús ya te proveyó. Él te ofrece vida, perdón y reconciliación con Dios. Lo único que debes hacer es responder con arrepentimiento y fe. Si sientes que Dios te llama a dejar el trajín y recibir a Jesús como tu Salvador, puedes hacerlo ahora con una sencilla oración:

"Amado Dios, perdona mis pecados. Creo que Jesús es el Señor, que murió en la cruz por mis pecados y que Tú lo levantaste de entre los muertos. Me arrepiento de mis pecados y confío solo en Jesús para mi salvación. Te entrego mi vida. Gracias por el regalo de la vida eterna a través de Tu Hijo Jesús. Amén." Siempre es increíblemente alentador saber de quienes han aceptado la invitación de Jesús y recibido el regalo de la salvación. Si tomaste esa decisión hoy, nos encantaría saber de ti. Escríbeme a PastorJamesHilton@journeyconnect.org. Queremos animarte, apoyarte y orar por ti.

DÍA 5

ABANDONA LA LUCHA Y ABRAZA TU VERDADERO VALOR

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Gálatas 2:19-20

Durante gran parte de mi vida, me afané para demostrar lo valioso que era. Sentía que mi mérito dependía de mis esfuerzos o de la percepción que la gente tuviera de mí. La aprobación y el éxito me hacían sentir valioso, pero esa sensación nunca duraba. Pronto, la inseguridad volvía a asomarse y me preguntaba si en verdad era suficiente. Entonces, me afanaba más, con la esperanza de que el siguiente éxito finalmente me diera la satisfacción que buscaba, pero eso nunca sucedió. La meta siempre parecía alejarse, y terminaba agotado, vacío y preguntándome por qué no hallaba descanso.

En el fondo, me sentía un fracaso. Tal vez tú también hayas sentido la presión constante de demostrar tus méritos. Es agotador. Pero, ¿Qué tal si tu valor no es algo que debas perseguir o ganar? La verdad que cambió todo para mí, es esta: En Jesucristo, mi identidad está segura, y la tuya también. No tenemos que afanarnos para demostrar nuestra valía porque Jesús ya hizo el trabajo.

Cuando nuestra identidad está anclada en Cristo, dejamos de definirnos por lo que hacemos o por lo que nos ocurre. En vez de ello, nos definimos por lo que Dios dice que somos. En Cristo, Dios declara que siempre somos amados, valiosos y aceptados, sin importar nuestros éxitos o fracasos. A diferencia de los estándares cambiantes del mundo, el amor y la aprobación de Dios no varían. Él es constante, como lo es nuestro valor en Él, proveyéndonos una fundación inquebrantable y segura.

Efesios 1:4-5 (NVI) nos enseña que Dios nos escogió en Cristo antes de la creación del mundo. Esto significa que nuestro valor no depende de nuestras acciones, ni puede anularse por nuestros errores. El amor de Dios por nosotros es inalterable y no está afectado por nuestro desempeño. Al principio, me costó entenderlo porque estaba acostumbrado a medir mi valor a través de logros, pero al asimilar esta verdad, todo cambió.

Dios no toma en cuenta nuestros fracasos en contra nuestra. Por el sacrificio de Jesús, cada pecado —pasado, presente y futuro— está perdonado. Por eso podemos detener el afán. Nuestra identidad ya no descansa en lo que hacemos, sino en lo que Cristo ha hecho por nosotros. No solo somos amados a medias; somos amados por completo.

Cuando ponemos nuestra fe en Jesús, somos adoptados en la familia de Dios. Juan 1:12 (NVI) dice: “Mas a cuantos lo recibieron, a los que creen en su nombre, les dio el derecho de ser hijos de Dios.”

Como hijos de Dios, ya no estamos definidos por los estándares del mundo —éxitos o fracasos— sino por el amor incondicional de Dios.

Imagina a un padre amoroso cuidando a su hijo con ternura. Así es como Dios te ve. Él no está lejos; le importa cada detalle de tu vida. No tienes que ganarte Su amor ni probar tu valor. Él ya te llama Su hijo amado.

Como hijo de Dios, te une a Él un lazo irrompible. Tu identidad no es simplemente un título; es una relación que transforma tu vida. Dios ha prometido no abandonarnos jamás. No tienes que temer ser excluido, porque tu lugar en Su familia está asegurado por medio de Jesús.

Gálatas 2:20 (NVI) declara: “He sido crucificado con Cristo, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí. Lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí.”

Esto significa que la antigua forma de vivir, tratando de ganar aprobación, ha terminado. Ahora vivimos a partir del amor y la aceptación que Dios ya nos ha dado por medio de Jesús.

La vida traerá desafíos —fracasos, rechazo, desilusiones— pero ninguno de estos puede quitarnos la identidad que tenemos en Cristo. Estamos firmes en Su amor. En un mundo lleno de incertidumbre, esta verdad es la única base que jamás será sacudida.

El Afán Se Detiene Aquí: Si estás en el ciclo agotador de probar tu valor, es hora de parar. En Cristo, tu valía ya está establecida. Reflexiona en estas verdades:

- *Descansa en el amor de Dios: Medita en que ya eres plenamente amado y aceptado en Cristo, sin necesidad de ganártelo.*
- *Deja de compararte: Los estándares del mundo cambian, pero el amor de Dios es constante. Vive bajo Su estándar.*
- *Abraza tu identidad: Recuérdate a diario que eres hijo de Dios, amado, perdonado, y seguro en Él.*
- *Abandona el perfeccionismo: El sacrificio de Cristo ya te ha hecho suficiente ante los ojos de Dios.*

Cuando vives desde la verdad de quién eres en Cristo, la necesidad de afanarte por acreditación se desvanece.

DÍA 6

REGRESA Y DESCANSA POR TRICIA BULLEMAN

Lee: Isaías 30:15; Isaías 32:17

Aunque no podía expresarlo con palabras, la tímida niña de 6 años ya dudaba de su valor. Con las rodillas pegadas al respaldo del sofá aterciopelado y dorado, su rostro se volvía hacia la ventana, mirando expectante y esperando. Su corazón latía acelerado con el ruido de cada auto que se acercaba a la casa. ¿Sería este? ¿Vendría su papá a buscarla esta vez? La incertidumbre era sofocante. Cada vehículo con la promesa de que, tal vez hoy, su papá la vería y la amaría. Con frecuencia, aun cuando él lo prometía, no aparecía. En esas promesas rotas, se sembró la semilla de la duda, y así comenzó su lucha entendiendo su identidad.

Por la su falta de autoestima, y confianza en su valor la niña desarrolló un patrón de esforzarse para mostrar su valía. Constató que podía ganarse la aprobación de los adultos con un comportamiento impecable y logros académicos. Decidida a demostrar que valía algo para alguien, puso su fe en sus propias habilidades, creyendo que lograr más la haría valiosa. Pero, por muchos reconocimientos o aprobación de “niña buena” que recibiera, nunca era suficiente. Jamás alcanzaba la perfección, ni siquiera en lo que mejor hacía. Y ahí se quedó, atrapada en un ciclo agotador, hasta que un día el Espíritu Santo le mostró que debía poner su fe en Jesús en lugar de sus capacidades para lograr valor. Sin embargo, no fue automático. Su deseo de sentirse valiosa a menudo la llevaba a afanarse por portarse bien y destacarse. Pero conforme crecía en su relación con Jesús, aprendió a arrepentirse de nuevo y a descansar en ser Suya.

Como habrás adivinado, esa niña era yo. Con los años, me he visto a mí misma volviendo a caer en ese patrón de afanarme para demostrar mi valor, aun teniendo una identidad segura en Jesús. De la misma forma que Isaías señaló a los israelitas, quienes confiaron más en lo que Egipto podría proporcionarles que en Dios, en ocasiones yo ponía mi confianza en mi habilidad para asegurarme mi propio valor mediante lo que hacía. Pero el afán siempre me dejaba con las manos vacías y ansiosa. Me mantenía en esclavitud, mientras que Cristo promete libertad a quienes encuentran su identidad “en Él”.

En la carta a los Gálatas vemos que el evangelio no necesita nada de nosotros. La fe, confiar en Jesús, es nuestra responsabilidad, pero no podemos añadir nada a nuestra salvación con obras. El evangelio es libertad del afán de hacer y de buscar agradar a otros.

Pablo pregunta retóricamente en Gálatas 1:10 (NVI): “¿Acaso busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios?” La gracia de Dios nos da la forma de liberarnos del afán de demostrar nuestro valor. Pero, aunque es sencillo, a veces nos cuesta rendirnos a esa solución. En el libro de Isaías, el profeta nos enseña el camino para vivir en segura confianza, para ser librados de la obsesión por “hacer”. El nos exhorta a volvernos (o sea, arrepentirnos) y descansar. Retornando a la pureza del mensaje del evangelio, somos libres. La Buena Noticia es que, aunque sintamos que nunca somos suficientes, Cristo siempre lo es. Confiar en Él nos hace suficientes, independientemente de cómo nos sintamos.

Al regresar a la desbordante e inmensurable demostración del amor de Cristo al hacernos Suyos, dejamos de esforzarnos por “hacernos algo valioso” y coincidimos con Dios en que ya somos algo en Él. Entonces descansamos. Descansamos en la verdad de quién es Cristo y en todo lo que Él logró perfectamente por nosotros. Descansamos en la confianza de que, así como estamos en Él, Él está en nosotros (Juan 17:22-23). En Gálatas 5, Pablo nos desafía: “Cristo nos liberó para que vivamos en libertad. Por lo tanto, manténganse firmes y no se sometan nuevamente al yugo de la esclavitud.” El camino a la libertad es regresar a Dios y arrepentirnos del afán de asegurar nuestro valor. Descansamos en la libertad que nos da nuestra identidad en Cristo. El ajetreo socava lo que Cristo ya hizo. La única manera de vivir con seguridad es arrepentirse y descansar en la justicia de Cristo. Cuando hacemos un hábito de volver y descansar, somos transformados. Al arrepentirnos y descansar, encontramos paz en nuestro corazón y mente. Y entonces, ¡vivimos libres!

El Afán Se Detiene Aquí: Padre, ayúdame a abrazar la realidad de mi valor e identidad en Jesús. Perdóname cuando intento demostrar mi valía como si Su sacrificio por mi no fuera suficiente. Ayúdame a desarrollar un hábito de arrepentimiento y descanso cada día, para que sea fortalecida en Él

SEMANA 2:

EL AFÁN DE TENER MÁS

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“¿Qué diremos frente a esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién podrá estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?”

Romanos 8:31-32 NIV

Amenudo creemos que tener más—más dinero, más posesiones, más cosas— finalmente nos dará la seguridad y la satisfacción que tanto anhelamos. Pero mientras más perseguimos estas cosas, más ansiosos e insatisfechos nos sentimos. El afán de tener más parece no tener fin, dejándonos vacíos y agotados.

Esta semana exploraremos cómo la búsqueda incesante de “más” puede dominar silenciosamente nuestras vidas, distrayéndonos de lo que en verdad importa. Para quienes están cansados de intentar constantemente obtener más, Jesús ofrece algo radicalmente diferente: una vida que no se define por el afán de “más”, sino que confiando en Él para alcanzar nuestra seguridad y satisfacción.

Él nos invita a romper con el afán interminable y a experimentar la paz que solo Él puede brindar, una seguridad profundamente arraigada en el amor inquebrantable de Dios, Su cuidado fiel y Su provisión abundante.

Ya es hora de dejar de correr tras “más” y de empezar a vivir en la plenitud de lo que Dios nos ofrece libremente.

DÍA 7

LA TRAMPA DEL AFÁN: ESCAPANDO AL TEMOR DE NO TENER SUFICIENTE POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Romanos 8:31-32

Detesto la temporada de huracanes, no solo por la destrucción que causa, sino por cómo afecta a la gente. Cada vez que se pronostica una tormenta, la gente entra en pánico; los estantes de las tiendas quedan vacíos, sin agua, pilas y papel higiénico. El verdadero problema no es la tormenta, sino nuestra reacción desmedida de acaparar mucho más de lo necesario. ¿De dónde proviene esto? Jesús le llamaba a esto codicia.

La codicia es una palabra que evitamos; suena fuerte. Pero el afán de tener más —ya sea por seguridad, control o comodidad— está arraigado en ella. Jesús advirtió: “¡Tengan cuidado! Absténganse de toda avaricia” (Lucas 12:15, NVI). La codicia se cuela en nuestras vidas disfrazada de responsabilidad o prudencia. Nos hace creer que mientras más tengamos, más seguros estaremos. Pero no importa cuánto acumulemos, el deseo de más no se detiene. Jesús advirtió más sobre la codicia que sobre muchos otros pecados porque conoce nuestro corazón y lo fácilmente que la codicia puede dominarnos.

La verdad es que la codicia se impulsa por el temor: temor a no tener suficiente, a la vulnerabilidad, a quedarnos fuera. Nos convencemos de que tener más anulará ese miedo y nos dará seguridad. Por eso nos afanamos, llenando nuestra vida de cosas, creyendo que nos protegerán de las incertidumbres de la vida y nos darán alegría. Pero, por mucho que acumulemos, nunca basta.

Jesús confronta este modo de pensar: “La vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes” (Lucas 12:15, NVI). La verdadera protección, la paz y la plenitud no se encuentran en poseer más. Nuestro valor y seguridad provienen de nuestra relación con Dios, no de lo que acumulamos.

Esto no quiere decir que Dios esté en contra de preparar el futuro o disfrutar de cosas buenas. No hay nada de malo en ahorrar con sabiduría o apreciar Sus buenos regalos. El problema se encuentra en nuestro corazón, cuando el miedo nos lleva a depositar nuestra seguridad en las cosas, en vez de confiar en la provisión de Dios. Creer que más posesiones nos harán sentir seguros o realizados es la trampa de la codicia de la cual Jesús nos alerta.

Romper este ciclo comienza entendiendo lo que Dios ya hizo por nosotros.

La Escritura enseña que la redención —el precio de nuestra restauración— fue pagada por Jesús: “En él tenemos la redención mediante su sangre, el perdón de nuestros pecados, conforme a las riquezas de la gracia” (Efesios 1:7, NVI). Nuestro valor y seguridad no provienen de lo que poseemos, sino del precio que Jesús pagó por nosotros.

Al descansar en el inmenso amor de Dios, sabiendo que entregó a Su Hijo por nosotros, nuestra perspectiva cambia. Ya no necesitamos afanarnos por más, porque Dios ya nos dio todo lo que necesitamos en Cristo. Jesús, que lo tenía todo, lo dejó para salvarnos. Si se hubiera aferrado a ello, aún viviríamos en pobreza espiritual. Pero, por amor, Él lo sacrificó todo para rescatarnos. Nuestra seguridad ya no depende de tener más, sino de la obra redentora de Cristo.

Pablo escribe: “¿Qué diremos frente a esto? Si Dios está de nuestra parte, ¿quién podrá estar en contra nuestra? El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas?” (Romanos 8:31-32, NVI).

Si Dios no escatimó ni a Su propio Hijo, podemos confiar en que proveerá todo lo que necesitamos. Nuestra seguridad no proviene de acumular más, sino de confiar en la fidelidad de Dios. Su amor inquebrantable y Su provisión constituyen la verdadera seguridad.

¿Por qué seguimos afanándonos por más? Porque olvidamos. Olvidamos que Dios es fiel. La codicia, impulsada por el temor, nos convence de que debemos asegurarlo todo por cuenta propia. Pero cuando recordamos que Dios está de nuestro lado y ha demostrado Su amor a través de la redención en Jesús, podemos descansar en Su provisión.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Qué más necesitas? Si Dios entregó a Su Hijo por ti, ¿de verdad crees que algo más puede añadir a tu seguridad? ¿Existe alguna cantidad de dinero, posesiones o control que te aporte más confianza que el sacrificio supremo que Dios hizo por ti? Corremos tras “más” pensando que nos hará sentir seguros, pero nada se compara con la seguridad de ser amado y cuidado por el Dios que lo dio todo por ti. Confiar en Dios rompe el ciclo de la búsqueda impulsada por el miedo. Te permite soltar el afán interminable y descansar en la seguridad que Él ya aseguró en Jesús. Si Dios está a tu favor y Jesús ha dado Su vida para redimirte, puedes confiar en que Él proveerá todo lo que necesitas.

DÍA 8

EL IMPULSO DE ACUMULAR POR MARTIN PEDATA

Lee: Proverbios 23:3-5

Mis padres vivieron durante la Gran Depresión. Desde pequeño, aprendí el valor del trabajo duro y la búsqueda de la seguridad financiera. Mis padres, moldeados por las dificultades de aquella época, me inculcaron una ética de trabajo inquebrantable y un profundo sentido de responsabilidad. Desde temprana edad, los observé sacrificarse y trabajar duro para que nuestra familia tuviera lo necesario. Sabían lo que era vivir en la incertidumbre, y se propusieron enseñarme a enfrentar la vida con disciplina, diligencia y autosuficiencia. Su resistencia no era sólo por sobrevivir, era por prosperar a pesar de los obstáculos, y eso influyó profundamente mi forma de ver el mundo.

En tercer grado, mi padre y yo iniciamos un pequeño negocio de limpieza juntos. Las lecciones que aprendí en esa empresa fueron más allá de hacer dinero. Aprendí la importancia de la responsabilidad, el valor de un dólar y la satisfacción de hacer bien un trabajo. Estas vivencias tempranas moldearon mi visión del mundo, y mientras avanzaba en la preparatoria, la universidad y la escuela de leyes, mi prioridad era asegurarme de mi manutención y a mi futuro. El afán de trabajar duro y acumular se arraigó en lo más profundo de mí. Fui impulsado a construir una vida donde pudiera ser independiente y dejar atrás las dificultades económicas que mis padres experimentaron.

Sin embargo, al reflexionar en esos años de esfuerzos, reconozco una tensión muy familiar: un impulso arraigado no solo en responsabilidad, sino también en el miedo a no tener lo suficiente. Este miedo, transmitido por la experiencia de escasez que vivieron mis padres, impulsó mi incansable afán de lograr seguridad financiera. Creía que si trabajaba lo suficiente y ganaba lo suficiente, podría controlar mi futuro, protegiéndome de la incertidumbre y la ansiedad. Pero ese afán, aunque partía de buenas intenciones, a menudo me dejaba agotado y desconectado de la paz que Dios promete. En el proceso, me convertí en esa persona sobre la que advierten Proverbios 23:4-5: "No te afanes acumulando riquezas; no te obsesiones con ellas. ¿Acaso has de poner tus ojos en ellas, siendo que no son nada?"

Porque se echan alas y, como águilas, se lanzan a volar por los cielos.”
(NVI, adaptado)

Estos versículos nos recuerdan que la búsqueda de la riqueza es engañosa. Podemos pensar que afanarnos para obtener más nos dará seguridad, pero las riquezas son pasajeras. Como un águila que alza vuelo, el dinero puede desvanecerse tan pronto como llegó. Cuando confiamos en nuestra habilidad de trabajar y acumular para mantenernos, nos estamos apoyando en algo inestable e incierto. El mundo nos enseña a perseguir el dinero, las posesiones y el éxito como si fueran la clave de la seguridad y la felicidad, pero Dios nos ofrece una perspectiva diferente. La verdadera seguridad se halla al confiar en Dios y reconocer que Él es la fuente suprema de provisión.

Esto no significa que trabajar duro sea malo. La Escritura deja claro que la diligencia es una virtud, y se nos llama a proveer para nuestras familias y a ser buenos administradores de lo que Dios nos da. Pero existe una gran diferencia entre afanarnos continuamente pensando que solo nuestros esfuerzos nos darán seguridad de futuro, y el trabajar con diligencia como respuesta al llamado de Dios. Cuando confiamos en nuestro ingenio y constante afán, nos perdemos de la paz y felicidad que surgen confiando en la gracia de Dios y Su amorosa provisión. El deseo de Dios es que trabajemos con fidelidad, pero también que descansemos en Él, reconociendo que verdaderamente Él es quien nos sostiene.

El Afán Se Detiene Aquí: Tómate un momento para examinar dónde está yace confianza. ¿Te sientes tentado a agotarte para alcanzar la seguridad financiera, o estás aprendiendo a descansar en la provisión de Dios? ¿Estás enfocado en acumular más o en permitir que Dios transforme tus prioridades? La invitación de hoy, es a alinear tu corazón con la perspectiva de Dios. Permite que Él te dé la paz y la satisfacción que provienen de confiar en Él en vez de en las promesas fugaces de la riqueza. Dios quiere que experimentemos la verdadera libertad, la que nace de saber que Él suplirá nuestras necesidades y nos proveerá en cada temporada de la vida.

uide our hearts to seek Your kingdom first and to find contentment in Your presence. Teach us to trust in Your timing and Your ways, and let us experience the peace that comes from knowing You hold our future. In Jesus' name, we pray. Amen.

DÍA 9

DIOS PROVEERÁ POR BRYCE WRIGHT

Lee: 1 Reyes 17:1-16

En 1 Reyes 17 encontramos a Elías viviendo en medio de una sequía tremenda. Hasta ese momento, Dios había provisto agua para Elías a través de un río cercano y le había estado dando alimento por medio de cuervos. Sin embargo, el río finalmente sucumbió a la sequía dejando sin agua a Elías. Entonces, Dios le dio una orden sorprendente: Dios dijo a Elías que fuera a una ciudad cercana, en donde encontraría a una viuda que lo sostendría con comida. Cuando Elías llegó a las afueras de la ciudad, encontró a la viuda de la que Dios le había hablado y le pidió un poco de agua y algo de pan.

Para comprender realmente el poder de lo que sucede en los versículos 12-16, necesitamos saber dos detalles sobre la viuda de esta historia:

1. Las viudas eran de las personas más pobres del mundo antiguo en todo momento, aún más durante una sequía. La situación de esta viuda era tan desesperante que, cuando Elías la encuentra, ella está recogiendo leña para preparar la última comida que ella y su hijo podrían comer antes de quedarse sin provisiones y morir de hambre. Si había alguien en quien no podía esperar poder compartir algo de comer con Elías, era esa mujer!
2. Esta viuda no era israelita ni seguidora de Dios. ¿Cómo lo sabemos? Por su respuesta a Elías en el versículo 12: “Tan cierto como que vive el Señor tu Dios...” Ella conocía al Dios de Elías y sabía que él era un profeta, pero no seguía a Dios. Este detalle aparentemente pequeño tiene enormes implicaciones. No solo esta viuda no tenía suficiente comida para sobrevivir ella y su hijo, sino que tampoco tenía una relación personal con el Dios que Elías, reclama que proveerá sus necesidades. Entonces, ¿por qué decide confiar en la promesa que Elías le da? Porque había oído de lo que Dios podía hacer.

En el versículo 14, Elías no basa su seguridad en su propia capacidad para proveer a la viuda. En cambio, le asegura que la promesa viene de “el Señor, Dios de Israel”. ¿Por qué sería relevante para la viuda si

ella no seguía a Dios? A lo largo del Antiguo Testamento vemos que las demás naciones oían lo que Dios hacía por Israel. Cuando Él abrió el Mar Rojo y liberó a Israel de Egipto, la gente se enteró. Cuando derribó las murallas de Jericó, la gente también se enteró. En algún momento, esta viuda escuchó sobre el historial de Dios —ya fuera por las palabras de Elías en ese instante o por historias que otros compartieron— y por eso dio ese paso increíble de fe en el versículo 15. Ella enfrentó su situación imposible y pensó: “No tengo lo suficiente para lo que se me pide.” Sin embargo, recordó el historial de Dios: “He oído lo que el Dios de Israel puede hacer y confío en que si Él hace una promesa, la cumplirá.” ¿El resultado? Dios honró su asombrosa fe y proveyó exactamente lo que había prometido por medio de Elías.

El Afán Se Detiene Aquí: El afán de tener más siempre intentará convencernos de que nos falta un poquito más antes de permitir que Dios use lo que ya tenemos. Creemos que necesitamos un poco más de tiempo en la semana antes de servir, una casa un poco más grande antes de ser anfitriones de un grupo de vida. Necesitamos más experiencia como creyentes antes de empezar a compartir nuestra fe. O necesitamos más dinero en el banco antes de confiar a Dios nuestras finanzas. Pero si la historia de la viuda nos enseña algo, es que el historial de Dios prueba que, cuando dejamos de afanarnos por “más” y le ofrecemos lo que ya tenemos, Él siempre provee exactamente lo que necesitamos. Dios no necesita que tengamos más; solo necesita que confiemos en Él con lo que ya tenemos.

Esta semana, ora con las manos abiertas cuando empiezas a sentir que reaparece el afán de “más”. Pídele a Dios que te muestre las áreas de tu vida en las que te está costando confiar en Su historial, y entrégalas a Él.

Oración: Padre Celestial, gracias por Tu fidelidad y por ser siempre nuestro proveedor. Ayúdanos a confiar en Ti con lo que tenemos, incluso cuando sentimos que no es suficiente. Perdónanos las veces que dejamos que el miedo nos lleve a afanarnos por obtener más en lugar de descansar en Tus promesas. Abre nuestros ojos para que veamos en qué áreas necesitamos confiar más profundamente en Ti y danos el valor de tomar pasos en fe. En el nombre de Jesús, amén.

DÍA 10

DEBO, DEBO, A TRABAJAR DE NUEVO POR JUSTIN JAMES

Lee: Lucas 16:10-13

Es difícil escapar del bombardeo constante de los comerciales, anuncios en redes sociales y campañas de mercadeo diseñadas para vendernos algo. Si hacen bien su trabajo, no solo nos venden un producto, sino que nos convencen de que la felicidad, la plenitud y la satisfacción están a un solo clic o a un simple deslíz de la tarjeta de crédito.

Y por un rato, quizá sintamos que es así; tal vez por unos días, o con suerte incluso unas semanas. Pero pronto nos damos cuenta de que la compra no cumplió sus promesas. Nada mejoró mágicamente, la familia sigue caótica, el trabajo continúa estresante y los sentimientos vacíos permanecen. Entonces, ¿Qué hacemos? Volvemos a meternos a Amazon, visitamos la agencia de autos, navegamos por realtor.com y repetimos el ciclo del afán una vez más.

He aquí cómo se que este afán de "más" es real. Según el sitio debt.org, los estadounidenses deben más de \$986 mil millones de dólares en tarjetas de crédito, \$11.92 billones de dólares en hipotecas, \$1.55 billones de dólares en préstamos de automóvil y \$1.6 billones en préstamos estudiantiles. Como país, hemos caído en esta trampa hasta lo último! Nuestra deuda nacional, la cantidad de dinero que el gobierno federal de EE. UU. ha tomado prestado, supera los \$35.4 trillones de dólares. Si quisieras escribir un cheque sería por 35,400,000,000,000.00 de dólares. ¡Estos son muchísimos ceros!

No solo esta búsqueda de la felicidad no está cumpliendo su alharaca, sino que también nos está haciendo daño. Según una encuesta reciente, el 47 % de los adultos en EE. UU. dicen que el dinero tiene un impacto negativo en su salud mental, empujando a ansiedad, estrés, insomnio e incluso depresión. Los desacuerdos financieros son también una de las principales causas de divorcio.

El afán por tener más no solo nos deja al límite financiero, sino también vacíos espiritualmente. Durante Su ministerio terrenal, Jesús habló mucho sobre el reino de Dios, el amor del Padre y la salvación; pero, curiosamente, también habló acerca del dinero y las posesiones, casi más que de cualquier otro tema. De hecho, cerca de un tercio de Sus parábolas tienen que ver con el dinero y las posesiones, subrayando la importancia de cómo administramos nuestros recursos. Jesús sabía que nuestra relación con el dinero tiene poder para moldear nuestro corazón, y habló bastante sobre el dinero y este afán de tener más.

Jesús nos dice que, si no podemos manejar lo que tenemos ahora, no se nos

confiará más. Este principio va más allá del dinero; es una lección de vida. Si constantemente se nos dificulta llegar a tiempo al trabajo y no hacemos lo posible por ayudar a nuestro jefe y a la empresa, no podemos esperar más responsabilidad ni un aumento.

El afán de más puede nublar nuestra visión y hacernos pasar por alto los recursos y oportunidades que Dios ya colocó en nuestra vida. Manejar nuestro dinero es un acto de adoración, tan espiritual como cantar alabanzas el domingo o leer este devocional. Dios nos llama a dejar de afanarnos por más y en vez, ser administradores fieles de lo que se nos ha confiado. Entonces, ¿qué quiere Dios que hagamos con nuestro dinero?

1. Devuelve el Diezmo (10 % de tus Ingresos – Levítico 27:30). Dios no nos pide el diezmo porque necesita algo de nosotros. Diezmar consiste en orientar nuestro corazón hacia Dios y detener el afán de más. Como dice Mateo 6:21, “Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.” Cuando diezmos, practicamos la disciplina de hacer que nuestra vida sea menos sobre nosotros y más sobre el reino de Dios. ¿Cuánto de nuestro dinero es realmente nuestro? ¡Nada! Le devolvemos a Dios lo que ya es Suyo y administramos el resto.
2. Haz un Presupuesto. Proverbios 21:5 (NVI) dice: “Los planes del diligente, ciertamente tienden a la abundancia; Mas todos el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza”. Hacer un presupuesto es simplemente hacer un plan de cómo y en qué usamos nuestro dinero. Es una manera de detener el afán y manejar nuestras finanzas con intencionalidad. Al crear un presupuesto, le dices a tu dinero adónde ir, en lugar de preguntarte adónde se fue.
3. Sal de Deudas. Proverbios 22:7 (NVI) advierte: “Los ricos son los amos de los pobres; los deudores son esclavos de sus acreedores.” El afán de tener más a menudo nos conduce a la deuda, y Dios sabía que la deuda puede dominarnos y, finalmente, destruir nuestra vida. Salir de las deudas requiere disciplina e intencionalidad, pero conduce a la libertad financiera. El método de “bola de nieve en deudas” (popularizado por Ramsey) es una estrategia efectiva para pagar deudas empezando por las más pequeñas hasta llegar a la más grande, liberándonos del ciclo de afán y deuda.

El Afán Se Detiene Aquí. Si estás cansado del afán por más y quieres ayuda práctica, varias veces al año ofrecemos una clase llamada 'Financial Peace University' (FPU), hemos pagado una membresía para ti por adelantado, con acceso en internet, de Ramsey+. Visita journeyconnect.org/ramseyplus para más detalles y comenzar tu camino hacia la paz financiera.

DÍA 11

CONFIANDO EN LA PROVISIÓN DE DIOS POR GRACYN HILTON

Lee: Filipenses 4:19-20

¿Alguna vez te has encontrado preguntándote con ansiedad: “Oh, no, ¿dónde dejé mis llaves?” Una mañana, mientras corría para ir al trabajo, pensé exactamente eso. Entré en pánico y busqué en todas partes, revolviendo la casa. Estaba segura de que las había perdido para siempre. Luego, en un momento de pura ironía, metí la mano en mi bolsillo trasero y ¡ahí estaban! Las llaves habían estado conmigo todo el tiempo; ya tenía todo lo que necesitaba. ¿No es así nuestro caminar con Cristo? Pasamos tanto tiempo buscando amor, valor, gozo, esperanza y aceptación como si estuvieran en algún sitio fuera de alcance. Nos afanamos sin fin para llenar los huecos, pero terminamos sintiéndonos perdidos y vacíos, preguntándonos si alguna vez estaremos satisfechos. Sin embargo, por lo que Jesús hizo en la cruz, ya tenemos todo lo que necesitamos. Como con las llaves, aquello que tanto buscamos ya está con nosotros.

Filipenses 4:19 (NVI) declara: “Así que mi Dios les proveerá de todo lo que necesiten, conforme a las gloriosas riquezas que tiene en Cristo Jesús.” Este versículo revela el corazón de Dios: Él es un Proveedor generoso, y Sus riquezas son ilimitadas. Jesús ya aseguró todo lo que necesitamos por medio de Su sacrificio en la cruz. No debemos afanarnos para ganarnos lo que Dios nos ha dado libremente. A través del poder de la cruz y del Espíritu Santo en nosotros, Dios ya nos ha equipado con todo lo necesario (2 Pedro 1:3). Su Palabra está viva, llena de promesas que nunca fallan (Hebreos 4:12). En lugar de intentar demostrar nuestro valor una y otra vez, simplemente se nos llama a confiar y recibir lo que ya es nuestro en Cristo.

En lugar de afanarnos por nuestro valor, podemos descansar en la verdad de que nuestro valor proviene de Él. En lugar de esforzarnos por ser aceptados, podemos aferrarnos al hecho de que Dios ya nos ha llamado Suyos. En lugar de perseguir el gozo, podemos encontrar un gozo verdadero al conocer al Creador del universo. No necesitamos afanarnos tras lo que el mundo dice que nos hará sentir plenos. Podemos reposar con seguridad en lo que Dios ya ha provisto, confiando en que Sus promesas son verdaderas. Observemos más de cerca algunas de estas promesas increíbles que Dios ya ha proclamado sobre nosotros.

Las Promesas de Dios para Ti

- Dios te ama profundamente (Efesios 2:4): Dios te ama tanto que envió a Su Hijo por ti. No existe nada como el amor del Padre.
- Dios te llama valioso(a) (Lucas 12:7): Dios conoce cada detalle de tu vida, incluso la cantidad de cabellos en tu cabeza. Él cuida a los gorriones, y vales mucho más para Él que un gorrión. Eres Su hijo, alguien a quien vio cómo lo suficientemente valioso, como para enviar a Su Hijo por él.
- Dios te llena de Su gozo (Juan 15:11): El gozo que proviene del Señor es diferente a cualquier otro. Está arraigado en Él. Sabiendo que Él es superior a cualquier cosa que podamos imaginar nos llena de alegría, porque podemos tener una relación con el Creador del universo.
- Dios es tu esperanza (Romanos 15:13): Nuestra esperanza no depende de lo que sucede a nuestro alrededor. Nuestra esperanza está en Aquel que envió a Su Hijo por nosotros, quién murió y resucitó. Tenemos esperanza por toda eternidad y la promesa del regreso de Jesús.
- Dios te llama aceptado(a) (1 Juan 3:1): Somos hijos de Dios, adoptados dentro de Su familia. Él nos llama Sus hijos e hijas. El Dios del universo te ha aceptado y tiene un plan y propósito más grande para tu vida a medida que caminas con Él.

Todo lo que necesitamos ya ha sido provisto por Dios. No tenemos que afanarnos por la aprobación del mundo ni esforzarnos para llenar el vacío del corazón. Somos libres de ese afán agotador porque, en Cristo, ya tenemos amor, valor, gozo, esperanza y aceptación.

A veces, nos cuesta creer que realmente contamos con todo lo necesario. Pero, al seguir buscando al Señor, Él nos muestra cuán amados y bienvenidos somos a través de Su bondad. Podemos vivir para Su gloria en cada paso, confiando en que el Señor proveerá. Me aferro a esta promesa: en cada situación que enfrentemos, la provisión del Señor nos cubrirá, y podemos confiar en que Él nos sacará adelante. Porque la mano de Dios está sobre tu vida, puedes mantenerte firme, sabiendo que todo está asegurado en Él. Sigue avanzando en Él y permite que el Dios de toda la creación satisfaga tu alma. Hoy, elige mantenerte firme, sabiendo que todo está seguro en Él. Deja que Aquel que lo creó todo llene tus necesidades más profundas.

El Afán Se Detiene Aquí: Te reto a proclamar estas verdades sobre tu vida. Recuerdate que ya tienes todo lo que necesitas. Deja de esforzarte y descansa en las promesas de Dios. Vive para Él en cada paso, sabiendo que todo lo que necesitas ya está seguro en Jesucristo.

DÍA 12

LA VERDADERA SEGURIDAD EN DIOS POR CALEB BULLEMAN

Lee: Lucas 12:15-21

Recuerdo haber escuchado una canción que ya conocía, pero esta vez me impactó de forma distinta. La canción relata la historia de un hombre que recibe malas noticias que sacuden sus cimientos. Él se dio cuenta de que había ignorado muchas cosas importantes, entregándose a prioridades temporales como el trabajo, el estatus y los placeres fugaces. Cuando recibió las malas noticias, comprendió lo vacío que era todo. Intentó cambiar pasando más tiempo con su familia, buscando más experiencias y esforzándose para ser una persona mejor. Aunque parecían buenos cambios, seguía sin encontrar lo más importante: su relación eterna con Dios.

El hombre de la canción pensó que invertir en lo terrenal llenaría el vacío, pero esos esfuerzos resultaron insuficientes. Las cosas materiales, las experiencias e incluso las relaciones no pueden satisfacernos por completo cuando nos falta la relación primordial: la que es con Dios. Sin Él, no hay esperanza real.

Esto me recuerda una historia del evangelio de Lucas. Un hombre le pidió a Jesús que hiciera que su hermano compartiera la herencia con él. A primera vista, parecía un simple reclamo de justicia. Pero Jesús miró más allá y dio una advertencia: "¡Tengan cuidado! Absténganse de toda avaricia, porque la vida de una persona no depende de la abundancia de sus bienes" (Lucas 12:15, NVI). El verdadero problema no era la herencia, sino el corazón de este hombre. Como muchos de nosotros, él buscaba controlar sus circunstancias y encontrar seguridad en sus posesiones.

Entonces Jesús contó la parábola de un hombre rico que había tenido una cosecha abundante. Sus graneros ya estaban llenos, de modo que decidió derribarlos y construir otros más grandes para almacenar el excedente. Pensó que así aseguraría su futuro y podría darse la buena vida. Pero Dios lo confrontó: "¡Necio! Esta misma noche te van a exigir la vida. ¿Y quién se quedará con lo que has acumulado?" (Lucas 12:20, NVI). Jesús dejó claro que no sirve de nada perseguir posesiones si descuidamos nuestra relación con Dios.

Esta enseñanza no se limita al dinero; se trata de aquello en lo que confiamos para tener seguridad y plenitud. A menudo, nos afanamos por acumular más (riquezas, reconocimiento, experiencias), convencidos de que esas cosas nos darán paz. Pero Jesús enfatiza que nada de lo que acumulamos puede

sustituir la verdadera seguridad, la cual proviene de confiar en Dios. Cuando nuestra confianza está mal ubicada, terminamos exhaustos persiguiendo algo que nunca tuvo la intención de satisfacernos.

En Mateo 6:19-21 (NVI), Jesús nos enseña: “No acumulen para sí tesoros en la tierra, donde la polilla y el alimañas destruyen, y donde los ladrones se meten a robar. Más bien, acumulen para sí tesoros en el cielo... Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón.” Jesús dice, cuando nos enfocamos en lo terrenal, nuestro corazón no encuentra descanso. La verdadera paz surge al atesorar lo eterno, invirtiendo en aquello que tiene valor eterno.

¿Qué pasaría si, en lugar de fijarnos en lo que tenemos y cómo podemos usarlo, nos enfocamos en quién nos lo dio? El problema no era la riqueza del hombre, sino su confianza mal ubicada. En Mateo 6:31-33, Jesús nos dice que no nos preocupemos por lo que comeremos o vestiremos, sino que busquemos primero el reino de Dios. Al hacerlo, Él promete suplir todas nuestras necesidades. Nos llama a confiarle todo, sin afanarnos por el mañana.

En mi propia vida, ha habido momentos en que he acertado y otros en que he fallado. Pero cuando pongo a Jesús en el centro de mis decisiones —ya sea mis finanzas, mi trabajo o mis relaciones— Él siempre provee. Siempre abre camino. A veces, Su provisión extiende mi fe. Ha habido ocasiones en que la situación parecía sin salida, pero Dios siempre cumplía cuando yo confiaba en Su plan. Podemos llenar nuestra vida de cosas que proveen consuelo temporal, pero sin verdadera dependencia de Dios, todo conduce al vacío. La seguridad real solo se encuentra en Jesús.

El Afán Se Detiene Aquí. Preguntémonos: ¿Qué estamos persiguiendo con tanto afán? ¿Buscamos la seguridad en cosas que pueden esfumarse o buscamos el reino de Dios, confiando en que Él nos proveerá? Cuando ponemos a Dios en primer lugar, descubrimos que Él es más que suficiente. Se hace nuestro Proveedor, nuestro Sustentador y Aquel que llena un vacío que nada más puede ocupar.

Empieza agradeciendo a Dios por Su provisión y Su bondad en cada temporada de la vida. Pídele que te muestre cómo invertir en Su reino durante estos 40 días y más allá. Finalmente, ora por un corazón receptivo y por protección contra el enemigo mientras das pasos para confiar en la voluntad de Dios para tu vida.

DÍA 13

¿CUÁNTO MÁS?

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Mateo 7:7-11

La palabra “más” parece pequeña, pero ejerce una gran presión en nuestras vidas. Es un ansia que nos empuja a afanarnos, siempre persiguiendo algo mejor. Lo ves en un niño haciendo un berrinche. Se aparece en la inseguridad que sentimos, aunque tengamos de sobra, o el temor de ‘perdernos algo’ cuando navegamos por las redes sociales. Aun cuando la vida va bien, algo dentro de nosotros susurra: “más.”

Este anhelo nos lleva a hacer cosas que normalmente no haríamos. Trabajamos sin descanso, acaparamos y perseguimos lo que creemos que saciará ese vacío. Sin embargo, por mucho que obtengamos, esa voz sigue pidiendo más. Pensamos que nuestro afán por tener más, ya sea por seguridad, control o comodidad, nos traerá satisfacción.

Jesús advierte que nuestro afán de “más” puede llevarnos por un camino peligroso. Está manejado por el miedo y nuestros temores revelan algo profundo. Cada miedo revela cómo percibimos a Dios.

Jesús no solo vino a restaurar nuestra relación con Dios; vino a corregir cómo lo vemos. Jesús frecuentemente se refería a Dios como “Padre,” queriendo que entendiéramos que nuestro Creador no es distante, sino un Padre amoroso y atento que cuida de nosotros.

Cuando Jesús pregunta: “¿Cuánto más, tu Padre que está en el cielo, dará cosas buenas a quienes se las pidan?” (ver Mateo 7:11), nos invita a detenernos y reflexionar. No es solo una pregunta retórica; es la oportunidad de considerar la profundidad del amor y la provisión de Dios. Es una invitación a dejar el ajetreo y a descansar en Él.

Como padre, sé que no soy perfecto. A veces pierdo la paciencia o me frustró con mis hijos. Pero a pesar de mis fallas, amo a mis hijos y quiero darles cosas buenas. Si yo, un padre imperfecto, puedo amar y proveer para mis hijos, ¿cuánto más hará nuestro perfecto Padre celestial cuidando de nosotros? Observa tu propia vida. ¿En qué áreas sigues luchando, creyendo que más dinero, una mejor oportunidad o la siguiente novedad te harán sentir seguro? Pero Jesús da vuelta a esta forma de pensar. Nos desafía con “¿cuánto más?” Es un llamado a imaginar cuánto más desea darnos Dios, con Su amor infinito. No solo satisface nuestras necesidades; anhela bendecirnos más allá de lo que podemos imaginar.

Si Dios no retuvo ni a Su propio Hijo, el regalo más valioso, ¿por qué habría de negarnos cualquier otra cosa que realmente necesitemos? Si Dios dio lo mejor para nosotros, ¿cuánto más podemos confiar en que proveerá en todas las áreas de la vida? Esta pregunta deja al descubierto lo inútil de nuestro afán.

Cuando vivimos con miedo, estamos afirmando que nuestra seguridad depende de nosotros. Pero Jesús nos recuerda que nuestro Padre es más que suficiente. Entonces, ¿qué más podríamos necesitar si Dios está de nuestro lado? Si de veras creemos que Él está de nuestra parte, el trajín de tener más puede detenerse.

El afán por tener más, siempre proviene del miedo de que luego no tendremos lo suficiente. Este miedo nos impulsa a aferrarnos a lo que tenemos, convencidos de que nuestra seguridad está en acumular siempre más. Pero Jesús nos invita a creer en algo superior: el corazón de nuestro Padre. Cuando vemos cuánto más Dios nos ama y lo valioso que somos para Él, podemos finalmente abandonar la lucha.

Jesús quería dejar muy en claro esta verdad: a Dios le encanta mostrarnos que Él es nuestro Proveedor y podemos confiar en Él. Nos dice que no nos preocupemos, recordándonos que Él conoce nuestras necesidades y las suplirá si confiamos en Él. La verdadera seguridad no está en tener más; se encuentra en conocer y confiar en Dios como la fuente de ese "más."

Nunca abriremos las manos para soltar lo que atesoramos hasta que veamos cuánto más Dios quiere hacer por nosotros. Jesús desea que dejemos de afanarnos por "más" y vivamos con las manos abiertas, confiando en que nuestro Padre se deleita en proveer. La seguridad no proviene de lo que hacemos, sino de la confianza en "cuánto más" Dios quiere darnos, porque nos ama.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿En qué áreas sigues afanándote por más? ¿Te cuesta creer que Dios suplirá tus necesidades? Jesús nos llama a dejar de afanarnos y a descansar en la certeza de que nuestro Padre se deleita en darnos cosas buenas.

Señor, ayúdame a confiar en Tu bondad y provisión como mi Padre. Confieso que a menudo me afano por tener más, pensando que así tendré seguridad. Abre mis ojos para ver cuánto más deseas darme, porque me amas. Enséñame a descansar en Tu cuidado y a vivir con las manos abiertas, confiando en que eres un buen Padre que proveerá todo lo que necesito. Amén.

SEMANA 3

EL AFÁN DE DEMOSTRAR QUE VALES

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“Sin embargo, todo aquello que para mí era ganancia, ahora lo considero pérdida por causa de Cristo. Es más, todo lo considero pérdida por razón del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor. Por él lo he perdido todo y lo tengo por estiércol, a fin de ganar a Cristo”

Filipenses 3:7-8 NIV

¿Alguna vez has sentido que sin importar cuánto logras, nunca es suficiente? En un mundo que constantemente nos empuja a afanarnos más, a esforzarnos más y a cumplir con estándares inalcanzables, es fácil sentirse agotado y vacío. Esta búsqueda incesante de éxito puede dejarnos con la sensación de que nuestra vida no tiene el impacto o la relevancia que esperábamos. Pero ¿qué sucedería si el éxito no dependiera de lo que logramos, sino de lo que ya se ha hecho por nosotros?

Esta semana explicaremos cómo Jesús ofrece verdadera satisfacción, no a través de nuestros esfuerzos para triunfar, sino a través de Su obra consumada. Profundicemos en la Palabra de Dios para descubrir la libertad de descansar en Su gracia y de encontrar nuestro valor en Él. Acompáñanos mientras descubrimos lo que realmente significa soltar el afán y abrazar la vida que Él ya ha hecho plena.

DÍA 14

EL AFÁN DE DEMOSTRAR QUE VALES |

¿QUÉ ES LO QUE VALORAS?

POR JOHN SELLERS

Lee: Filipenses 3:4-8

“F.” Esa fue la letra en la parte superior del examen de química que recogí. Estaba en mi primer año de universidad, y era la primera vez en mi vida que reprobaba un examen. Siempre me había ido bien en la escuela y me enorgullecía de mis buenas notas. Así que, mientras regresaba a mi dormitorio ese día, me invadió el pánico. No sabía cómo procesarlo. No estaba enojado con el profesor ni pensaba que fuera injusto; ¡estaba furioso conmigo mismo! Esto me llevó a cuestionar mi identidad. Me preguntaba si debía rendirme, pensé que tal vez esto significaba que era un fracasado. ¿Si eso significaba que todo lo que había soñado para mi vida se había terminado? ¡Estaba teniendo una crisis de identidad absoluta! Al mirar atrás, me doy cuenta de cuánto peso puse en ese examen.

Todos tenemos “algo”. Para ti, tal vez no sean las calificaciones en la escuela, pero todos tenemos algo que perseguimos y que define nuestro éxito. Puede ser ganar en el fútbol, ser reconocida como la “súper mamá”, recibir premios, obtener ascensos o sumar muchos ceros a la cuenta bancaria. Aunque no lo hayas escrito en alguna parte ni lo comentes abiertamente, todos tenemos una imagen mental de cómo tiene que ser nuestra vida. Soñamos con una visión determinada de cómo debe lucir nuestra vida y la ruta que debe seguir. Cuando mantenemos el ritmo de esas imágenes, nos sentimos muy bien. Pero, ¿qué sucede cuando no se cumplen esas expectativas? ¿Qué pasa cuando no has llegado tan lejos como esperabas hasta ahora? ¿Cuando sientes que nunca acabas de estar a la altura?

Aquí es donde el afán puede resultar agotador. Tu idea de éxito empieza a mezclarse con todo lo que ves en las redes sociales y con la vida de tus amigos y familiares. Ves su casa, las sonrisas de sus hijos, las vacaciones que toman, el título universitario que obtuvieron. Surge esa molesta sensación de que te estás quedando atrás o que no das la talla. Algo dentro de ti te empuja a seguir corriendo en lo que parece una caminadora interminable para mantenerte arriba. Sientes que si te detienes siquiera un segundo, vas a estrellarte.

Quiero que te tomes un momento para pensar en la última vez que sentiste que no cumplías con las expectativas o que te sentías un fracaso. ¿Qué fue lo que desencadenó esa sensación?

Cómo respondes cuando no logras tu propia definición de éxito revela mucho acerca de tu corazón.

En Filipenses 3, Pablo comparte que por mucho tiempo estuvo atrapado en el afán de “demostrar”. Pablo era alguien que lograba cosas; estaba motivado por el éxito. Se enorgullecía de pertenecer a la familia adecuada, de cumplir todos los pasos correctos en la vida y de ser un “hebreo de hebreos.” Pablo sentía pasión por ser el mejor en todo. Tenía una formación excelente y se esforzaba por demostrar que podía hacerlo todo bien. Esta búsqueda de éxito lo llevó incluso a liderar la persecución contra la iglesia primitiva. A los ojos de aquellos que le importaban, él era un éxito rotundo.

Pero algo cambió en la vida de Pablo. En Filipenses 3:7-8, dice que considera su larga lista de logros como “pérdida”. Ya no veía sus logros de la misma manera. Pablo había descubierto cómo escapar del afán de lograr éxito. ¿La pregunta es cómo?

Él responde en los versículos 4-8. Que vio todas esas cosas como pérdida, como un desperdicio de tiempo y energía, “por causa de Cristo”, debido al valor extraordinario de conocer a Jesús.

He aquí la verdad que Pablo llegó a comprender: Lo que persigues revela lo que valoras. ¿Por qué tuve una crisis de identidad al reprobar un examen? Esto expuso que recibir una “A” y todo lo que esas notas podían brindarme, era lo que más valoraba.

Para Pablo, algo cambió. Encontró un tesoro más valioso.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Qué enumerarías si compilas tu lista de logros en la vida? Piensa en la última vez que sentiste que no eras suficiente o que habías fracasado. ¿Qué revelan esas cosas sobre lo que valoras? Hoy, tómate unos minutos para orar y pedirle a Dios que te muestre qué es lo que más atesoras. Pídele que te ayude a ver lo que Pablo vio y a permitir que Jesús te libere de la búsqueda constante de logros.

DÍA 15

UN NUEVO TESORO IMPLICA UNA NUEVA PERSPECTIVA POR JOHN SELLERS

Lee: Filipenses 3:7-8

¿Cómo lo hizo Pablo? ¿Qué lo liberó de esa caminadora interminable del afanarse por el éxito? Su perspectiva cambió porque encontró algo con mucho más valor que todos los logros que perseguía.

Lo que persigues como éxito revela lo que atesoras. Dios te diseñó para que anheles algo en la vida. Es parte del diseño de los seres humanos y Dios lo puso ahí. Tu mente y tu corazón fueron hechos para perseguir algo. Nuestro problema es que, a menudo, nos conformamos con perseguir cosas que no son tan maravillosas.

Ayer te preguntaste: "¿Qué revela mi búsqueda de éxito acerca de lo que valoro?" Quizá valoras la sensación que sientes con el reconocimiento de los demás. Tal vez valoras ser la persona que siempre tiene la respuesta o la idea genial. Quizá valoras tener mucho dinero o sentir que tienes el control. El afán por el éxito se alimenta de la búsqueda incesante de estas cosas que cautivan nuestro corazón. Es casi como esos viejos dibujos animados con alguien persiguiendo la zanahoria colgada al final de una cuerda, siempre fuera de su alcance.

Pablo perseguía lo mismo que tú y yo. El afán lo motivó a escalar posiciones de autoridad y liderazgo. Lo llevó a comportarse de la manera "correcta" y a no desviarse nunca. Lo impulsó a construir una imagen pública en la que todos lo consideraban el piadoso, el que sabía qué hacer y el que siempre estaba luchando apasionadamente por lo que creía justo. ¡Y Pablo era excelente en todo eso!

Pero la perspectiva de Pablo cambió cuando conoció a Jesús. Jesús se le apareció mientras viajaba a Damasco, donde pensaba encarcelar a los cristianos. La gracia y el amor que Jesús le mostró, precisamente a él, quien estaba persiguiendo a los seguidores de Jesús, transformaron su vida para siempre. En Filipenses 3:7-8, Pablo dice que descubrió "el incomparable valor de conocer a Cristo". Cuando tuvo ese encuentro con Jesús, descubrió un tesoro más valioso que todo cuanto antes había buscado.

A lo largo de los años, he sido un apasionado de la tecnología. Ya fuera

en videojuegos, efectos especiales en películas o los dispositivos más recientes, siempre me ha cautivado. Cuando reflexionamos sobre la velocidad con que avanza y cambia la tecnología, nos reímos de lo que antes nos impresionaba. Hubo un tiempo en que “Pong” era el videojuego más innovador. Igualmente, el masivo teléfono móvil, bloque de apariencia ridícula, gigante y aparatoso era símbolo de estatus. Recuerdo haber quedado maravillado con la animación y los gráficos de la película original de “El Rey León”. Pero ahora esas cosas nos parecen simples. ¿Por qué? Porque hemos visto cosas más impresionantes y mejores. Hemos visto videojuegos que se ven casi reales, vivimos la realidad virtual, la inteligencia artificial y teléfonos inteligentes con más poder de cómputo que el transbordador espacial.

Cuando experimentas algo superior, tu perspectiva sobre lo que antes te impresionaba cambia.

Cuando Pablo conoció a Jesús y comenzó a seguirlo, encontró un tesoro que eclipsó todo lo que antes valoraba. Conocer a Jesús era tan grande que los éxitos que Pablo había acumulado le parecían basura en comparación. Su perspectiva se transformó cuando descubrió un tesoro más grande al cual dedicarse. Se dio cuenta de que su deseo de éxito estaba destinado a enfocarse en Cristo. Este cambio de visión comenzó a liberarlo del afán.

El Afán Se Detiene Aquí: La pregunta más importante que debes hacerte es si tú has experimentado lo que Pablo experimentó con Jesús. ¿Has descubierto el valor supremo de conocerle? Cuando lo hagas, cambiará lo que valoras en la vida. Este es el inicio de la libertad del afanar. Tómate un momento para orar y pedirle a Jesús que te permita conocerlo más y experimentar ese tesoro que hace que todo lo demás parezca una pérdida en comparación.

DÍA 16

EL ÉXITO DE JESÚS ES SUFICIENTE PARA TI POR JOHN SELLERS

Lee: *Filipenses 3:9-16*

¡El ajeteo puede ser agotador! Justo cuando crees que has alcanzado o experimentado suficiente éxito, esa voz interior te dice que no es suficiente. Después de todo, ¿ya viste lo que lograron tus amigos, el trabajo que tienen o el carro que manejan? El afán por el éxito resulta agotador porque nunca se detiene.

A veces, este afán de lograr cosas influye en nuestra relación con Dios. Sentimos que tenemos que estar a cierta altura para que Él nos acepte. Tal vez se deba a que gran parte de nuestra vida está enfocada en rendir en el trabajo, la escuela o los deportes. Pero el afán puede colarse en tu fe. Ir a la iglesia se convierte en una casilla para marcar. El orar se hace una obligación. Ayudar a otros o hacer lo correcto se transforma en una forma de ganar puntos con Dios. Esta mentalidad de rendimiento trueca el camino de una relación con Jesús en un sistema religioso de listas, obligaciones y reglas sin corazón.

Para Pablo y otros conocidos como fariseos, mezclar la búsqueda de éxito y la búsqueda de Dios fue una combinación mortal. Aunque desde afuera aparentaban ser piadosos y poseían todo el conocimiento extenso imaginable acerca de Dios, estaban tan alejados de Él que ni siquiera se dieron cuenta de quién era Jesús cuando lo tuvieron frente a sus propios ojos. Esta mezcla hizo que se perdieran de Dios por completo. ¿Por qué? Porque, en realidad, sus esfuerzos no eran tras Dios, sino tras los deseos de su corazón.

Este afán de esfuerzo religioso por destacarse, es lo que puede ser más desalentador. Cuando las cosas van bien, te sientes muy bien. Crees que Dios te ve y te ama. Pero cuando fracasas en tu intento de impresionar a Dios, te abrumba la vergüenza, la culpa y la sensación de que Él jamás podría amar a alguien como tú. Después de todo, no puedes ser perfecto.

La realidad que Pablo experimentó al conocer a Jesús cambió todo para él. En Filipenses 3:9, explica en parte, por qué su relación con Jesús era un tesoro tan grande para él. Dice que está "unido a él, no por mi propia justicia... sino por la justicia que se obtiene

mediante la fe en Cristo; la justicia que procede de Dios, basada en la fe" (NVI). Pablo entendió que no podía hacer lo suficiente para ganarse el perdón y una relación con Dios. Pero la buena noticia es que Jesús ya lo había ganado por él. Como la fe de Pablo estaba en Cristo, toda la justicia que Jesús logró se le acreditó a Pablo. En otras palabras, el valor de Pablo ante Dios no se basaba en sus esfuerzos, sino en lo que Jesús ya había hecho por él. Esta verdad es la que hace que el conocer a Jesús sea tan increíblemente valioso: la libertad de descansar en Sus logros, en vez de los nuestros.

¿Sabías que hay jugadores de fútbol americano con su anillo de Super Bowl aunque nunca jugaron un solo partido durante toda la temporada? Parece difícil de creer, pero aun los jugadores suplentes en lista obtienen un anillo. Aunque no hayan atrapado ni un solo pase o hecho un solo bloqueo o lanzamiento, el éxito del equipo también se les atribuye.

Esto fue lo que Pablo experimentó en Jesús. Pablo pecó, pero Jesús nunca lo hizo. Pablo se equivocó, pero Jesús jamás falló. Pablo se desvió muchas veces, pero Jesús nunca. Sin embargo, los logros de Jesús se acreditan a todo aquel que confía en Él. Su perfección es dada a personas como Pablo, como tú y como yo, que estamos lejos de ser perfectos. ¡Eso es Gracia! Es por eso que conocer a Jesús es un tesoro tan grande, y hace que todos nuestros logros parezcan basura en comparación.

Nos recuerda lo que Jesús enseñó en Mateo 11:28-30. Él nos insta a venir a Él cuando estamos cansados y cargados, incluso por el afán de destacarnos. Y la promesa de Jesús es que Él nos dará descanso de nuestro afán. ¿Cómo nos da descanso Jesús? Él ya logró todo por nosotros. Al caminar con Él, ya no tienes que correr en la caminadora, ni estar tratando de ser "lo suficientemente bueno" para que Dios te ame. Él ya te ama y te acepta, no por lo que puedas hacer, sino por lo que Jesús hizo por ti.

El Afán Se Detiene Aquí: Recuerda que los logros de Jesús son suficientes. No necesitas lograr nada más delante de Dios. Deja que esta realidad te libere del afán de éxito. Tómame un minuto para orar y agradecer a Dios por la gracia que te da, atribuyendo a ti los logros de Jesús como tuyos.

DÍA 17

UN ÉXITO AÚN MAYOR

POR JOHN SELLERS

Lee: Romanos 15:20; Hechos 20:18-25

Lo recuerdo como si fuera ayer. Mi esposa, Becca, y yo estábamos a punto de llevar a nuestro primer hijo a casa desde el hospital. Nunca había instalado un asiento de bebé para coches, y fue más complicado de lo que creía. Intentaba pasar el cinturón de seguridad correctamente, encontrar los ganchos de anclaje y revisar si estaba nivelado o inclinado.

Un empleado del hospital estaba disponible para ayudar, así que le pedí que revisara mi trabajo antes de ir por mi esposa y el bebé. Sacudí el asiento con fuerza y vio que estaba muy suelto. Gritó: "¿Te parece buena idea poner a un bebé aquí?" Yo respondí: "Supongo que no". Luego me mostró cómo instalarlo seguro y correctamente. Como muchos padres, Becca y yo, bromeamos diciendo que recibimos más entrenamiento para manejar un auto que para hacernos responsables de un niño. Pero de algo estamos seguros: tener hijos reorienta tus prioridades. Desde ese momento, ya no vivimos solo para nosotros mismos, sino con un nuevo propósito.

Cuando comienzas a seguir a Jesús, tu hambre de éxito y ambición no desaparecen. Sin embargo, el nuevo tesoro que tienes en Cristo te da una nueva definición de éxito y cambia lo que persigues en tu vida. En lugar de perseguir estatus, riqueza o reconocimiento, el éxito se convierte en servir a otros, honrar a Dios y edificar Su reino. Es un cambio de, en vez de metas egocéntricas a un propósito concentrado en Dios; de la lucha por demostrar cuánto vales, a descansar en la seguridad de que tu valor proviene de Cristo. Empiezas a buscar el éxito en Su reino, no solo el tuyo. Esto significa priorizar el amor, la generosidad y el servicio; viendo vidas transformadas por Jesús y viviendo con integridad. El éxito en Su reino significa impactar a los demás positivamente, compartir el evangelio, y usar tus talentos para la gloria de Dios, en lugar de buscar ganancia personal.

Para Pablo, Dios empezó a usar su afán de éxito y logros para lograr cosas aún mayores en el mundo, que cuando vivía para sus propios deseos. El Espíritu Santo llevó a Pablo a canalizar esa determinación

para invertir su tiempo, energía y recursos en difundir las buenas noticias de Jesús. En Romanos 15:20 (NVI), Pablo dice: "Siempre he procurado predicar el evangelio donde Cristo no era conocido." Se propuso llevar las buenas nuevas de Jesús por todo el mundo. Fue un objetivo ambicioso, audaz y exigente, que implicó grandes riesgos y sacrificios para alcanzarlo. Al final de su vida, Dios había usado a Pablo para guiar a muchas personas a la fe en Cristo y plantar iglesias por todas partes. ¡Dios incluso lo usó para escribir la mayor parte de los libros del Nuevo Testamento!

Cuando tu nueva perspectiva de lo que es más valioso se combina con tu pasión por lograr cosas para Cristo, Dios produce resultados sobrenaturales. Cuando empiezas a vivir para Él en lugar de vivir solamente para ti, comienzas a experimentar aquello para lo que fuiste creado. Esto es lo que Dios quiere liberarte a experimentar: la conexión con Su propósito para tu vida. Jesús quiere liberarte del afán abrumador de búsqueda de éxito y de la presión constante de demostrar tu valía. Esta libertad proporciona descanso emocional y espiritual, sustituyendo la ansiedad y el cansancio por paz y propósito. Pero eso no significa que Él quiera bajar el nivel de lo que El quiere lograr en tu vida. Más bien, Jesús desea que logres más de lo que jamás puedas pedir, imaginar o soñar, a través de Su poder y Su Espíritu. Te da algo más grande por lo cual vivir, tomar riesgos y perseguir.

A menudo escucho a personas en nuestra iglesia decir algo como: "Nunca pensé que Dios me usaría de esta manera." Servir y liderar no es una carga, sino un privilegio y un regalo de Dios. Trae alegría, propósito y satisfacción muy superiores a cualquier ambición personal. A diferencia del afán agotador por el éxito mundano, servir en el Reino de Dios te llena de paz, sabiendo que estás haciendo una diferencia eterna y colaborando con Él. ¡No hay nada como ayudar a otros a experimentar más de quién Jesús es! Esto es lo que Dios quiere liberarte para que lo vivas en Él.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Qué cambiaría si definiras tus prioridades a través de la perspectiva del éxito en Su Reino y no solo el tuyo? ¿Qué anhelas lograr para Cristo en tu vida? ¿Qué paso de fe te está pidiendo que tomes para ayudar a expandir Su Reino? Tómame un momento para reflexionar y orar, pidiéndolo a Dios que te ayude a dar esos pasos de fe mientras diriges tu ambición hacia Él.

DÍA 18

LA LISTA MENTAL DE MAMÁ POR BECCA SELLERS

Lee: *1 Tesalonicenses 4:9-11*

Eran las 6 a. m. de un martes. Desperté con mi alarma en lugar de que alguien o nuestra mascota me despertara, lo cual, en esta etapa, se sentía como un pequeño milagro. Me puse mi sudadera cómoda, y gafas y caminé medio dormida por la casa a levantar a nuestro hijo menor para ir a la escuela.

No necesité mucho más de esos diez pasos hasta su habitación para que “la lista” —todas las cosas que debía hacer en cuestión de unas pocas horas— resonara en mi mente. Aunque había planeado con anticipación, organizado las cosas y estar consciente de esta temporada caótica, aún había mucho por completar antes de una reunión importante para la que me estuve preparando por meses.

La noche anterior, cargué el lavavajillas para que todo estuviera limpio en la mañana, sabiendo que la “Becca del futuro” lo agradecería, ya que mi tiempo era limitado. Esa mañana, solo necesitaba vaciar los platos limpios y despejar el fregadero antes de salir. Como siempre, nuestro cachorro Golden Retriever de 7 meses, Falkor, me ayudaba mientras vaciaba el lavavajillas.

Todo marchaba de maravilla, hasta que el collar de Falkor se enganchó en la rejilla inferior del lavavajillas, entró en pánico al instante, y el caos se desató. Se echó hacia atrás con toda su fuerza, arrancando la rejilla inferior con todo y platos.

Falkor salió corriendo con la rejilla del lavavajillas llena de platos todavía enganchada a su collar, directo hacia lo que llamo el “cuello de botella del caos”: un espacio angosto en donde la cocina conecta con la sala. Ladraba desesperado, luchando por escapar. La rejilla era demasiado ancha, su cuerpo demasiado largo y su “lucha o huye” modo activado. La rejilla completamente cargada de platos saltó al aire y se atascó entre los gabinetes y la pared. La fuerza del giro de Falkor al caer de lomo, lanzó los platos en pedazos alrededor nuestro.

En su pánico, Falkor pensó que lo estaban atacando y se volteó sobre su espalda en defensa. El caos se intensificó cuando aterrado, soltó un “géiser” de orina y un “cañonazo” de excremento que se esparció en todas direcciones, cubriendo las superficies a su alrededor y se agitaba. Cuando por fin logró zafarse, Falkor salió corriendo a otra habitación, todavía cubierto en esa suciedad, expandiendo aún más el desastre mientras se escondía

asustado.

No tengo espacio suficiente para describir detalles de la limpieza monumental requerida para llegar a tiempo a la importante reunión, con meses en mi agenda. Me había esforzado tanto por anticiparme y aligerar el día para nuestra familia.

Mientras manejaba hacia la reunión, el Espíritu habló a lo más profundo de mi corazón, dándome una imagen de mí misma en medio de mis afanes. El afán a menudo me hace sentir desorientada, incapaz de ver la belleza en medio del caos. Sentí que Él susurraba: "Becca, a pesar de toda tu planificación y organización, de toda tu búsqueda de simplificación y sistemas, no aparentas ser muy diferente a un cachorro desbocado y zarandeado. Tu vulnerabilidad en medio de los afanes de la vida está segura conmigo. Cuando las circunstancias te dejan boca arriba y expuesta, Yo estoy cerca. Tu integridad no se define por lo preparada que estés; tu plenitud está en Mí."

Cuando la vida se vuelve abrumadora, cuando el afán parece implacable y la lista de tareas sigue incompleta pese a nuestros mejores esfuerzos, recuerdo las palabras de Pablo a los creyentes de Tesalónica para entender cómo Jesús nos llama a vivir la única vida que se nos ha dado.

El Afán Se Detiene Aquí: Dejemos por un momento nuestras listas y sistemas para entrar en oración y centrarnos a evaluar cómo estamos. Apliquemos el marco de referencia tesalonicense a nuestra vida diaria y ajustemos lo necesario:

- *Ser profundamente conocido por el Dios del universo.*
- *Seamos conocidos por otros gracias a nuestro amor y naturaleza abierta a aprender.*
- *Desinteresado y nuestra disposición a aprender.*
- *Procura ser ejemplo con una vida llena de paz, sin buscar llamar la atención, serena.*
- *Ocuparnos de lo nuestro; mantenernos en nuestro propio carril.*
- *Ser buenos administradores de todo lo que tenemos.*
- *Trabajar con nuestras manos para la gloria de Dios solamente, no para la aprobación de los demás.*
- *Preservar nuestra influencia para el evangelio y mostrar la belleza de Cristo.*

El afán se detiene aquí: anclamos nuestro valor no en esfuerzos, sino en Su amor. Confiando que ya somos vistos, conocidos y amados por Él.

DÍA 19

LA LIBERTAD DE LA PLENITUD

POR JOHN SELLERS

Lee: *Filipenses 4:11-13*

Imagina estar en la celda de una prisión cuando todo lo que deseas está tras esas rejas. En el caso de Pablo, había estado siguiendo la guía de Dios por años y había presenciado lo milagroso. Vio a muchas personas comenzar a seguir a Jesús y fundó iglesias en un pueblo tras otro, ciudad tras ciudad. Dios lo usó para predicar, enseñar, sanar y capacitar pastores y líderes. Pero ahora, Pablo estaba encarcelado por aquello que había hecho por el Señor. No solo eso, sino que en prisión afrontaba la posibilidad de la muerte y trataba de lidiar con la noticia de que sus amigos de la iglesia en Filipos estaban siendo atacados desde afuera y divididos desde adentro. Y Pablo no podía hacer lo que deseaba porque estaba tras las rejas.

Quizá nunca hayas enfrentado exactamente la misma situación, pero ¿alguna vez has pasado por un tiempo donde lo que querías no sucedió? En el caso de Pablo, la voluntad de Dios para él no coincidía con su propia voluntad. Dios lo había guiado a tomar grandes riesgos para difundir la buena nueva de Jesús y plantar nuevas iglesias, y ahora ese mismo esfuerzo lo tenía en prisión. Con todo su ser, Pablo deseaba estar con sus amigos en Filipos para ayudar a resolver sus problemas. Podríamos pensar que estaría resentido o enojado con Dios. Pero para Pablo eso, en realidad, no podría estar más lejos de la verdad. Pablo aprendió a disfrutar otro resultado de la libertad que Jesús nos da del afán de demostrar: la plenitud. A diferencia de la búsqueda interminable de reconocimiento y logros que nos agota, la plenitud en Cristo consiste en encontrar satisfacción en lo que Dios ha hecho, en vez de en lo que podemos hacer. Significa descansar en Su suficiencia en vez de vivir en un constante anhelo por más.

Cuando descansas en la verdad de que Jesús ya logró todo lo que necesitas y que, gracias a la fe en Él, Su éxito se te acredita a ti, eso te libera de la presión de rendimiento. El éxito que persigues para el reino de Dios es libertad, no esclavitud. Es un gozo y un privilegio. Por ejemplo, el éxito en el reino de Dios podría verse reflejado al servir desinteresadamente, compartir cómo llegaste a conocer a Jesús como Salvador, o ayudar a quienes lo necesitan sin esperar nada a cambio. Estas acciones traen plenitud y alegría, en contraste

con el estrés y el cansancio de buscar el éxito terrenal. Este giro de perspectiva, transforma todo.

En lugar de amargarse, Pablo expresa gozo incluso estando encadenado. Mientras muchos responderían con frustración o resentimiento cuando sus deseos no se cumplen, Pablo eligió el gozo. Pablo comprendió que su valor y su propósito no dependían de su capacidad para controlar las circunstancias, sino de su dependencia en Jesús. Nos cuenta en Filipenses 4:11-13 que aprendió el secreto de estar contento en cualquier situación. Pablo explica que este secreto de la plenitud vale tanto cuando las cosas van bien —tienes toda la comida y los recursos que necesitas, y todo parece marchar de maravilla— como cuando las cosas van mal —viviendo en escasez e incluso pasando hambre. Pablo había pasado por ambas circunstancias repetidas veces, precisamente por seguir a Jesús. El Señor lo llevó por tiempos de abundancia y también de escasez.

¿Cuál es el secreto de Pablo? Lo revela en el versículo 13: “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece.” El secreto para estar contento en todo momento es confiar en la presencia y el poder de Jesús. Cuando todo va bien y los demás te halagan, es fácil creer que el éxito es fruto de quién eres tú. Pero Pablo aprendió que en el éxito, debía recordar que Jesús le dio la fuerza y el llamado para experimentarlo. Cuando las cosas van mal y no salen como pensabas, cuando en lugar de alabarte la gente te ataca y puedes sentirte como un fracaso y creer que no das la talla. En esos momentos, el secreto del contentamiento es el mismo. Pablo aprendió a depender de la presencia y el poder de Jesús para guiarlo en toda situación.

La fuerza de este secreto le permitió a Pablo experimentar gozo tanto en las victorias como en las pruebas. La libertad del afán incluye estar contentos en cada circunstancia, al descansar en nuestra relación con Jesús, quien siempre está con nosotros.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿En qué temporada estás, de éxito o de lucha? ¿En dónde buscas la fuerza para sobrellevarlo todo? Hoy Dios te llama a volverte a Jesús. Él es poderoso y está presente ahora mismo contigo. Conocerlo y experimentar Su compañía es el tesoro más grande, un tesoro que nadie puede arrebatarte. ¿Te tomarías un momento para orar y alabar a Jesús, quien está contigo aun en este preciso instante?

DÍA 20

ESPERANDO EN CADA ESTACIÓN

POR GABBIE VEGA

Lee: *Eclesiastés 3:1-14*

Cuando piensas en las “estaciones del año,” ¿Adonde vuela tu mente al instante? ¿Piensas de inmediato en la playa en el verano? ¿O, lanzando bolas de nieve en invierno? ¿Recogiendo flores en primavera? Para mí, lo primero que pienso es en recoger manzanas y comer donas de sidra de manzana en otoño. Creciendo en Nueva York, esta es mi estación favorita, ver cómo las hojas cambiaban en los más asombrosos tonos de ámbar, dorado, marrón y burdeos. Aunque me encanta vivir en Florida, a veces es difícil recordar que existen las estaciones porque aquí solo hay dos: súper-caluroso y un poco-menos-caluroso. Fuera de bromas (un tanto), hay algo muy especial en experimentar el cambio de estaciones. Cada una ofrece algo diferente y tiene su propio encanto. Y la belleza del diseño de Dios es que, si alguna estación no te agrada tanto, nunca dura para siempre. Es un ciclo maravilloso que refleja nuestras propias vidas.

Eclesiastés 3:1-14 nos enseña que hay un tiempo para todo. “Hay un momento para nacer y un momento para morir; un momento para plantar y un momento para cosechar; un momento para matar y un momento para sanar... un momento para llorar y un momento para reír; un momento para hacer duelo y un momento para bailar” (NVI). Suena poético y agradable cuando lo lees, pero ¿qué sucede cuando te encuentras en una temporada en la que preferirías no estar?

¿Qué pasa cuando esa estación de risas se convierte en una estación de llanto, o cuando tu época de bailes se transforma inesperadamente en una época de duelo... y luego, qué? En el instante en que abres los ojos cada día y regresan a tu mente las penas, frustraciones y tensiones de tu situación presente, sientes en el corazón el peso y el dolor inexplicable de la rotura de este mundo... ¿qué haces entonces? Lo natural es orar: “Señor, quítame este dolor... cambia mis circunstancias... no permitas que esto suceda... devuélveme al tiempo en que esto no había pasado.” Es natural desear salir cuanto antes de las temporadas no deseadas, ya sea desempleo, pérdidas, cansancio, deudas o agotamiento.

Pero, ¿qué pasa cuando te ves obligado(a) a quedarte en la

incomodidad de esa temporada? Para mí, tal vez por mi forma de ser, trato de salir del problema buscando soluciones: "Si solo adoro más o leo más la Biblia, quizá se acelere el proceso por sí mismo." Inevitablemente, la otra cara del análisis y búsqueda de solución, es darte cuenta de que no puedes adelantar el tiempo. Por mucho que lo deseara, nunca pude adelantar el invierno, no pude saltar de diciembre a marzo.

Lo bueno es que no pude, porque si hubiese saltado el invierno, el suelo no habría tenido el tiempo necesario para prepararse para el nuevo crecimiento de la primavera. Las manzanas que tanto me gustaba recoger en otoño no habrían llegado sin ese invierno que tanto deseaba evitar. Lo que parecía un retraso, en realidad era preparación. Aquí es donde debemos soltar el afán. Esforzarnos constantemente para llegar a la siguiente temporada nos impide ver las bendiciones y el crecimiento que Dios quiere producir ahora. Cada estación tiene su bondad. Hay bendición, propósito y crecimiento, incluso cuando no hay comodidad. Nuestro Dios no derrocha nada. Él toma aún lo que el enemigo planea para mal y lo transforma para el bien de quienes lo aman. ¿Cómo sería si enfrentáramos cada temporada difícil como algo enviado por un Salvador, como herramienta para avanzar la obra que Él quiere hacer en nuestro corazón y vida?

Dios está con nosotros en cada momento, obrando todo para nuestro bien. En lugar de afanarnos por huir de los tiempos difíciles, recordemos que Él está usando cada etapa para moldearnos, hacernos crecer y acercarnos más a Él.

Así que, en lugar de esforzarnos por escapar, aprendamos a confiar. Dios sabe dónde estás. Sabe a dónde quieres ir, y Él ve la imagen completa; al fin y al cabo, Él fue quien la pintó. Descansa en la certeza de que Él te prepara para lo que viene. Esta temporada no durará para siempre; sé consciente de Su presencia y recibe todo lo que Él quiere darte en ella.

El Afán Se Detiene Aquí: Toma una respiración profunda. Reflexiona y enumera cinco cosas por las que estés agradecido esta semana. Agradécele al Señor por esas bendiciones, sean grandes o pequeñas. Piensa en aquello que estás esperando que suceda. Pídele al Señor que te revele las bendiciones y lecciones que quiere que veas en este tiempo. Agradécele por adelantado, sabiendo que Él se va a mover y obra todo para tu bien.

SEMANA 4

EL AFÁN POR AUTO-SATISFACCIÓN

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha.”

Salmo 16:11 NIV

Todos tenemos deseos —ya sea de felicidad, placer, amor o comodidad— que creemos nos harán sentir plenos. Pero el afán por satisfacer deseamos, a menudo nos deja vacíos. Por mucho que persigamos lo deseado, nunca basta para completamente saciar ese anhelo de estar satisfechos.

Esta semana, exploramos cómo la búsqueda de soluciones rápidas y satisfacción inmediata puede descarriar tu vida, dejándote con ganas de más. Jesús ofrece un más profundo cumplimiento que trasciende los deseos temporales. Él te invita a dejar de perseguir lo que nunca podrá llenarte por completo y a hallar un gozo perdurable en Él. Cuando alinees tus deseos con lo que Él te brinda, descubrirás una satisfacción que va más allá de cualquier cosa que el mundo pueda ofrecer.

DÍA 21

¿POR QUÉ DIOS QUIERE QUE REALMENTE DISFRUTES LA VIDA? (Y NO TE SIENTAS CULPABLE POR ELLO)

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: *Salmo 16*

Todos hemos sentido culpa después de disfrutar algo —un postre irresistible, una maratón de Netflix o una siesta mientras se acumulan las tareas pendientes—. Es como si hubiéramos aprendido a pensar que, si algo se siente bien, debe estar mal. Hemos asimilado la idea de que el placer es algo malo, como si Dios desaprobara que sintamos gozo. Muchos sospechamos en silencio que Dios no quiere realmente que disfrutemos la vida. Suponemos que el placer y la realización son tentaciones que debemos resistir, no regalos para abrazar. En nuestra mente, Dios se convierte en una figura severa que retiene cosas buenas y esperando que caigamos al disfrutar demasiado de la vida. Para muchos, Dios es el aguafiestas supremo.

Pero, ¿y si hemos malinterpretado el corazón de Dios? ¿Y si el problema no es el placer en sí mismo? ¿Podría ser que nuestros deseos no sean demasiado fuertes, sino demasiado débiles? ¿Y si nos hemos estado conformando con mucho menos de lo que Dios ofrece?

En mis años de universidad, me topé con una cita de C. S. Lewis que me cambió la vida. Él escribió: “Si consideramos las asombrosas promesas de recompensa y la naturaleza asombrosa de las recompensas prometidas en los Evangelios, parece que Nuestro Señor encuentra que nuestros deseos no son demasiado fuertes, sino demasiado débiles. Somos criaturas de medio-corazón, entreteniéndonos con la bebida, el sexo y la ambición, cuando se nos ofrece un gozo infinito, como un niño ignorante que quiere seguir haciendo pasteles de lodo en un barrio pobre porque no puede imaginar lo que significa la oferta de unas vacaciones en la playa. Nos contentamos demasiado fácilmente.” —C. S. Lewis, *The Weight of Glory*

Esa última frase —“Nos contentamos demasiado fácilmente”— me detuvo en seco. Siempre había creído que seguir a Jesús implicaba renunciar a la diversión y a la emoción hasta el Cielo. Pero Lewis volcó eso. ¿Y si el problema no es que queramos demasiado de la vida, sino que nos conformamos con muy poco?

Jesús no vino a hacernos miserables. Él dijo que vino para darnos vida en abundancia (Juan 10:10). Dios no nos pide negar la alegría; nos pide que

dejemos de conformarnos con placeres baratos y fugaces, cuando Él está ofreciéndonos algo mucho mayor. Jesús no quiere que rechacemos el gozo, sino que rechacemos versiones superficiales que no duran.

Dios nos diseñó para la alegría, la plenitud y el deleite. Esos deseos profundos —el anhelo de satisfacción, de felicidad, de placer— no son malos. No es algo que debamos reprimir o desechar. Dios puso esos deseos dentro de nosotros. Nos creó para buscar el gozo, perseguir el placer y desear la plenitud. El problema no está en nuestros anhelos, sino en a dónde acudimos para satisfacerlos. El Salmo 16:11 (NVI) declara: “Me has dado a conocer la senda de la vida; me llenarás de alegría en tu presencia, y de dicha eterna a tu derecha.” Dios no solo ofrece momentos fugaces de felicidad; Él ofrece “dicha eterna,” una plenitud desbordante que no se acaba. “Eterna” aquí significa máximo, un gozo que lo abarca todo y no deja espacio al vacío. No se trata solo de un gozo en el Cielo; empieza ahora. El gozo eterno y pleno se encuentra en la presencia de Dios.

Si Dios colocó estos deseos en nosotros, es porque están destinados a llevarnos hacia algo más grande. Nos señalan a la verdadera fuente de toda alegría y placer: Dios mismo. Él es el origen de todo lo bueno que anhelamos, y nuestros deseos están diseñados para acercarnos más a Él. Cuando sentimos ese anhelo de gozo, no es algo para hacernos sentir culpa; es una invitación de parte de Dios a acercarnos más. Esos deseos actúan como una brújula que nos guían hacia la fuente de verdadera plenitud. Los placeres que experimentamos —el calor del sol, una buena comida, la buena música, el tiempo con seres queridos, el deleite del sexo— no son casuales. Están allí para despertar algo más profundo en nuestro interior, apuntándonos de vuelta al Creador.

Dios quiere que disfrutes el mundo porque Él lo creó para nuestro placer. Pero no era Su intención que estas cosas se convirtieran en nuestra máxima fuente de plenitud. Cada cosa buena refleja la bondad de Dios e intenta llevarnos a la alabanza y búsqueda divina.

El Afán Se Detiene Aquí: Dios no te está pidiendo que rechaces el placer; te está pidiendo que no te conformes con menos, cuando Él quiere darte mucho más. ¿En qué áreas te conformas por menos en tu vida? ¿En qué te afanas por llenarte, cuando Dios te ofrece cosas mucho más grandes y gratificantes? Reflexiona sobre los placeres que buscas. ¿Te llevan hacia la fuente suprema —Dios mismo—? Jesús no te está pidiendo que renuncies a la alegría, sino que persigas a Dios, donde existe el gozo profundo y las delicias eternas.

DÍA 22

¿QUÉ HACE QUE EL EVANGELIO SEA UNA BUENA NOTICIA?

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: *1 Pedro 3:14-18*

Todos conocemos la sensación de recibir buenas noticias, esas que cambian tu día, tal vez hasta tu vida. ¿Alguna vez has tenido uno de esos momentos? Recuerdo cuando nuestro perro se perdió. Lo buscamos por todas partes, llamándolo por su nombre, con un nudo en el estómago temiendo lo peor. Luego sonó el teléfono: un vecino lo encontró en su patio, moviendo la cola. Eso fueron buenas noticias.

O aquella ocasión cuando presentamos oferta por una casa que nos encantaba, pero el mercado estaba loco. Con guerras de ofertas por todos lados, y no teníamos confianza en la oferta. Entonces llegó la llamada: ¡nuestra oferta había sido aceptada! El shock, la emoción... se sentían irreales. Esas también fueron buenas noticias.

Un momento inolvidable llegó de parte de mi esposa. Su voz temblaba cuando me llamó al trabajo. Llevábamos años deseando un bebé, y cada intento fallido había afectado nuestra esperanza. Pero esta vez fue diferente. La prueba salió positiva. Íbamos a ser padres. Eso sí que fueron noticias buenas y que cambiaron nuestras vidas. Todos hemos tenido momentos en los que las buenas noticias traen alegría, alivio y esperanza. Ya sea encontrar una mascota perdida, conseguir la casa de tus sueños o enterarte de que vas a ser papá, esos momentos llenan nuestros corazones de felicidad. Pero la emoción se desvanece. La vida vuelve a la normalidad, y regresamos al afán buscando el siguiente momento de buenas noticias, siempre queriendo lo próximo que nos llene.

¿El problema? Buscamos las buenas noticias en el lugar equivocado. La promoción se vuelve rutina, la casa deja de ser especial, y hasta un gran matrimonio enfrenta desafíos de la vida real. La alegría se esfuma, y pronto nos sentimos vacíos otra vez. Entonces nos afanamos buscando la siguiente "buena noticia," pero ¿estamos mirando en el lugar correcto?

Esto podría sorprenderte, pero "evangelio" literalmente significa "buenas noticias." El evangelio es la máxima buena noticia. La mayoría piensa que el evangelio se trata solo de ir al cielo en lugar de ir al infierno. Sí, eso forma parte, pero no es su núcleo. A menudo nos enfocamos en los beneficios que recibimos, como el perdón, la redención, la sanidad o la vida eterna. Son

cosas increíbles, pero no son la esencia de la buena noticia.

Entonces, ¿qué es? En 1 Pedro 3:18 (NVI) se dice: "...Cristo murió por los pecados una sola vez, el justo por los injustos, a fin de llevarlos a ustedes a Dios..." ¿Lo entendiste? La buena noticia del evangelio trata de ser llevados a una relación íntima con Dios. Este es el corazón del evangelio: Jesús elimina la barrera del pecado que nos separaba de Dios. La gran buena noticia es que ahora podemos conocer personalmente a Dios y experimentar un gozo y una plenitud profundos en Él. Todo lo demás —el perdón, la vida eterna— son medios para este fin: traernos de vuelta a una relación restaurada con Dios.

A través de Jesús, no solo somos rescatados del pecado, el infierno o la muerte. Somos rescatados para algo: una vida de conocer y disfrutar de Dios. Aquí es donde se satisfacen nuestros anhelos más profundos, pues Dios es la fuente de toda satisfacción.

¿Por qué esto es tan buena noticia? Porque el evangelio no se trata de mejorar un poco la vida o darnos un boleto al Cielo. Se trata de reunirte con Aquel que puede satisfacer las ansias más profundas de tu alma.

Cuando nos afanamos por satisfacernos a nosotros mismos, en realidad buscamos el gozo que solo Dios puede darnos. El evangelio demuestra que ya no tenemos que afanarnos por estas cosas. En Cristo, son un regalo gratuito. La plenitud de vida proviene de conocer y disfrutar a Dios. Esta es la vida para la que fuiste creado: una vida en la que tus más profundas necesidades son satisfechas en una relación con Aquel que te ama más de lo imaginable. Eso sí que son buenas noticias: ¡Cristo murió para llevarnos a Dios!

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Estás cansado del ajetreo? Entonces pregúntate si deseas a Dios. ¿Encuentras placer en Él? Cuando alguien sigue a Jesús, el cambio más grande es ver a Dios como su mayor tesoro. Sus ojos se abren a la realidad de que una relación con Él es la fuente de los mayores deleites. ¿Ves a Dios de esa manera? Es natural desear el perdón para evitar el infierno, pero es sobrenatural abrazar a Dios como tu gozo y tesoro. Sin este deseo de Dios, incluso el cielo se sentiría vacío, porque el cielo se trata de estar con Él para siempre. ¿Tienes ese tipo de anhelo profundo por Dios? Si no, pídeselo.

Ora: "Señor, abre mis ojos para verte como mi mayor tesoro y la fuente verdadera de todo gozo y plenitud. Vuelve mi corazón hacia Ti para que te busque por encima de todo."

DÍA 23

LOS RIESGOS DEL AFÁN DESCONTROLADO POR EL PASTOR TIM BULLEMAN

Lee: *Salmo 27:14*

A menudo buscamos la alegría, el amor y la comodidad, deseos que Dios diseñó para satisfacerse en Él, acercándonos a nuestro Creador. El problema surge cuando nos impacientamos, olvidando que estos deseos solo son buenos si los perseguimos dentro del plan de Dios. Cuando nos adelantamos al tiempo de Dios o buscamos atajos, corremos el riesgo de perdernos lo mejor de Él para nosotros. Incluso podríamos comprometer los valores y principios de Dios destinados a guiarnos. En mi vida, me he adelantado al Señor, persiguiendo lo que creía que traería alegría y consuelo. Seguir adelante sin esperar la dirección del Espíritu Santo a menudo me llevó a malas decisiones. La impaciencia provoca consecuencias negativas que podrían haberse evitado. Algunos impulsos me llevaron a decisiones financieras desafortunadas, mientras que otros comprometieron nuestros valores e integridad. La impaciencia me ha costado en muchas áreas: relaciones, moral, salud y finanzas. Un día entré a un almacén mayorista y se me acercó un vendedor del kiosco de celulares. Prometiendo que podía obtener el último modelo de celular sin ningún costo, con optimización en todos los teléfonos dentro de nuestro plan. El vendedor aseguró que no habría gasto extra y que, el cambio reduciría el pago mensual. Mi esposa sugirió pensarlo con calma, pero yo, entusiasmado, dije: “¡Es obvio, hagámoslo!” Mi impaciencia condujo a una mala decisión. Siendo época navideña, teníamos un presupuesto ajustado. Pronto descubrí que la “mejora gratis” no era gratuita: los impuestos por cada teléfono y un imprevisto saldo adicional hizo lo aparentemente “gratis,” costar varios cientos de dólares, de golpe.

Este tipo de precipitación se promueve por todos lados hoy. El mundo fomenta la gratificación instantánea y nos insta a actuar rápido sin pensar en las consecuencias a largo plazo. Pero afanarnos por satisfacer nuestros deseos, a menudo implica intercambiar integridad por un alivio temporal. Podríamos ignorar relaciones poco saludables cuando buscamos amor de forma desenfadada, entregarnos a conductas dañinas por comodidad, o sacrificar nuestros valores en la búsqueda de una felicidad pasajera.

En el libro de Génesis, Esaú, en un momento de hambre, vendió su primogenitura por un plato de lentejas (Génesis 25:29-34). La primogenitura era una herencia significativa, representaba herencia material, bendiciones espirituales y liderazgo familiar. Al renunciar a ella, Esaú sacrificó un legado

duradero por un placer momentáneo. Su deseo de satisfacción inmediata lo cegó a la gran bendición que estaba perdiendo. Como Esaú, cuando corremos a llenar nuestros deseos sin discernimiento, corremos el peligro de cambiar la paz, la integridad y hasta nuestra relación con Dios, por ganancias pasajeras. La impulsividad de Esaú parece locura, pero hoy la gente abandona su empleo, su matrimonio y su familia por cosas aún menos importantes. ¿Cuántas veces arriesgamos una bendición mayor para acomodarnos a conveniencias? En nuestra impaciencia, podemos intercambiar una bendición que viene de Dios por un alivio temporal, lo cual es una trampa que debemos evitar. El remedio a esta búsqueda inquieta es paciencia y confianza en los tiempos de Dios. Él conoce nuestras necesidades y promete proveer si esperamos en Él. El Salmo 27:14 (NVI) dice: “Pon tu esperanza en el Señor; ten valor, cobra ánimo; ¡pon tu esperanza en el Señor!”

Este esperar no es pasivo; requiere fortaleza, fe y valentía, confiando en que Dios proveerá en Su momento perfecto. Cuando esperamos que Dios traiga amor, consuelo y alegría, nos alineamos con Su voluntad y nos protegemos de la trampa de gratificación instantánea. Lo que Dios da nunca viene con dolor o conflicto moral. Proverbios nos enseña que “La bendición del Señor trae riquezas, y nada se gana con preocuparse” (Proverbios 10:22). Él provee de maneras que nos satisfacen sin remordimientos. Solo Jesús puede saciar las ansias más profundas de nuestra alma, ofreciendo un gozo que el mundo no puede dar. Por medio de Su sacrificio, nos invita a dejar de perseguir lo vacío y a encontrar la verdadera plenitud en Él. En Jesús, todo deseo queda satisfecho. En Su presencia encontramos gozo, y a Su derecha, delicias eternas (Salmo 16:11). Jesús nos da la fuerza para resistir el compromiso moral y nos brinda una plenitud que no exige sacrificar nuestra integridad. Al confiar en Él, hallamos una manera mejor de satisfacer nuestros deseos sin caer en el pecado. Dejemos de afanarnos por placeres pasajeros y busquemos el gozo profundo y eterno que hay en la presencia de Dios.

El Afán Se Detiene Aquí: Busca un lugar tranquilo y reflexiona con estas preguntas:

¿Hay áreas de tu vida en las que te sientas tentado a ceder a tus impulsos, en lugar de esperar los tiempos de Dios?

¿Hay ámbitos en los que estés comprometiendo tus valores para lograr amor, comodidad o felicidad rápidamente?

¿Cómo puedes demostrar más confianza en Dios con tus deseos y esperar pacientemente en Él?

¿Te estás conformando con menos cuando Dios te ofrece algo mucho más grande y pleno? Piensa en cómo tus deseos pueden acercarte a Dios, la fuente suprema de realización.

DÍA 24

RENUNCIANDO A LO SUPREMO POR LO INMEDIATO POR ROB RUSTON

Lee: 1 Juan 2:15

¡Los deseos son poderosos! Nos impulsan, nos motivan y moldean muchas de nuestras decisiones en la vida. Pero hay un peligro pernicioso, cuando nuestros deseos se convierten en el centro de nuestra vida. Cuando priorizamos nuestros deseos por encima de nuestra relación con Dios, comprometemos lo que más importa por algo que, finalmente no vale nada. Intercambiamos lo supremo por lo inmediato y, al hacerlo, podemos descarriar nuestras vidas.

Este sutil pero peligroso tirón de los deseos mal orientados nos aleja de Dios y nos empuja a buscar cosas que nunca podrán satisfacernos de verdad. Piensa en esos momentos cuando tomaste decisiones basadas en deseos inmediatos, como endeudarte para cosas que no podías costear, comprometiendo tus valores por un momento de placer o, buscando aprobación en lugares equivocados. Esas decisiones quizás brindaron una satisfacción pasajera, pero a menudo nos dejan vacíos, cargados de remordimientos y más lejos de la vida que Dios quiere para nosotros. Jesús nos advierte de esta trampa cuando dice: "¿De qué sirve ganar el mundo entero si se pierde la vida?" (Marcos 8:36, NVI). Mientras el mundo promete satisfacción, solo Dios puede darnos plenitud real. Cuando perseguimos ganancias mundanas, nos perdemos de la más profunda satisfacción, que proviene al descansar en presencia de Dios. El mundo ofrece innumerables tentaciones que parecen atractivas ahora, pero llegan a costa de lo más importante: nuestra relación con Dios y la paz, el propósito y el gozo que se obtienen al caminar cerca de Jesús.

Cuando nuestros deseos nos controlan, corremos el riesgo de tomar decisiones que nos alejan más de Dios. ¿Te has visto alguna vez priorizando lo inmediato por encima de lo eterno, o lo temporal por encima de lo permanente? Los deseos mal orientados ofrecen soluciones rápidas que prometen saciarnos, pero al final solo nos dejan vacíos, avergonzados y atrapados en un ciclo de ajeteos que no aporta paz duradera.

Sin embargo, hay esperanza. Dios nos invita a alinear de nuevo nuestros deseos con Su voluntad. Romanos 12:2 nos insta a ser "transformados mediante la renovación de nuestra mente" para que podamos discernir la

buena y perfecta voluntad de Dios. Solo Él conoce lo que verdaderamente necesitamos y promete saciar nuestros anhelos más profundos de maneras que el mundo jamás podrá. Cuando ponemos a Dios en primer lugar, nuestros deseos se ubican en el lugar adecuado, no como nuestros amos sino como instrumentos, que pueden ser usados para Su gloria y nuestro bien, liberándonos del interminable afán de lograr satisfacción.

La advertencia de Juan en 1 Juan 2:15 dice que nuestros corazones no pueden estar divididos. No podemos, simultáneamente, amar a Dios y al mundo, porque sus valores son fundamentalmente opuestos. El proceso de hacernos cada vez más como Cristo implica una constante separación de los deseos mundanos y auto-alineamiento con los propósitos de Dios. Este proceso es continuo, pero crucial para vivir en la libertad que Dios ofrece. Amar al mundo nos aleja de Dios, y, como dice Juan, "el amor del Padre no está en" quienes eligen al mundo en lugar de a Él. No es que Dios nos ame menos si luchamos con deseos mundanos; es que nuestro amor por Él se asfixia cuando nuestro corazón se consume en otras cosas.

Entonces, ¿cómo resistiremos la tentación de la satisfacción inmediata? Comienza fijando la mirada en Jesús. Mientras más nos enfocamos en amar a Dios, menos atractivas se vuelven las cosas del mundo. No se trata de esforzarnos más por decir "no" a los deseos mundanos, sino de decir "sí" a una relación más profunda y plena con Dios. Cuando nos acercamos a Él, descubrimos lo que el mundo realmente es: temporal, pasajero e incapaz de satisfacer las ansias profundas de nuestra alma.

Finalmente, es una cuestión de deseo. ¿Qué queremos más: las cosas de este mundo o nuestra relación eterna con Dios a través de Cristo? Cuando elegimos amar a Dios por encima de todo, nos alineamos con Su propósito y hallamos la libertad y el gozo que solo provienen de vivir en Su voluntad.

El Afán Se Detiene Aquí: "Señor, reconozco que a menudo he permitido que mis deseos inmediatos tengan prioridad sobre mi relación contigo. Confieso que estas decisiones me han dejado vacío y lejos de Ti. Ayúdame a reorientar mis deseos según Tu voluntad y a buscar la duradera plenitud que solo Tú puedes proveer. Aléjame del peligro de los deseos mal dirigidos y acércame más a Tu corazón. Amén."

DÍA 25

DEL AFÁN A LA RENDICIÓN

POR ANDREW GALLAGHER

Lee: *Lucas 22:41-42*

¿Alguna vez escuchaste la frase “Nunca conozcas a tus héroes”? Habla de la decepción que sentimos cuando la realidad no está a la altura de nuestras expectativas. A medida que envejecemos, esta sensación de desilusión se ha convertido en una parte conocida en la vida. Creamos ideas de lo que deberían ser las cosas, ya sea nuestras carreras, relaciones o logros personales, y a menudo nos decepcionamos cuando la realidad no coincide con nuestras expectativas. Lo llamo “el síndrome del día de Navidad”. Pasamos semanas anticipando la emoción de ese día, solo para sentir que algo falta cuando llega.

A mis 24 años, había logrado todo lo que había deseado desde los 13 años, dentro del mundo de conducción de alabanzas. Había dirigido adoración en algunos de los recintos cristianos más grandes de Europa, cantado con reconocidos artistas de gloria y alabanzas y trabajaba en la iglesia con la que solo podía haber soñado; pero seguía insatisfecho y con ganas de más. Estaba cansado de afanarme por mi propio éxito y reconocimientos, constantemente esforzándome en lograr más, pero me dejaba vacío.

En 2018, mientras servía en una conferencia de iglesias, experimenté un momento que lo cambió todo. Durante la adoración tocaron la canción “Nuevo Vino” de Hillsong Worship, y la frase “So I yield to You and to Your careful hand / When I trust You, I don’t need to understand” (En español: “Me rindo a Ti y a Tu mano cuidadosa; cuando confío en Ti, no necesito entender”) me golpeó duro. Sentí que Dios hablaba directamente a mi corazón. Siempre me había afanado por satisfacer mis propios deseos, y eso me dejaba vacío. Me di cuenta de que la verdadera plenitud no proviene de lograr mis propios deseos, sino de rendirme a la voluntad de Dios, aun cuando no la entienda del todo.

En Lucas 22, Jesús está en el huerto de Getsemaní, clamando al Padre mientras se prepara para sufrir una horrible muerte. Le pide al Padre que escuche lo que Él desea, que escuche su anhelo, pero finaliza diciendo: “Sin embargo, no se cumpla mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Jesús nos muestra que someternos a la voluntad del Padre trae gozo y paz, aunque no sea de inmediato. Confiar en que Dios obrará todo para bien, nos libera de tener que afanarnos por nuestras propias ambiciones.

Ese momento en la conferencia me enseñó que, mientras más me centraba en mí mismo, más insatisfecho quedaba. Pero cuando dirigí mi atención a servir a los demás —ya fuera liderando la adoración con humildad o simplemente ayudando a quien lo necesitara— comencé a experimentar un gozo y una paz más profundos. Jesús dijo en Marcos 10:43-45 que la verdadera grandeza no se basa en ser servido, sino en servir a otros. Cuando dejamos de afanarnos por nuestra propia gloria y permitimos que Dios nos use para suplir las necesidades de otros, encontramos la satisfacción que tanto hemos estado buscando.

Nadie ejemplifica esto mejor que Jesús. Tenía todo el derecho de ser servido por el mundo. Se le llamó Hijo del Hombre, Hijo de Dios, Mesías, Rey de los judíos, Cordero de Dios, Emanuel. Tenía toda la autoridad para ocupar Su lugar como gobernante terrenal y celestial, pero eligió servir a otros. Visitó a la gente en sus hogares, lavó sus pies, dio de comer a los hambrientos, se socializaba con aquellos marginados por la sociedad y, en última instancia, ocupó nuestro lugar en la cruz y murió por nuestros pecados.

Como cristianos, la única cosa por la que deberíamos “afanarnos” es parecernos más a Jesús cada día. Esto implica dejar a un lado nuestras propias ambiciones y vivir para servir. Te aseguro que, si haces este cambio, dejarás de vivir insatisfecho.

El Afán Se Detiene Aquí: Te animo a comenzar cada mañana con esta oración: “Querido Jesús, Tú eres mi Rey. Vivo como Tu siervo. Sé los planes que tengo para mi vida, pero hoy someto esos planes a Ti y a Tu voluntad perfecta. Muéstrame cómo servir a quienes me rodean y cómo parecerme más a Ti cada día. Abre mis ojos a las necesidades de otros y enséñame a confiar en Tus planes por encima de los míos.”

Al aprender a rendir nuestros deseos y enfocarnos en servir a los demás, quizá no veamos resultados inmediatos ni sintamos un cambio instantáneo, pero podemos confiar en que Dios está obrando en nosotros. Él promete traernos un gozo y una satisfacción más profundos que cualquier cosa que podamos alcanzar por nuestra cuenta. Mientras más soltamos el afán por nuestras propias metas, más espacio damos a Dios para llenarnos con Su propósito, paz y gozo.

DÍA 26

DELEITE EN EL SEÑOR TRANSFORMA DESEOS POR DREW MILLER

Lee: *Salmo 37:4*

“Deléitate en el Señor, y él te concederá los deseos de tu corazón.”
—Salmo 37:4

No importa cuántas veces lea o repita este versículo, siempre termino buscando en lo profundo de mi corazón para responder con honestidad: ¿Qué significa realmente “deleitarse en el Señor”? ¿Cómo luce realmente en lo práctico, en lo emocional y en lo espiritual? No creo que sea siquiera una pregunta que se responda solo una vez. Más bien, es una pregunta para hacernos y visitar a cada momento. Para comprender al máximo lo que es “deleitarse en el Señor” y cómo se relaciona con mi historia, debo remontarme a mis años más jóvenes.

Nací y crecí en Orlando. Siempre he dicho que, sin importar cuánto viajáramos en familia o cuántos recorridos hiciéramos en carretera, Florida seguía sintiéndose como mi hogar. Amo el clima, las playas, los lagos y bosques, los días soleados y las lluvias repentinas y soleadas, además de que mi familia tiene historia de generaciones aquí.

Crecí asistiendo a la iglesia y estudié en la escuela cristiana afiliada a esa congregación. Mi abuela era una pastora Metodista ordenada, encargada de cuidar al personal y a los miembros de la iglesia. Este entorno influyó mucho en mi fe, dándome una base sólida en la Palabra de Dios e inculcándome la importancia de buscar una relación personal con Jesucristo. Mis padres nos educaron a mi hermana y a mí según la Palabra de Dios. ¿Fueron perfectos? No. Pero estuve rodeado de una cultura e influencia cristianas. Es fácil decir que creía en Dios —y de verdad lo hacía—, pero nunca lo sentí de la manera que otros describían en tantas capillas o los servicios religiosos.

Un día, en la preparatoria, fui con mi pastor de jóvenes y le pregunté: “¿Cómo puedo acercarme más al Señor?” o “¿Cómo puedo sentir Su presencia como tanta gente describe?” Me señaló la Biblia y me animó a leer el evangelio de Juan. No era un mal consejo; simplemente no causó el impacto que yo esperaba. Recuerdo sentirme frustrado y decepcionado, como si me faltara algo que los

demás experimentaban tan fácilmente.

Cerca de un año después, asistí a una conferencia de adoración donde definían el amor ágape y enseñaban sobre rectitud, la rendición y el llamado a “amar al Señor con todo nuestro ser.” En ese momento elegí identificar mi pecado, entregar mi vida —mis deseos, mis esperanzas y mis vicios—, obedecer la Palabra de Dios y deleitarme en Cristo. Fue en ese momento cuando viví la experiencia del Espíritu Santo y finalmente, todo aquello que otros describían en la iglesia, se hizo real en mí. Ese instante me dio el lenguaje para entender qué significa deleitarse en el Señor.

Creo que el llamado a “amar al Señor” (Marcos 12:30) está directamente ligado a la exhortación del Salmo 37:4. Deleitarse en el Señor implica estar plenamente satisfecho con Cristo. Pero, ¿cómo nos complacemos en Él? ¿Cómo hallamos satisfacción, gozo y felicidad en Dios? La clave está en rendir nuestra vida y someternos a la autoridad de Dios. Significa obediencia a Su Palabra. Sé que suena rígido, pero este mandato celestial (encontramos nuestra vida cuando la entregamos) es lo que nos permite adentrarnos en la voluntad perfecta de Dios para nosotros. Esta verdad transforma nuestros deseos de tal forma, que se alinean con el propósito para el que fuimos creados. En la vida hay dos opciones: afanarse por uno mismo —persiguiendo el éxito personal, el reconocimiento y las ganancias materiales— o vivir para el Señor, buscando Su voluntad y sirviendo a otros.

Pasé gran parte de mi juventud afanándome por mis propios deseos, buscando logros, reconocimiento y plenitud en cosas que parecían importantes. Pero nada de eso realmente me satisfacía. No fue hasta que rendí mis deseos a Dios que entendí el significado del Salmo 37:4. Deleitarse en el Señor no es luchar por lo que creemos que nos hará felices; es confiar lo suficiente en Dios como para creer que Sus planes son mejores que los nuestros.

El Afán Se Detiene Aquí: Te animo a leer un pasaje de los Salmos cada día. No solo te sumergirás en la Palabra de Dios, sino que verás cómo David oraba con honestidad y transparencia ante el Señor. Tómalo como ejemplo. Pídele a Dios que transforme tus deseos para que Él se convierta en tu mayor deleite. Mientras más soltemos el afán por el éxito personal, más encontraremos el gozo y la satisfacción que solo Dios puede brindar.

DÍA 27

LA FE GANA SIEMPRE

POR KAREN ESTEVEZ

Lee: Romanos 4:16-25

¿Recuerdas cuándo te enseñaron a andar en bicicleta? Yo recuerdo lo aterrador que fue ese momento. Primero, tenía que ponerme rodilleras y coderas, luego un casco. Miraba a mi hermano mayor con cara de preocupación, preguntándome qué podría pasar que ameritara tanta protección. Después vinieron las caídas inevitables, luchando por mantener el equilibrio y cayendo una y otra vez. Ahí entendí por qué necesitaba todo ese equipo.

Sin embargo, no me rendí porque mi hermano me repetía: "Tú puedes; ¡y será muy divertido!" Con esa idea en mente, me aferré a la promesa de que algún día podría andar por mi cuenta y disfrutar la libertad y la alegría de montar en bicicleta. Tras varios días de luchar contra mi temor a subirme y muchas curitas después, ¡por fin me convertí en una verdadera ciclista!

Tener fe en lo que Dios promete es como esa lucha: es una batalla interna entre lo que vemos ahora y el acto de dejar a un lado nuestros propios pensamientos para aferrarnos a la promesa que Dios nos ha dado. Tal como enfrenté la incertidumbre de volver a caer al aprender a andar en bicicleta, me aferré a la promesa de que, si persistía y no me rendía, lo lograría. Lo mismo ocurre con nuestra fe en Dios. Si seguimos confiando en Él y no nos rendimos, abrazaremos Sus promesas. En Romanos 4:20 (NVI) leemos que Abraham hizo precisamente eso: "Ante la promesa de Dios no vaciló como un incrédulo, sino que se reafirmó en su fe y dio gloria a Dios."

La inquebrantable fe de Abraham en la promesa de Dios lo mantuvo avanzando con alegría, fuerza y motivación. Sí, habrá momentos de duda, pero manteniéndonos enfocados en las promesas de Dios nos ayudará a vencer la batalla que enfrentamos.

En Mateo 17:20, Jesús habla a Sus discípulos después de que ellos lucharon por sanar a un niño con convulsiones severas. Los discípulos, desconcertados sobre su fracaso, preguntaron a Jesús por qué no habían podido sanar al niño. Jesús explica:

"Por la poca fe que tienen. Les aseguro que, si tienen fe tan pequeña como un grano de mostaza, podrán decirle a esta montaña: 'Trasládate de aquí para allá', y se trasladará. Para ustedes nada será imposible."

Con la imagen de la semilla de mostaza, una de las más pequeñas que existen, Jesús enfatiza que incluso la fe genuina, más diminuta, tiene un potencial inmenso cuando se deposita en Dios y Sus promesas. No se trata de cuánta más fe tenemos, sino en quién la ponemos y nuestra certidumbres en las promesas de Dios. Cuando nuestra fe, aunque sea pequeña, está puesta genuina y totalmente en Dios, cosas maravillosas y aparentemente imposibles pueden suceder.

Todos enfrentamos tiempos difíciles —enfermedad, pérdida de seres queridos, desastres imprevistos— y la lista puede ser extensa. Pero si entramos en esas situaciones, sin enfocarnos en el problema sino en las promesas de Dios, nuestra fe se fortalece. Deuteronomio 31:6 (NVI) nos dice:

“Sean fuertes y valientes. No teman ni se asusten... porque el Señor su Dios estará con ustedes; no los dejará ni los abandonará.”

Jesús es la respuesta a nuestras más profundas necesidades, a nuestros deseos y alegrías. Él es la recompensa que nos satisface por completo, y la clave para alcanzar esa plenitud es mantener una fe inquebrantable, a pesar de las circunstancias cambiantes. Implica rendir nuestras batallas a Jesús. Cuando depositamos nuestra fe en Él, podemos ganar cada lucha sin depender de nuestro propio esfuerzo y ajetreo.

Al mirar atrás, nunca me he arrepentido de las ocasiones en que me mantuve firme en mi fe. Por ejemplo, cuando perdí mi empleo hace unos años, elegí confiar en Dios en vez de ceder al miedo. Aunque fue difícil, vi cómo Dios provió para mi familia de formas inesperadas y me condujo a una oportunidad mejor de lo que jamás hubiera imaginado. Así que hoy, elige confiar y rinde tus luchas en Sus manos, sabiendo que Dios siempre escribirá una historia mejor de lo que podríamos soñar.

El Afán Se Detiene Aquí: Hoy es un nuevo comienzo. Toma un papel y un bolígrafo, y anota todo aquello que has tratado de cumplir o realizar por tu cuenta. Esa lista representa batallas que ya no necesitas pelear solo. Hoy, entrégala a Jesús; confía en que Él tomará tus cargas y logrará lo que tú no puedes. Mientras caminas por fe y no por lo visible, declara esta oración: “Jesús, rindo por completo mi voluntad y forma de ser a Ti. Confío en que me guiarás en cada situación y me conducirás a las promesas que tienes para mí. Como Tú guíes, así Te seguiré. Amén.”

SEMANA 5

EL AFÁN POR “LIKES”

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados.”

1 Juan 4:9-10 NIV

En un mundo dominado por las redes sociales y la búsqueda constante de aprobación, muchos caemos en el afán de obtener “likes”, seguidores y aplausos. Esta cultura obsesionada por el reconocimiento hace que fácilmente sintamos que siempre estamos actuando, o persiguiendo la elusiva sensación de “ser suficientes”. Nos volcamos en los “likes” en redes sociales, en los elogios de los demás o en el afecto de quienes conocemos, pensando que eso llenará el vacío. Pero estas búsquedas siempre nos dejan vacíos y ansiando más.

Esta semana, exploramos una verdad que transforma la vida: el amor de Jesús es la única validación que verdaderamente satisface. Él nos ve, nos conoce y nos ama por completo, sin condiciones. Cuando descansamos en Su aceptación, quedamos libres del agotador afán por la aprobación humana. Libérate de la necesidad de “likes” y la presión de demostrar quién eres, y recibe el amor inquebrantable y la aceptación que solo Jesús puede dar.

DÍA 28

ERES AMADO(A)

POR PASTOR JAMES HILTON

Lee: Génesis 29:31-35

La historia de Lea no es un romance de películas Hallmark. Se parece más a un reality show lleno de engaños, desamores y una sed desesperada de ser amada. Lea era la hermana mayor de Raquel, y ambas se casaron con Jacob. Sin embargo, Jacob se casó con Lea solo porque Labán, su suegro, lo engañó. Para Jacob, Lea fue un error; Raquel era la mujer que realmente quería. La Biblia contrasta dolorosamente a las hermanas: "Lea tenía ojos débiles, pero Raquel era de bella figura y de hermoso semblante" (Génesis 29:17). En términos de hoy es como decir que Lea no era atractiva, mientras Raquel era una deslumbrante belleza admirada por todos. Lea se convirtió en la mujer que nadie deseaba, rechazada por su padre, opacada por su hermana y no amada por su esposo.

Lea se afanaba, desesperadamente buscando la aprobación, la valoración, el amor y la aceptación. ¿Cuál fue su estrategia para ganar los afectos de Jacob? Darle hijos, algo que Raquel no podía lograr. Ella creyó que podía ganar amor y sentir aceptación dando a Jacob lo que él deseaba.

La historia de Lea refleja nuestro propio afán por obtener "likes". Para Lea, esto significaba afanarse por la aprobación de Jacob, esperando que cada hijo le diera el afecto que tanto deseaba. Pero, al igual que los esfuerzos de Lea la dejaban con el corazón más roto, nuestro afán por ganarnos la aprobación y la aceptación de los demás también suele dejarnos vacíos y sintiéndonos desvalorados.

Génesis 29:31-35 describe los clamores de Lea. Cada vez que daba a luz un hijo, pensaba: "Ahora sí, Jacob me amará." Pero no importaba lo que hiciera; el corazón de Jacob seguía aferrado a Raquel. Cada nacimiento era un intento fallido de ganarse su amor, y cada día Lea sentía que no alcanzaba a dar la talla.

¿No hemos sentido todos ese mismo anhelo? En el fondo, todos queremos ser notados, apreciados y verdaderamente aceptados. Hay una fuerza implacable que nos impulsa a sentir que pertenecemos, sentir que importamos. Así que nos afanamos, constantemente buscando validación y esforzándonos por demostrar que somos dignos de amor y aceptación. Sin embargo, cuanto más perseguimos la aprobación humana, más vacíos nos sentimos. Las opiniones de la gente son frágiles y variables, dejándonos

ansiosos e inseguros. Como Lea, nos atrapamos en un agotador ciclo de esfuerzos, constantemente preguntándonos si alguna vez llegaremos a la plenitud.

La historia de Lea nos invita a repensar esta búsqueda. Fuimos hechos para sentirnos amados y aceptados, pero ¿estamos buscando en el lugar correcto? Si nuestro valor depende de la aprobación de los demás, siempre terminamos sintiendo que no damos la talla. Nuestra necesidad más profunda de ser reconocidos y amados solo puede ser satisfecha por Dios. Su amor es inquebrantable, incondicional y no depende de nuestro desempeño. 1 Juan 4:9-10 (NVI) nos recuerda: "Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él. En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo..." El amor de Dios no se basa en lo que hacemos, sino en lo que Él ya hizo por nosotros a través de Jesús. Su amor es la máxima fuente de validación y es más que suficiente. Por medio de Jesucristo, ya eres visto, amado y sumamente valioso para Dios.

Después de años de intentar ganarse el amor de Jacob, la historia de Lea da un giro. Cuando nace su cuarto hijo, Judá, ella exclama: "Esta vez alabaré al Señor" (Génesis 29:35). ¿Lo notaste? Ya no menciona a Jacob. Por fin comprendió que la aprobación humana nunca podría satisfacer sus necesidades más profundas. Apartó la mirada de la validación de su esposo para fijarla en Dios. En Él encontró el amor y la aceptación que había buscado todo este tiempo.

En ese instante, Lea dejó de afanarse por recibir aprobación. Dejó de buscar elogios y halló descanso en el amor de Dios. Lea declaró: "Esta vez alabaré al Señor," porque Su amor colmó por completo su necesidad de ser vista, conocida y valorada. Y Dios no se detuvo allí. Judá se convirtió en antepasado de Jesucristo. El Salvador del mundo vino a través de Lea, la mujer rechazada y no amada. Dios decidió por amor traer a Su Hijo al mundo, no a través de la hermosa Raquel, sino a través de la Lea ignorada.

El Afán Se Detiene Aquí: Aun cuando nos sentimos invisibles o rechazados, Dios nos ve y nos ama profundamente. Esta semana aprenderemos que, si nos afanamos por la alabanza como nuestra fuente de aprobación, acabaremos decepcionados y con el corazón roto. En lugar de buscar elogios, elijamos declarar: "Esta vez alabaré al Señor." Dedica tiempo para alabar a Dios hoy, sabiendo que eres amado, no por mérito propio, sino por lo que Jesús obtuvo para ti. Su amor es la única fuente de aprobación que jamás nos deja vacíos.

DÍA 29

ERES ELEGIDO

POR SHANA HILTON

Lee: Efesios 1:4-5

Todos hemos cuestionado si de verdad somos amados. Nos hemos preguntado: "¿Realmente me ama alguien?" "¿Alguien me conoce de verdad?" "Si conocieran de verdad quién soy, ¿aun así me amarían?" Debido a estas preguntas que nos acosan, buscamos ser conocidos, amados, aceptados y escogidos. Hacemos cosas, decimos cosas y actuamos de ciertas maneras, todo en un intento desesperado por llenar ese vacío en nuestro corazón, anhelando una aceptación real.

La verdad detrás de todo esto es que nadie puede llenar ese vacío. Nadie puede suplir lo que nuestra alma necesita con tanta urgencia. Hasta que entendamos esto y aprendamos a combatirlo, viviremos en una lucha constante, aferrándonos a cualquier cosa o persona para llenar este vacío. Pondremos expectativas excesivas a las personas, que nunca podrán cumplir, terminando heridos y solos. Pero no tenemos porqué seguir en este ciclo.

He aquí una verdad que supera nuestros sentimientos: ¡Dios te escogió! Efesios 1:4 (NVI) dice:

"...Dios nos escogió en Él antes de la creación del mundo..."

Te ha escogido porque te ama. Para muchos, esta verdad es difícil de creer. Sin embargo, podemos vivir cada día en la realidad de ese amor. Podemos vivir "amados," profundamente seguros de que el amor de Dios es constante, firme e incondicional.

Aunque todos deseamos amar y ser amados, en lo profundo, a menudo sentimos que no lo merecemos. Este sentido de indignidad nos lleva a escondernos de Dios, ¡quien paradójicamente es quien más nos ama! Creemos que si Dios viera realmente quiénes somos, respondería con enojo o desilusión. Así que mantenemos nuestras fachadas, sonreímos aunque por dentro luchamos. Pero, en el fondo, queda un anhelo de algo más: una sed de ser verdaderamente conocidos, valorados y amados de manera incondicional.

El amor de Dios es la respuesta definitiva a ese anhelo. Es la fuente más pura del amor que anhelamos. El amor humano es precioso y necesario, pero en comparación con el amor de Dios, es apenas un

destello de lo que es posible. El amor de Dios puede llegar a rincones de nuestro corazón a los que ningún cariño humano puede acceder, sanándonos y renovándonos desde adentro hacia afuera.

No tenemos que ganarnos este amor; solo debemos recibirlo y aprender a vivir en él. Yo misma debo recordarme constantemente el amor incondicional de Dios. Debo dejar de buscar mi valor y mi identidad en otras personas. Debo volver una y otra vez a lo que Dios declara de mí y cuánto me ama. Su amor me persigue incansablemente, y sólo en Él mi corazón deja de afanarse.

El verdadero amor no es transaccional, y nuestro Padre celestial no nos ama de esa forma. Somos escogidos por lo que Él es. Puedo vivir con la certeza abundante de que soy amada sin medida y no necesito rogarle a otros migajas de amor. No necesito afanarme para ser amada; ya tengo todo el amor que mi alma anhela gracias a mi Padre celestial. Aunque no tuviera a nadie —aun si mi cónyuge no me amara, aunque si mis hijos se alejaran, aun si todos mis amigos se fueran— cualquier otra muestra de afecto que recibo es solo extra.

Ya posees todo el amor que necesitas. Lo único que puede llenar el tremendo hueco de nuestro corazón es el amor de nuestro Padre celestial. Él te ama, te anhela, te escoge, murió por ti, te salvó. Todo se trata de Él, y si has aceptado a Jesús como tu Salvador, le perteneces. Eres Suyo, comprado a precio de sangre, seguro.

Debe romperle el corazón a Dios que andemos por la vida tan desesperados por el amor que Él está ansioso por derramar sobre nosotros cada día.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿A quién estás buscando para llenar ese vacío? ¿Sobre quién has puesto expectativas imposibles para tratar de colmar lo que tanto anhelas? Tómate un tiempo para orar y reflexionar hoy. Pídele a Dios que te muestre las respuestas a estas preguntas y que cambie tu perspectiva: que te acerques más a Él que a los demás, encontrando el amor verdadero donde siempre debió estar —en nuestro Padre celestial. Práctica “vivir amado” hoy; abraza la verdad de que Dios te conoce plenamente y te ama profundamente. Deja que esa verdad transforme tu forma de relacionarte y de vivir, sabiendo que ya eres suficiente.

DÍA 30

DEJA DE SER UN CAMALEÓN

POR KATE ALEXANDER

Lee: *Hebreos 13:8*

Si alguna vez has ido al zoológico conmigo, sabrás que no me gustan los reptiles. ¡Algo sobre esas criaturas viscosas en un salón penumbroso, me pone los pelos de punta! Una de esas criaturas espeluznantes es el camaleón, ese que puede camuflarse con su entorno y pasar inadvertido en cualquier lugar.

Aunque no me agrada estar cerca de estos camaleones, me encuentro identificado con ellos de forma profunda. Mi tendencia natural es cambiar de color como cambio de ropa, amoldándome en la persona que pienso que eceptaría el grupo que me rodea. El verde representa mi faceta de “mamá lactosa y positiva,” evitando cualquier toxina cerca de mi bebe, no vaya a ser que la nueva generación de madres me tiren a menos. El amarillo simboliza la sonrisa que debo llevar en el rostro porque,el lo esperado en las esposas de los pastores, a pesar de las complejidades que confronto internamente. El rojo muestra mi fervor por la justicia en una diversidad de temas, sin ser muy dura, cuidadosa de no ofender uno u otro bando. El morado representa buscando equilibrio entre saber mi identidad como hija de Dios, viviendo la verdad de esa realeza, y vivir siendo humilde servidora, sabiendo que la gente estará pendiente de si perciben una onza de orgullo hinchándose en mis adentros. Creo que muchos enfrentamos este desafío: Encontrando entereza de carácter sin importar cómo reaccionen los demás.

Hebreos 13:8 (NVI) nos recuerda la vida que Jesús modeló, una vida de completa templanza. En contraste a nuestra naturaleza movediza. “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos.” En los Evangelios vemos que a Jesús nunca le importaron las opiniones de los demás. Él nunca cambió de color para encajar en la cultura del momento. De hecho, hizo todo lo contrario, hizo todo lo posible para distinguirse de los demás. Jesús se resaltaba entre los líderes religiosos al proclamar la impactante verdad de que era el Hijo de Dios, cuestionando las leyes y prácticas a las que ellos se aferraban. También se destacó entre los pecadores por ser perfecto y sin manchas.

Esto nos desafía a descubrir quiénes somos realmente en Cristo —ese yo auténtico, valiente e inquebrantable para el que fuimos creados—. ¡Qué confrontador es saber que el Dios inmutable ve todas las veces que elegimos la aprobación humana sobre la autenticidad! Cada vez que cambiamos

nuestros colores para amoldarnos a nuestro entorno —siendo diferentes en la universidad que en la iglesia, de una manera con la familia y de otra con los amigos— entristecemos al Espíritu Santo. Cuando decidimos ser camaleones, estamos haciendo un ídolo de la popularidad, en lugar de ser la persona que somos en Cristo. Cambiamos de forma para complacer a personas que no tendrán un valor eterno en nuestra vida, mientras frecuentemente llegamos al cansancio, intentando ganarnos el favor del Dios que tiene nuestro futuro en Sus manos.

Entonces, ¿Cómo logramos la consistencia, cuando es tan difícil soltar la necesidad de aprobación? Comienza con el reconociendo de que no podemos fingir con Dios. Por mucho que intentemos encubrir quiénes somos de verdad, temiendo el rechazo, Dios ve la realidad. Él nos conoce tan íntimamente que cualquier fachada se hace añicos ante Él. Si podemos ser auténticos ante el Dios todopoderoso y perfecto, ¿por qué no podemos mantener esa autenticidad ante personas imperfectas? Esto nos da la perspectiva que tanto necesitamos para vencer la necesidad de ser aceptados.

¿Estás cansado de sentir que debes cambiar quién eres para encajar? ¿Estás tan preocupado por la opinión de los demás, qué te agotas sin descanso por ganar aceptación, aumentar tus seguidores o por “cambiar el mundo”? He aquí una verdad importante para recordar: nunca podrás complacer a todo el mundo. Hasta el perfecto Jesús tuvo enemigos que lo odiaron lo suficiente para matarlo. Pero puedes encontrar paz al saber que Jesús murió y resucitó para que pudieras ser plenamente conocido, amado y aceptado por el Dios que te creó.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Cual es una forma en que estás aferrándote por aprobación de los demás, ahora mismo? ¿Te hayas convirtiéndote en camaleón en vez de levantarte como lo hizo Jesús? Tómame tiempo para orar y dejar que Dios transforme tu corazón y tu mente. Pídele que te recuerde quién eres en Él. Toma la decisión de buscar coherencia en tu carácter, incluso si eso significa perder amistades o popularidad. Recuerda que Dios te dará la fuerza que necesitas y traerá nuevas relaciones de apoyo a tu vida mientras lo sigues. Entregale tu temor al rechazo sabiendo que, sin importar lo que pase, no puedes perder la aprobación de Dios si estás en Cristo Jesús.

DÍA 31

ÉL VE TU CORAZÓN

POR JOSH EDLUND

Lee: *1 Samuel 16:7*

¿Te has sentido alguna poco apreciado o desvalorado? Momentos así son frecuentes. Tal vez sea en tu trabajo, donde sientes que no te pagan lo justo por el esfuerzo que inviertes, o en tu familia, dónde crees que tus hijos o tu cónyuge no ven todos tus sacrificios, o en un equipo deportivo donde no te dan el reconocimiento por ganar el partido, o por hacer la jugada decisiva.

A menudo, miramos alrededor —en redes sociales o en nuestra vida diaria— y vemos a otros recibiendo el reconocimiento que sentimos merecer. Presenciamos a un compañero de trabajo obteniendo el ascenso o el aumento que queríamos. Vemos que otros se llevan el crédito por nuestro trabajo. Mientras algunos reciben la validación y las felicitaciones que anhelamos. Nos comparamos con quienes nos rodean y nos preguntamos cuándo llegará nuestro turno de ser celebrados.

En esos momentos, nos surgen preguntas difíciles. Tales como: “¿Por qué la gente no me valora?” “¿No ven cuánto me esfuerzo?” “¿De verdad importa lo que hago?” o “¿Debería rendirme?”

Lidiamos con estos sentimientos de no ser apreciados, sin reconocimiento, visibilidad y falta de gratitud de los demás. Cada uno reacciona de forma distinta a estas emociones. Algunos de nosotros nos esforzamos por obtener la atención que anhelamos, esperando encontrar satisfacción. Otros arremeten contra un ser querido, reclamando el daño que me han hecho, al no expresar suficiente aprecio por lo que hago. Mientras otros se encierran en su silencio y deciden dejar de hacer cosas por quienes, a su juicio, no valoran sus esfuerzos. Todos respondemos de alguna forma, pero ¿cuál es la manera correcta?

En 1 Samuel 16 encontramos lo que Dios valora. Ocurre en la época del profeta Samuel, cuando el reinado del rey Saúl estaba por terminar. Dios le dice a Samuel que ha elegido a un nuevo rey para gobernar Israel: David. Por entonces, David era un joven y humilde pastor, que nadie creía que tuviera las cualidades para ser rey.

Cuando Dios llamó a Samuel, dejó en claro que Su criterio para

escoger un rey era radicalmente distinto de las expectativas humanas. Dios dijo: "El Señor no se fija en lo que se fija el hombre." Más importante aún, "El Señor se fija en el corazón." Dios no eligió la persona que más se afanaba o quien mejor lucía en el trono. No basó Su elección en logros o en apariencias. Al contrario, escogió a David por su corazón, por su carácter, humildad y entrega a Dios.

Esta historia nos enseña que Dios valora lo que a menudo pasa desapercibido ante las personas. Nos recuerda que afanarnos por elogios o reconocimiento no es lo que en verdad importa. Cuando esos momentos en que sentimos que nadie nos ve, podemos ser consolados sabiendo que Dios ve más allá de las apariencias; Él ve nuestro corazón.

En esos momentos en que nos parece que nadie nos está viendo, debemos recordar que Dios ve todo lo que hacemos. Cuando nos sentimos pasados por alto o menospreciados, Dios nos está viendo, conoce nuestro corazón, en cada momento. Él es nuestra fuente de validación y gozo, de tal manera, que halagos ni reconocimientos humanos jamás podrían satisfacernos. Los elogios de la gente suelen ser fugaces y condicionales. Dependen de nuestros logros o apariencia exterior, o nuestra habilidad de cumplir expectativas ajenas. Nos felicitan en un momento y al siguiente nos olvidan. La aprobación humana puede ser inconsistente, influida por tendencias, emociones y circunstancias. Pero el amor y el reconocimiento de Dios son constantes e incondicionales. Él nos ve en nuestros mejores y peores momentos, y Su amor no vacila. Su aprobación no se basa en lo que logramos, sino en quienes somos en Él. Esta certeza nos permite descansar, sabiendo que no necesitamos afanarnos para lograr una validación que se desvanece. Podemos encontrar una alegría duradera en el amor inquebrantable que Dios nos ofrece.

Finalmente, no necesitamos correr tras la alabanza ajena porque tenemos a un Padre celestial que nos ama y recompensa nuestra fidelidad silenciosa a Él.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Hay algo por lo que sientas que no se te valora lo suficiente? Pídele hoy a Dios que te recuerde que Él ve todo lo que haces.

"Padre, gracias porque no solo miras mis logros, sino que me amas y ves mi corazón. Eres mi fuente de gozo y validación. Ayúdame a recordar esto hoy. En el nombre de Jesús, amén."

DÍA 32

PERSIGUIENDO BURBUJAS: LA PRESIÓN CAMBIANTE DE COMPLACER LA GENTE POR SHAWN CATALANO

Lee: Gálatas 1:1-10

¿Recuerdas cuando eras niño y corrías con los ojos llenos de asombro, persiguiendo burbujas en el jardín? Alguien soplabla burbujas, y salías a atraparlas, riendo a carcajadas. Cuando finalmente tocabas una... ¡POP! Desaparecía en un instante al toque de tus dedos. Pero no pausabas, girabas, veías más burbujas flotando, y volvías a la carrera. Parecía interminable, pero emocionante, mientras reías y te lanzabas determinado a atrapar hasta la última burbuja. Mis hijos pueden pasar horas así: hipnotizados por esa emoción, sin cansarse de la persecución, convencidos de que cada nueva burbuja sería mejor aún. Nos gustaría pensar que perseguir burbujas es cosa de niños, pero nunca dejamos de hacerlo. De adultos, nuestras "burbujas" solo tienen otro aspecto; ahora nos decimos que no perdemos nuestro tiempo persiguiendo algo tan fugaz, pero es exactamente lo que hacemos. Nos deshacemos por la aprobación, validación y aceptación, creyendo que, si las alcanzamos, nos sentiremos satisfechos. Pero igual que con aquellas burbujas, al creer que las tenemos... ¡POP!, desaparecen. Y en vez de restos de jabón, nos llega un comentario sarcástico, una respuesta hiriente o una mirada de desaprobación. Y, como niños, giramos, vemos otra oportunidad, y volvemos a la persecución.

Repetimos el mismo patrón una y otra vez: corriendo tras lo que jamás podremos retener, buscando algo que nunca nos llenará, luchando por algo para lo que no fuimos creados. Buscamos "likes," ansiando la aprobación de los demás en lugar de concentrarnos en agradar al Señor.

En Gálatas 1, Pablo nos advierte sobre el peligro de enfocarnos en agradar a las personas en vez de agradar a Dios. Escribió esta carta alrededor de un año después de haber estado en Galacia, exponiendo su sorpresa y su corazón despedazado, viendo las mismas personas a quienes les había enseñado la palabra de Dios, ahora se apartaban del evangelio. Los gálatas estaban descarriados por falsas enseñanzas, y Pablo no estaba dispuesto a endulzar la verdad para contentar a nadie ni para evitar conversaciones difíciles.

Él permanecía inamovible. No iba a comprometer el evangelio, sin importar cuánto le costara.

Pablo lo deja claro en el versículo 10: "¿Busco ahora la aprobación de los hombres o la de Dios?... Si yo buscara agradar a los hombres, ya no sería siervo de Cristo." Su mensaje es contundente: no podemos vivir para complacer tanto a la gente como a Dios. Intentar hacer ambas cosas es imposible y demuestra una lealtad dividida. Cuando damos prioridad a agradar a los demás, quitamos a Dios de Su lugar y nos ponemos en el centro. Todo pasa a girar en torno a manejar la percepción que otros tienen de nosotros, a controlar cómo nos ven. Terminamos haciéndonos el centro, y al hacerlo, dejamos de ver a Dios. No podemos ponernos en el trono y seguir de verdad a Jesús.

Pero hay buenas noticias: el amor de Dios por nosotros no depende de nuestro desempeño o de la opinión ajena. Efesios 2:4-5 (NVI) nos recuerda que Dios, "que es rico en misericordia, por su gran amor por nosotros, nos dio vida con Cristo aun cuando estábamos muertos en pecados." Incluso cuando estábamos espiritualmente muertos, Dios nos persiguió con Su abundante misericordia y amor. Nos dio vida junto con Cristo y nos salvó sólo a través de Su gracia.

Esa gracia es un poderoso recordatorio del amor incondicional de Dios. El amor que Dios nos muestra por medio de Su Hijo Jesucristo y Su sacrificio en la cruz no depende de lo que hagamos, de qué tan bien nos vaya ni de cómo nos percibe la gente. Su amor brota de Su gracia, manifestada en la ofrenda de Jesús en la cruz. No necesitamos afanarnos buscando "likes" persiguiendo la aprobación de otros, porque en Cristo ya tenemos todo el amor y la aceptación que necesitamos. Dios envió a Su Hijo a morir por nosotros para que pudiéramos gozar de vida eterna a Su lado.

El Afán Se Detiene Aquí: Comienza cada día con una oración, pidiendo a Dios que llene tu mente de Su gracia y de Su amor. Pídele que te ayude a capturar cada pensamiento de complacer-gente. Pídele al Espíritu Santo que reemplace ese pensamiento con un versículo de sus escrituras o una palabra que te haga recordar quién eres en Cristo. Anota esos versículos y palabras para tenerlos a mano cuando esos pensamientos inevitablemente vengan a tu mente. Dejemos de perseguir burbujas; sigamos persiguiendo a Jesús.

DÍA 33

DESCANSANDO EN EL AMOR INMUTABLE DE DIOS POR ADRIENNE LUGO

Lee: Romanos 5:8

Nuestra hija mayor empezó a jugar fútbol este año. Con 5 años, el juego aparenta más a “todos tras el balón” que un deporte organizado, pero ella estaba decidida a jugar. Todo comenzó cuando asistimos al partido de fútbol del hijo de una amiga el año pasado, y ella miraba maravillada. Se volteó y nos preguntó: “¿Puedo jugar la próxima temporada?” Algo se encendió en su interior.

Al acercarse la temporada, le recordamos que casi era hora de empezar. Sin embargo, a pocos días de su primera práctica, comenzaron las dudas. Aquella emoción por el fútbol se transformó en: “¿Tengo que jugar?” y nerviosamente: “Creo que no quiero jugar.” Mientras más hablábamos con ella, se hizo evidente que la emoción por el fútbol seguía allí, pero le preocupaba no ser lo suficientemente buena. “¿Qué pasa si no soy buena? Ni siquiera sé cómo se juega,” nos dijo, sintiendo el peso de ser perfecta. Temía no cumplir las expectativas nuestras, de su entrenador y de sus amigos. Le aseguramos diciéndole que el fútbol no se trata de hacer lo perfecto, sino de aprender, practicar y divertirse. Le recordamos que el entrenador está para enseñarle, y que lo único que necesitaba era dar lo mejor de sí.

Tras esas conversaciones, me di cuenta de que, desde pequeños, podemos desarrollar un deseo de alcanzar la perfección empujados por la necesidad de aprobación. Es común para nosotros asociar amor con nuestra capacidad de hacer bien las cosas. Constantemente buscamos la confirmación en nuestros logros, ya sea en las notas, el título del puesto de trabajo, o incluso en el comportamiento de nuestros hijos. El buen comportamiento, los éxitos y logros son frecuentemente premiados con muestras de amor o aprobación, mientras que el fracaso puede generar rechazo.

Esta forma de pensar se cuela en nuestra percepción de cómo Dios nos ama. Nos afanamos por Su aprobación, creyendo que podemos ganarnos Su favor con buenas obras. Pensamos que debemos ganar el amor de Dios con nuestras buenas obras, comportamiento o devoción. ¿Has pensado alguna vez: Cómo podría Dios amarme

ahora? o “¿Tal vez debo esforzarme más para que Dios me acepte”? Yo sé que debo hacerlo. Esta forma de pensar pone sobre nosotros una pesada carga que nunca debíamos haber llevado.

Romanos 5:8 (NVI) dice:

“Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros.”

Este versículo es revolucionario porque muestra que el amor de Dios no se gana ni se merece. De hecho, fue mientras estábamos en lo peor que Él mostró el acto supremo de amor. Cristo fue a la cruz, no porque fuéramos lo bastante buenos, sino precisamente porque no lo éramos. Su amor jamás depende de nuestro desempeño, sino de Su gracia y de Su anhelo de salvarnos.

La vida, muerte y resurrección de Jesús son suficientes y siempre lo serán. Comprender que no queda nada por hacer para ganarnos el amor de Dios nos trae una libertad enorme. No necesitamos afanarnos por la perfección, porque el amor y la aprobación de Dios ya son nuestros. Podemos descansar en la verdad de que Dios está satisfecho con el pago de Cristo, y nada más se requiere de nosotros.

El Afán Se Detiene Aquí: Lo que sucede una vez que descansamos en el saber que el amor de Dios no depende de nuestro desempeño ni cambia de acuerdo a cómo vivamos, es que en lugar de tratar de ganarnos Su amor, somos invitados a vivir nuestra vida en respuesta a Él.

Toma un momento cada día para recordar que Dios te ama, no por lo que haces sino por lo que Jesús ya hizo. Suelta la presión de impresionar a Dios con tus logros. Descansa en la gracia que ya tienes en Cristo.

A medida que experimentas el amor incondicional de Dios, deja que se desborde en los demás. Ama a los otros no por lo que hacen por ti, sino por la gracia que has recibido. Sé pronto en perdonar y muestra la misma bondad que Dios te ha dado a ti.

En un mundo donde a menudo parece que debemos ganarnos el amor, el Evangelio nos cuenta una historia distinta: El amor de Dios es seguro, no por algo que hayamos hecho, sino por todo lo que Jesús ha hecho. Y ese es un amor en el que vale la pena descansar.

DÍA 34

LA TRAMPA DE LA APROBACIÓN POR MICHAEL ALEXANDER

Lee: Juan 5:44

Uno de los más grandes engaños en que caemos víctima es, la mentira de que la aprobación de los demás (basada en nuestra propia desesperación por auto-aprobación) bastará para satisfacernos. Las heridas que produce esa mentira se inflama convirtiéndose en una infección que anula nuestra habilidad de mirar más allá de nosotros. Al vivir dentro de esa falsedad, surge una paradoja: ansiamos la aprobación de otros mientras simultáneamente tememos su rechazo. Irónicamente, nuestro deseo de aprobación revela una debilidad: el sentir que no somos dignos de ser aprobados.

Esto fue lo que arruinó a los fariseos en Juan 5. Ellos estaban desesperados por la aprobación de la gente para mantener su prestigio como "líderes religiosos de élite." En esa instancia, se auto-descalificaron de la aprobación de Aquel quien de verdad importa: el Dios sobre quien afirmaban tener tanto conocimiento. Se afanaban el aplauso y aprobación de sus colegas, pero perdieron la oportunidad de recompensa eterna que se encuentra en fe en Jesús.

Amigos, este es el gran engaño que nos ha atrapado, creando caos interno y confusión. Mientras vivimos bajo esta falsedad, vamos cada vez más profundo dentro de una cueva de engaños, donde empezamos a creer que: Ser apreciados por los demás nos da valor. Que si soy apreciado, estoy en control control. Que ser valorado equivale a ser amado. Que ser valorado es la cura para mi ansiedad y mi depresión. Que ser valorado es más importante que hacer lo correcto. Estas mentiras, y muchas otras, es lo que nos roba el sueño por las noches. Nos ocasiona obsesión y repensar cada palabra que decimos, todo lo que hacemos o lo que consideramos. No damos un paso sin pensar en las otras diez maneras en que los demás podrían interpretarlo. Es una forma de vida miserable. No es la vida que Dios quiso para nosotros y, ciertamente, no es la manera en que Él nos llamó a vivir. Sin embargo, para muchos, esa es nuestra realidad.

A menudo intentamos esconder nuestra desesperación por la aprobación con la excusa de "estamos preocupándonos por las necesidades de los demás." Pero la verdad es que no lo hacemos

por ellos. La raíz de nuestras acciones es el orgullo. Cuando el orgullo nos domina, buscamos mil formas de validación, esforzándonos por la más elevada posición alcanzable. Y proseguimos, aunque tengamos que comprometer nuestra moral y la vida que Jesús nos dio con Su muerte y Su resurrección. Uno de los mayores obstáculos para recibir la vida en Jesús es el orgullo. Nunca fuimos diseñados para satisfacernos solos.

El deseo vacío de la aprobación de los demás, demuestra una falta de fe en el Dios que nos sostiene. Nos deja con una pregunta inquietante: ¿Cómo podemos, verdaderamente, creer en Jesús si buscamos nuestra propia gloria, siendo “apreciados” por otros, en lugar de buscar dar la gloria a Dios?

Nos consume tanto el afán de ser apreciados que acabamos dependiendo de nuestra propia fuerza, de nuestra sabiduría y de nuestro esfuerzo, poniendo más confianza en nosotros que en el Dios que nos creó y nos sustenta. Esta confianza mal encaminada no solo debilita nuestra fe, sino que nos impide experimentar por completo la paz y confianza que viene al depender sólo de Dios.

Entonces, ¿cómo lo reconciliamos? Apartándose del deseo de ser valorados por los demás y volviéndonos al Único cuya aprobación no depende de nada que hayamos hecho, sino de lo que Él hizo por nosotros.

Las mentiras del enemigo quedan al descubierto mediante el amor sacrificial de Jesús. Romanos 3:25-26 nos declara que Jesús se ofreció como sacrificio para pagar por nuestros pecados y justificarnos ante Dios. ¡Gracias a esto, no tenemos que afanarnos para ganar “likes”: ya somos amados y aprobados por Dios a través de Jesús, al poner nuestra fe en Él! Ya no necesitamos buscar aprobación, porque se nos ha dado aprobación suprema por medio de Cristo Jesús.

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Has caído en la mentira de que la aprobación de otros te saciará? ¿Qué otras mentiras estás creyendo sobre tu necesidad de aprobación? Este es el momento para detener de inmediato las mentiras del enemigo y cambiarlas por la promesa de quién eres en Jesús.

Oración: “Padre, perdóname por todas las veces que he buscado la aprobación ajena por encima de la Tuya. Hoy elijo descansar en la verdad de quién soy en Ti, no por lo que haya hecho o pueda hacer, sino por lo que Tú hiciste por mí mediante Tu Hijo Jesús.”

SEMANA 6

EL AFÁN DE ARREGLARSE UNO MISMO

VERSÍCULO PARA MEMORIZAR

“Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.”

Efesios 2:8-9 NIV

Seguro has estado en esa situación, atrapado en el ciclo interminable de intentar remendar tu vida, esforzándote por ser mejor, por hacer más, tratando de borrar la culpa y la vergüenza que cargas. Pero no importa lo mucho que te esfuerces por “arreglarte”, nunca parece ser suficiente. El afán por hacer lo suficiente es agotador, y la presión de resolver tus propios problemas resulta abrumadora.

Esta semana verás que el afán por arreglarte a ti mismo no trae ni sanidad ni plenitud reales. Jesús no te pide que te desgastes con tu propio esfuerzo. Él te ofrece un camino distinto, uno que no empieza con la auto-superación, sino con la entrega. Por medio de Su muerte y Su resurrección, Él te da gracia, perdón y la oportunidad de experimentar una libertad genuina. Él ha hecho todo el trabajo necesario para que seas restaurado. Es tiempo de dejar de afanarse por repararte y hallar descanso en Su obra consumada. En vez de depender de tu propia fuerza, aférrate a la verdad de Su gracia.

DÍA 35

SUELTA EL AFÁN: ABRAZAR LA GRACIA EN VEZ DE LUCHAR

POR EL PASTOR JAMES HILTON

Lee: *Efesios 2:1-10*

¿Te has sentido corriendo en círculos, esforzándote por ser mejor pero siempre quedando corto? Hacemos promesas de no volver a cometer los mismos errores, nos fijamos grandes metas, lo damos de lleno y luego, ¡bam!, volvemos al punto de partida. Frustrados. Derrotados. ¿Te suena familiar?

Este ciclo de "auto-mejora" puede ser perjudicial. ¿Por qué? Porque el afán por repararte se basa en la mentira de que tu valor depende de qué tan "bueno" seas. Te hace creer que, mientras más hagas, más te amarán, sobre todo Dios. El afán está arraigado en la vergüenza. Te susurra que no oras lo suficiente, que no eres lo bastante piadoso, que simplemente no eres suficiente. Tratas de cambiar, de ser menos irritable, más amable, y cuando fracasas, esa voz te dice: "Dios no puede amarte ni perdonarte ahora."

He ahí el peligro: tu atención se desvía de lo que Dios ha hecho y se centra en lo que tú haces. Se vuelve todo sobre tu esfuerzo, tus fallas y tus fracasos. Tu relación con Dios se torna en un intercambio: "Si me porto mejor, Dios me amará más." Esa es una trampa. Alimenta la inseguridad, acumula culpa y deforma tu percepción de quién es Dios en verdad.

Entonces, ¿cuál es la salida? La gracia. La gracia cambia las reglas de "auto-mejora." Declara: "Ya eres amado. Ya eres aceptado." No por lo que has hecho, sino por lo que Jesús hizo por ti.

Efesios 2:8-9 (NVI) afirma: "Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte."

¿Lo notaste? ¡No es por obras! La salvación no se gana; es un regalo. La gracia nos invita a dejar de esforzarnos y a empezar a confiar.

Pero la gracia no implica quedarse de brazos cruzados. Vivir en la gracia es vivir en fe. Gracia y fe van de la mano. La gracia es la acción de Dios y, por la fe, respondemos a lo que Él nos ha dado.

La gracia resiste el "ganar méritos", no el esfuerzo. La gracia no disculpa el pecado; nos da poder para esforzarnos, mediante la fe, y llegar a ser quienes Dios nos llama a ser. Se trata de confiar: confiar en que vale la pena buscar a Dios, confiar en que Su amor cubre nuestra vergüenza, Su poder

nos fortalece y que Su gracia nos equipa para caminar en quien Él nos creó para ser.

Esto es lo que a veces hace la gracia difícil de aceptar. Se siente como rendición. Nos obliga a admitir que aquello por lo que desesperadamente nos afanamos sólo puede recibirse como un regalo. No hay nada que podamos hacer para que Dios nos ame o acepte más. Cuando nos afanamos por arreglarnos, terminamos orgullosos, creyendo que progresamos sin ayuda, o nos ahogamos en la vergüenza al equivocarnos. El orgullo dice que no necesitamos a Dios; la vergüenza dice que Él no nos quiere. Ambos nos alejan de Él. Pero la gracia... la gracia dice: "Deja el ajetreo. Ven tal como eres. Descansa en lo que he hecho por ti."

La gracia desplaza nuestro enfoque de lo que hacemos, a lo que Jesús ha hecho. Nos da libertad para decir "no" al pecado y "sí" a Dios, no porque seamos fuertes, sino porque somos amados. La gracia no es condicional; está arraigada en Jesús: Su obra, Su carácter, Sus promesas y Su amor inmutable.

La gracia te impulsa a dejar de intentar y a empezar a confiar que el Dios que comenzó una buena obra en ti, continúa su trabajo hasta que finalmente esté completo cuando Cristo Jesús regrese (Filipenses 1:6). La gracia es el amor de Dios en acción, estableciéndote en comunión viva con Cristo (1 Corintios 1:9), trayéndote de la muerte a la vida (Efesios 2:1-6) sellándote como Suyo por medio del regalo de Su Espíritu (Efesios 1:13-14), empoderándote para vencer, supliendo cada necesidad (Hebreos 4:15), fortaleciéndote para buscar a Cristo (2 Timoteo 2:1), transformándote a la imagen de Cristo (2 Corintios 3:18) y finalmente resucitando tu cuerpo en gloria para que no experimentes la muerte (Romanos 8:30; 1 Corintios 15:47-54).

El Afán Se Detiene Aquí: ¿Estás agotado de tratar de arreglarte? Es hora de soltar el esfuerzo y apoyarte en la confianza. Cierra los ojos y simplemente di: "Dios, me rindo." Admite que Su gracia te basta, ahora mismo, tal y como eres. Anota las áreas en que has estado esforzándote, y luego entregáselas a Él en oración. Pídele que llene esos vacíos en los que has estado luchando. Invita Su gracia a los lugares rotos y deja que Su amor los transforme.

Cada vez que sientas el afán, detente y recuerda: "No se trata de lo que puedo hacer, sino de lo que Dios ya ha hecho." Permítele tomar tus fracasos, tus debilidades y tu quebranto. Declara Efesios 2:8-9. Deja de tratar de demostrarte y comienza a confiar en que ya eres aceptado, perdonado, redimido y seguro en Cristo.

DÍA 36

DE REPARAR A CONFIAR POR NICOLE BOLDMAN

Lee: Juan 9:1-25

Recuerdo estar sentada en el consultorio de nuestro pediatra, rodeado de frías superficies metálicas y cuadros de cebras enmarcados. Podía oír los latidos de mi corazón. Instantes después, se confirmaron mis temores: mi dulce hijo de 3 años fue diagnosticado con autismo.

En Juan 9:1-2, leemos sobre un encuentro de Jesús: "A su paso, vio un hombre ciego de nacimiento. Y sus discípulos le preguntaron: 'Rabí, para que éste haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres?'" Me encontré haciéndome la misma pregunta. ¿Qué hice mal? ¿Tomé vitaminas equivocadas? ¿Fui expuesta a algún químico? ¿Fue algún pecado o falta del pasado? Seguro que era mi culpa y que yo tenía que arreglarlo.

Comenzó mi afán de "arreglar" el autismo. Oré y creí que Jesús sanaba, pero eso no bastaba. Leí libros, me uní a grupos de madres, cambié su dieta, lo inscribí en terapias, convencida de que si hacía todo eso, algo funcionaría. Más esfuerzo se traduciría en resultados.

Al leer la historia completa de Juan 9:1-25, verás un diálogo parecido. Jesús cubre con barro los ojos del ciego y lo envía a lavarse en un estanque; el hombre es sanado. Los de alrededor comienzan a hacer preguntas: ¿Quién lo sanó? ¿De verdad era ciego? ¿Quiénes son sus padres? Yo habría añadido: "¿Qué clase de barro usó? ¿Dónde está ese estanque? ¿Había algo especial en el agua?"

A menudo, cuando enfrentamos situaciones que se nos escapan o que no entendemos, buscamos algo que "arreglar"... algo que sirva de ancla. Si se trata de una enfermedad, investigamos y buscamos cura o alivio. Si es un problema relacional, tal vez la terapia, los podcasts o los consejos de otros lo solucionen. Si estás deprimido, quizás busques afirmaciones positivas y el contacto con la naturaleza para estabilizarte. Nada de eso está mal en sí mismo. El problema surge cuando confiamos más en nosotros que en el Señor.

El afán por arreglar el problema por mis fuerzas me dejó saturada y exhausta durante años. Nada de lo que hiciera cambiaría el hecho de que mi hijo era autista. Las conductas mejoraron y tuvimos recursos

grandiosos que ayudaron, pero ahí terminaba todo. Tuve que decidir si confiaría en Jesús o no. O Dios era bueno sin importar lo que pasara, o no lo era. Era bueno cuando mi hijo tenía un día excelente y seguía siendo bueno en medio de una crisis. Jesús era bueno cuando la terapeuta de lenguaje nos daba un informe favorable y también cuando mi hijo reprobaba la evaluación una vez más.

Si sigues leyendo en Juan 9, verás que, después de ser cuestionado por muchas personas, el hombre ciego, con cierto tono de fastidio, responde: "Si es pecador o no, no lo sé. Solo sé que antes yo era ciego, y ahora veo." Me encanta esa respuesta porque él no sabe bien cómo sucedió todo. Solo sabe que algo andaba mal y ahora ya no. En mi caso, recuerdo cómo se sentían esos primeros días como madre, pero ahora esos recuerdos han sido sustituidos por la paz. No puedo señalar el cómo, cuándo o qué, pero sí conozco el Quién. Sé que Dios es bueno, y confío en Él. Tú también puedes hacerlo.

Mi hijo tiene ahora 18 años. ¡Es lo MEJOR que me ha pasado! Pero no tengo idea de cómo será su futuro. Debo confiar en que Jesús sí lo sabe y lo ama profundamente. A ti también te ama así. Sin importar lo que estés atravesando, Jesús merece tu confianza. La Biblia declara en Deuteronomio 1:8: "El Señor mismo marcha al frente de ti... jamás te dejará ni te abandonará. No temas ni te desanimes."

En Juan 9:3, leemos: "Ni él pecó ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida." Pase lo que pase, confía en el Señor. Deja que Su obra se muestre en ti. En vez de cansarte intentando controlar cada resultado, da un paso atrás e invita a Jesús a tu circunstancias. Confía en que Su plan es mejor y descansa sabiendo que Él obra para tu bien.

El Afán Se Detiene Aquí: Permíteme animarte con esta oración: Señor, gracias porque prometes estar con nosotros en los valles más oscuros. Hoy elegimos confiar en Ti y ponemos cada preocupación y ansiedad a Tus pies. Ayúdanos a escogerte cada día. En el nombre de Jesús. Amén.

DÍA 37

LA CRUZ DETIENE EL AFÁN POR MATTHEW RHOADS

Lee: Romanos 5:12-21

De niño, siempre me gustaba arrancar la maleza de mi casa. No sé por qué, pero me resultaba terapéutico sentarme bajo el sol de Florida y avanzar con la limpieza. Lo único frustrante —y a veces abrumador— de quitar la maleza era que parecía no acabar nunca. Arrancaba hierbas en un área y, al día siguiente, milagrosamente aparecían más. Las malas hierbas pueden ocultarse justo bajo la superficie, y si no lidias con la raíz del problema, volverán a crecer en cuestión de días.

Arrancar hierbas se parece mucho a intentar reparar nuestro propio quebranto. Ha habido momentos en mi vida en que traté de corregir algo de mí, pero solo lo hice superficialmente. Intenté, por mis fuerzas, deshacerme de un hábito, liberarme de un pecado o trazar mi propio plan de vida. Cada vez que me esforzaba por arreglarme, fracasaba. Justo cuando pensaba que lo tenía bajo control, surgía otra “mala hierba”. Por mucho que me esforzara, no lograba reparar mi propio quebranto. Tal vez te identifiques con esto. Quizá hayas adoptado la mentalidad de “si trabajas lo suficiente, ahorras lo suficiente, vas a suficiente consejería, oras con más intensidad o haces suficientes buenas obras, podrás arreglar tu quebranto.”

Pero Romanos 5:12-21 nos muestra cuán equivocada es esa mentalidad. Desde que Adán pecó por primera vez, existe un abismo irreparable entre Dios y nosotros, una deuda que no podemos saldar, un quebranto que no podemos reparar. Hacemos intento tras intento de cerrar la brecha, pero nada funciona de verdad. Podemos creer que arrancaremos todas las malas hierbas de nuestra vida, pero mientras sea solo con nuestras fuerzas, seguirán brotando. Terminamos en un ciclo de dolor e impotencia, preguntándonos cómo podremos arreglarnos y pagar la deuda que debemos.

La buena noticia es que Dios envió a Su Hijo, Jesús, a morir en la cruz en nuestro lugar, para cerrar esa brecha y pagar la deuda que jamás hubiéramos podido cubrir. ¿Qué cambió realmente en la cruz? Sí, Jesús murió, pero ocurrió algo mucho más profundo que nos permite hallar libertad. Como pecadores, teníamos una deuda

impagable debido a no cumplir las normas perfectas de Dios. Por nuestra cuenta, era imposible reparar nuestro quebranto. Pero en la cruz, Jesús —el Hijo de Dios, plenamente Dios y plenamente hombre— murió por nosotros. Enfrentó el mismo quebranto que nosotros, pero sin pecado. El Hijo de Dios perfecto tomó nuestro lugar. Mientras Jesús colgaba en la cruz, el Padre apartó Su rostro de Él. En ese instante de oscuridad, Jesús cargó por completo con nuestros pecados y nuestro quebranto. Aunque nunca pecó, soportó el castigo que merecíamos. Cada pecado e imperfección de los que intentamos liberarnos fue cargado en Él.

La deuda que antes debíamos se anula gracias a la obra consumada de Jesús. Los que confiamos en Jesús ya no debemos temer a Dios. En lugar de temor, experimentamos gracia y aceptación. Ya no necesitamos afanarnos para arreglarnos. ¡La obra ya está hecha! En la cruz, Jesús consiguió para nosotros un perdón completo, uno que no depende de nuestra capacidad de repararnos. En la cruz, Él sufrió y murió para que podamos considerar Su perfección como propia.

Suelta esa culpa y esa vergüenza que te agobian. Jesús ya pagó el precio máximo por tu redención de una vez por todas. Su sacrificio cubre cada error y cada fracaso, pasados, presentes y futuros. No necesitas afanarte intentando arreglarte o demostrar que eres digno. Más bien, descansa en la verdad de que la gracia de Jesús no solo es suficiente, sino que sobreabunda. Su amor es más poderoso que cualquiera de tus deficiencias, y Su obra en la cruz te ha liberado por completo y para siempre.

El Afán Se Detiene Aquí: Dedicar un tiempo para reflexionar en lo que la muerte de Jesús logró para ti. Así como me sentía abrumado con el ciclo interminable de arrancar hierbas, esforzarnos en repararnos nos hace sentir atrapados en nuestras imperfecciones. El autor de Romanos declara que, aunque el pecado entró al mundo por medio de Adán, el regalo gratuito de la gracia y el perdón que Jesús nos consiguió en la cruz nos permite andar en libertad. Nunca conocerás la verdadera libertad hasta que dejes de intentar ganarte el perdón y empieces a confiar en que la obra de Jesús en la cruz basta. En la cruz se detiene el afán por repararte y se te ofrece la libertad verdadera.

DÍA 38

SEGUNDO SIN MIRAR ATRÁS POR KIMBERLY MAPLES

Lee: Lucas 9:62

Cuando nos quedamos cortos, es fácil creer que debemos trabajar más para compensar nuestros errores. Vine a Cristo a los 36 años, tras haber vivido para mí misma y cargando el gran peso de mi pecado. Entré en mi relación con Jesús arrastrando más equipaje del que podía soportar, desbordada de culpa.

A través del evangelio descubrí la belleza de la oferta de Jesús de un perdón completo, no basado en mis esfuerzos, sino en Su obra consumada en la cruz. Su perdón es pleno y definitivo, cubriendo todas mis fallas pasadas, presentes y futuras. Anhelaba con toda mi alma esto, pero estaba convencida de que mi pasado era demasiado para que Jesús lo perdonara y que tenía que merecer Su perdón. Pensaba que podría compensar 36 años de pecado con trabajo duro y dedicación.

Me impuse una lista de tareas: servir, liderar, ayudar en todo lo que pudiera, esperando agradar a Dios y aliviar mi culpa. Aunque estas acciones me daban gozo, y creía que agradaban a Dios, la culpa permanecía.

Al profundizar en la Palabra, comencé a comprenderlo. En Lucas 9:62, Jesús dice: "Nadie que mire atrás después de poner la mano en el arado es apto para el reino de Dios." Jesús destaca la importancia de un compromiso total al seguirlo.

Mi esposo y yo vivimos en una propiedad de 3 acres, y hay bastante pasto que cortar. Cuando recién nos mudamos, aprendí a manejar el cortacésped de giro cero, mientras él se encargaba de los bordes, de deshierbar y soplar las hojas. Intentando hacer surcos rectos, me la pasaba volteando para atrás, asegurándome de no dejar hierba sin cortar o de que las huellas de las ruedas coincidieran. Pero al mirar atrás, perdía de vista hacia dónde iba y terminaba dejando tal desastre que mi esposo tenía que volver a cortar todo el césped.

En un sentido espiritual, Jesús dice que quien decide seguirlo debe hacerlo con atención y entrega totales. Volver la vista atrás —sea a pecados pasados, remordimientos o apegos mundanos— nos desvía de nuestro caminar en la fe. Obstaculiza nuestro crecimiento, igual

que me distraía mientras cortaba el pasto.

Este versículo es un reto para todos los creyentes: dejar el pasado atrás y abrazar plenamente la vida que tenemos por delante. Se trata de avanzar con la mirada puesta en el reino de Dios, sin permitir que el pasado nos ate.

Una vez que pude sacar de la ecuación mi pecado y mi vergüenza pasados, todo cambió. Al soltar el peso de mi pasado y dejar de intentar ganarme el perdón, por fin pude vivir en la libertad del perdón pleno de Cristo. Ya no me sentía cargada por la necesidad de compensar por mis errores o demostrar mi valía para Su gracia. En vez de eso, descansé en la verdad de que Jesús ya hizo todo por mí en la cruz.

Esta nueva libertad me permitió experimentar un gozo y una paz profundos que jamás había conocido antes. Como resultado, empecé a acercarme más a Dios. Podía servir, liderar y amar a otros, no por obligación, sino por auténtica gratitud y por anhelo de reflejar el amor y el perdón que yo misma había recibido. Mi relación con Jesús se hizo más estrecha al aprender a confiar plenamente en Él, sabiendo que mi pasado ya no me definía. Mi enfoque cambió: en vez de pelear por ganarme el perdón, me dediqué a caminar simplemente en la gracia que se me había dado sin costo.

En esta libertad descubrí la alegría de vivir una vida dedicada a Cristo, sin ataduras por lo que quedé atrás, y movida por la esperanza y el propósito que hallé en Él. Fue una transformación que solo llegó al abrazar la plenitud de Su perdón y confiar en que Su gracia bastaba para todas mis faltas.

El Afán Se Detiene Aquí: Reflexiona en algún episodio de tu pasado que todavía te cause vergüenza o culpa, algo que te cueste dejar ir. Trae ese recuerdo ante Dios y pídele con sinceridad Su perdón. Reconoce que Su gracia es suficiente y que Su amor no tiene límites. Acepta la libertad que Él te ofrece y confía en Su promesa de hacer nuevas todas las cosas. Permite que Su misericordia limpie tus heridas del pasado y renueve tu espíritu. Recuerda que Su perdón es total e inalterable; ya no estás atado a tus errores pasados.

DÍA 39

UN REGALO DADO GRATUITAMENTE POR HANNAH PECK

Lee: *Efesios 2:1-10*

¿Te has encontrado tratando de “ganar” o “merecer” los regalos que recibes? Creciendo, cada obsequio que me daba mi papá era algo que debía “ganarme.” Podía ser con buenas calificaciones, completando tareas o logrando reconocimientos: los regalos, el amor y la aceptación dependían de mi desempeño.

Muchos, incluyéndome, trasladamos esa mentalidad de “merecer” a nuestra relación con el Señor. Creemos que, si trabajamos bastante, si hacemos lo correcto, si somos lo bastante perfectos, entonces obtendremos el amor de Dios y nuestra salvación quedará asegurada.

Sin embargo, la Palabra de Dios nos muestra una verdad muy distinta a la que pensamos. Pablo escribió la carta a los Efesios para compartir varias enseñanzas doctrinales; entre ellas, resalta que la salvación no se gana, sino que se concede por gracia, el favor inmerecido de Dios.

Pablo dice en Efesios 2:8-9 (NVI): “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte.”

Nos deja claro que no son nuestras obras ni méritos los que nos dan la salvación; más bien, es un obsequio que Dios da sin que podamos merecerlo.

El error de suponer que la salvación se consigue por obras nos pone en varios peligros:

1. Frustración y Agotamiento: Al intentar conseguir algo que ya se nos ha entregado gratuitamente, vivimos en una rutina de frustración y agotamiento. No vemos a Dios como un Padre bueno que nos ama, sino como uno que nos ama solo bajo ciertas condiciones y nos da la espalda cuando fallamos. No hacemos buenas obras por amor, sino por obligación y temor.
2. Menospreciar la Cruz: Olvidamos lo necesitados que estamos de un Salvador. Al pensar que podemos ganarnos la salvación, le restamos importancia al sacrificio de Jesús en la cruz. Cuando nos afanamos por ganar lo que Él nos regala, tergiversamos la hermosura de Su don.
3. Orgullo y Comparación: Nos volvemos engreídos,

jactándonos de nuestros logros y creyendo que merecemos la salvación más que otros. Nos comparamos con ellos y hasta discutimos con Dios, argumentando por qué merecemos el cielo más que los demás.

Pero demos gracias a Dios porque la salvación no depende de lo que merezcamos ni de lo que podamos ganar. Por más que nos esforcemos, siempre quedamos cortos de la perfección; de ahí la necesidad de un Salvador perfecto, Jesús. Entender esto nos permite descansar en lo que Cristo logró por nosotros y ser profundamente agradecidos por la bondad de Dios.

Pablo sigue explicando que, aunque las buenas obras no nos salven, sí estamos llamados a hacerlas por amor a Cristo. Nuestras buenas acciones deben nacer de la gratitud y la admiración por el amor de Dios hacia nosotros, no por una obligación o por temor.

Esta verdad se refleja en un poema de Jon Acuff que dice: "Está terminado. Deja que esas palabras caigan sobre tus huesos para las noches en que el miedo te dice que la cruz fue solo el inicio y que debes terminar la gracia." El sacrificio de Jesús fue pleno. La gracia no es algo que debamos "completar" nosotros; Cristo ya lo hizo todo.

Oro para que hoy descanses en el hecho de que Dios desea pasar la eternidad contigo, sencillamente porque eres Su hijo. No hay nada que debas hacer para "ganar" Su regalo.

El Afán Se Detiene Aquí: Hoy, haz una pausa y pregúntate: "¿Dónde estoy tratando de ganarme el amor o la aprobación de Dios?" Desafíate a soltar esas áreas ante Dios, confiando en que Su gracia te basta. Pasa un tiempo en oración, agradeciéndole que Él ya hizo todo lo necesario para tu salvación. Reflexiona en Su bondad y suelta la necesidad de afanarte por algo que Él te da sin costo.

"Padre Celestial, gracias por conocerme, amarme profundamente y cuidar de cada detalle de mi vida. Hoy dejo ir mi necesidad de ganar o merecer Tu amor. Ayúdame a descansar en Tu gracia. Permíteme hallar paz en saber que soy Tu hijo y que nada de lo que haga puede ganarme lo que Tú ya diste gratis. Que abrace plenamente Tu amor, hoy y siempre, descansando en lo que has hecho por mí."

DÍA 40

EN VERDAD, ¡ESTÁ CONSUMADO!

POR EL DR. JAMES HILTON

Lee: *Juan 19:16-30*

Hablemos con sinceridad: todos luchamos y metemos la pata. Nadie es perfecto y, más que preguntarnos si fallaremos, la cuestión es cómo reaccionamos cuando lo hacemos. ¿Doblamos esfuerzos, afanándonos por remediar el desastre y “arreglarnos”? Spoiler: así nunca termina bien.

En su lugar, existe otro tipo de fe, uno que nos ayuda a enfrentar nuestros peores fracasos sin ahogarnos en la desesperación. No consiste en “arreglarnos”, sino en levantarnos con la certeza de que seguimos siendo amados, valorados y sostenidos por la gracia de Dios.

Por eso es tan bueno el Viernes Santo. Nos recuerda con fuerza que ya no tenemos que vivir así. Cuando Jesús estaba en la cruz, no dejó escapar Su último aliento sin propósito. Escogió cuidadosamente Sus últimas palabras. Palabras que resonarían por la eternidad y cambiarían la forma en que vemos nuestro valor y nuestras obras. Gritó: “Tetélestai”, o “¡Está Consumado!” (Juan 19:30). Tetélestai es mucho más que “se acabó.” Es una declaración de culminación, una promesa de que la obra necesaria para nuestra sanación y redención está completa. En tiempos de Jesús, se sellaba con esa palabra el recibo de una deuda para señalar que quedaba pagada del todo. Cuando Jesús la usó, proclamó que nuestra deuda espiritual —nuestro pecado, nuestro afán incesante, nuestra carrera eterna— quedaba saldada.

Nuestros esfuerzos interminables por ganarnos el valor, reparar nuestro quebranto y probar que somos suficientes... nada de eso sumariza la obra que Jesús ya completó. Jesús invita a quienes están cansados de tanto afán a descansar de veras. Veamos lo que “está consumado” (tetélestai) significa para nosotros hoy:

Perdón: El fin de la culpa y la vergüenza

¿Has intentado compensar algo mal que hiciste, solo para sentir que nunca basta? Jesús puso fin a ese ciclo. Su muerte en la cruz borró nuestros pecados pasados, presentes y futuros. Romanos 8:1 (NVI) dice: “Ya no hay condenación para los que están unidos a Cristo Jesús.” Él tomó toda nuestra culpa y vergüenza y las sepultó con Él. No tenemos que afanarnos por demostrar que “ya no somos esa persona”. Estamos perdonados, de forma plena y definitiva.

Reconciliación: El fin de intentar ganarnos la aprobación de Dios

¿Sientes que debes “ganarte” el favor de Dios? ¿Quizá orar un poco más, servir un poco más, para que Él se complazca? La muerte de Jesús acabó con ese esfuerzo. Colosenses 1:21-22 dice que antes estábamos lejos de Dios, pero que mediante el sacrificio de Jesús ahora somos presentados como santos y sin mancha. No hay nada que puedas hacer para que Dios te ame más o menos. Ya no más afanes por ganarte Su amor; ya es tuyo.

Redención: El fin del quebranto

Todos nos hemos sentido rotos, sea por nuestras decisiones o por cosas que escapaban a nuestro control. A menudo tratamos de recomponernos, convencidos de que, si nos esforzamos lo suficiente, podremos arreglar todo. Pero por más que luchemos, no lograremos restaurarnos por completo. Redención significa que Jesús hizo lo que nosotros no podíamos. Romanos 3:23-24 (NVI) dice que todos hemos pecado, pero somos justificados gratuitamente por Su gracia mediante la redención en Cristo. Es algo más que perdón; es restauración. Jesús asumió nuestras fallas y las transformó en algo íntegro. Ya no debemos afanarnos por completarnos a nosotros mismos; Jesús ya lo hizo.

Victoria: El fin de la derrota

La vida a veces parece una sucesión de batallas: ganamos unas, perdemos otras. Pero la victoria de Jesús en la cruz significa que no tenemos por qué vivir en derrota. “En todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37, NVI). Luchamos desde la victoria, no en pos de ella. El pecado, la vergüenza y la muerte han sido conquistados. Descansemos en eso. El trabajo está terminado.

El Afán Se Detiene Aquí: Cuando Jesús dijo “está consumado,” lo dijo de verdad. Ya no necesitas esforzarte para obtener valor, aprobación o sanidad. Todo ha sido asegurado por Su sacrificio. Él culminó la obra para que vivamos en paz, en descanso y en libertad. Ya no hay deuda que pagar, ni valía que comprobar, ni perdón que perseguir.

Hoy, ¡detén el afán! Tómate un instante para reflexionar en lo que has estado buscando durante estos 40 días —sea identidad, valor, seguridad, éxito, plenitud, aceptación, sanidad o lo que Dios ponga en tu corazón. Tacha cada uno y escribe “¡Tetélestai!” encima. Luego, dedica un tiempo a agradecer a Dios porque a través de Jesucristo ya está consumado.

No queda nada por ganar o reparar; Él lo hizo todo. El afán termina en la cruz. La verdadera sanidad, el verdadero descanso y la verdadera libertad están en Su gracia. En verdad, ¡está consumado!

PALABRAS FINALES DE INSPIRACIÓN

En la congregación Journey Church, existimos para ayudar a las personas a conectarse con Cristo, la Comunidad y su Llamado. Por eso trabajamos arduamente para producir este devocional. Gracias por acompañarnos en este viaje de 40 días con nosotros mientras buscamos seguir este camino de vida revelado por Jesucristo. Mi oración es que Dios haya utilizado lo que has leído aquí, para despertar en tu corazón un mayor amor por Dios y una pasión por vivir en el Camino Mejor de Jesucristo.

Si has trabajado a través de este devocional y aún tienes preguntas sobre tu fe y tu relación con Dios, por favor comparte tus preguntas con uno de los pastores locales de Journey Church o envíanos un correo electrónico a info@journeyconnect.org.

Mi más profundo agradecimiento a todos los que han contribuido a la realización de este devocional. Sois personas con una fe excepcional y ha sido un honor acompañaros en este camino para seguir a Jesucristo. Un agradecimiento especial a Sandy Moran por su meticulosa revisión editorial y a la familia Fairing por su generoso sacrificio al brindarme un lugar especial para encontrar quietud delante del Señor para escribir estas devociones.

En Cristo,

Pastor James Hilton

CONTRIBUTORS

Andrew Gallagher
Becca Sellers
Bryce Wright
Caleb Bulleman
Darrell LeBlanc
Drew Miller
Gabbie Vega
Gracyn Hilton
Hannah Peck
Joshua Edlund
Karen Estevez
Kimberly Maples
Kate Alexander
Martin Pedata
Matthew Rhoads
Nicole Boldman
Pastor James Hilton
Pastor Jadner Lugo
Pastor John Sellers
Pastor Justin James
Pastor Michael Alexander
Pastor Rob Ruston
Pastor Shawn Catalano
Pastor Tim Bulleman
Shana Hilton
Tricia Bulleman

REFERENCIAS

Este devocional de cuarenta días es solo para fines educativos. No puede ser vendido ni reproducido sin el consentimiento previo de Journey Church. Se utilizaron algunas ideas, pensamientos y materiales de los siguientes libros en la escritura de este devocional de 40 días:

- Plastic Donuts: Dar que deleita el corazón del Padre – Jeff Anderson
- Ríndete al Amor: Descubriendo el Corazón de la Espiritualidad Cristiana – David Benner
- El Regalo de Ser Uno Mismo: El Llamado Sagrado al Autodescubrimiento – David Benner
- Amor Loco: Abrumado por un Dios Implacable – Francis Chan
- El Evangelio Explícito – Matt Chandler
- Límites: Cuando Decir Sí, Cómo Decir No para Tomar Control de Tu Vida – Henry Cloud y John Townsend
- Identidad: Quién Eres en Cristo – Eric Geiger
- Evangelio: Recuperando el Poder que Hizo el Cristianismo Revolucionario – J.D. Greear
- Teología Sistemática: Una Introducción a la Doctrina Bíblica – Wayne Grudem
- No un Fan: Convirtiéndose en un Seguidor Totalmente Comprometido de Jesús – Kyle Idleman
- Dioses Falsos: Las Promesas Vacías del Dinero, el Sexo y el Poder, y la Única Esperanza que Importa – Timothy Keller
- La Libertad del Olvido de Uno Mismo – Timothy Keller
- La Cruz del Rey: La Historia del Mundo en la Vida de Jesús – Timothy Keller
- Sigue: Un Llamado Simple y Profundo a Vivir como Jesús – Floyd McClung
- Realmente Quiero Cambiar... Así que, Ayúdame Dios – James MacDonald
- Un Llamado a Morir: Un Viaje de 40 Días de Ayuno del Mundo y Banquete en Dios – David Nasser

- Deseando a Dios, Edición Revisada: Meditaciones de un Hedonista Cristiano – John Piper
- La Pasión de Jesucristo: Cincuenta Razones por las que Él Vino a Morir – John Piper
- Una Vida con Propósito: ¿Para Qué Estoy Aquí en la Tierra? – Rick Warren

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional (NVI), © 1973, 1978, 1984, 2011 por Biblica, Inc. Los pasajes identificados como (NTV) provienen de La Santa Biblia: Nueva Traducción Viviente, © 1996 por Tyndale House Publishers. Los pasajes identificados como (ESV) provienen de La Santa Biblia, English Standard Version, © 2001 por Crossway, un ministerio editorial de Good News Publishers.



journeyconnect.org